PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

SERPAT
Región de Valparaíso
Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

BIBLIOTECA SANTIAGO SEVERIN
VALPARAÍSO

CONCURSO LITERARIO

TRAVESIA

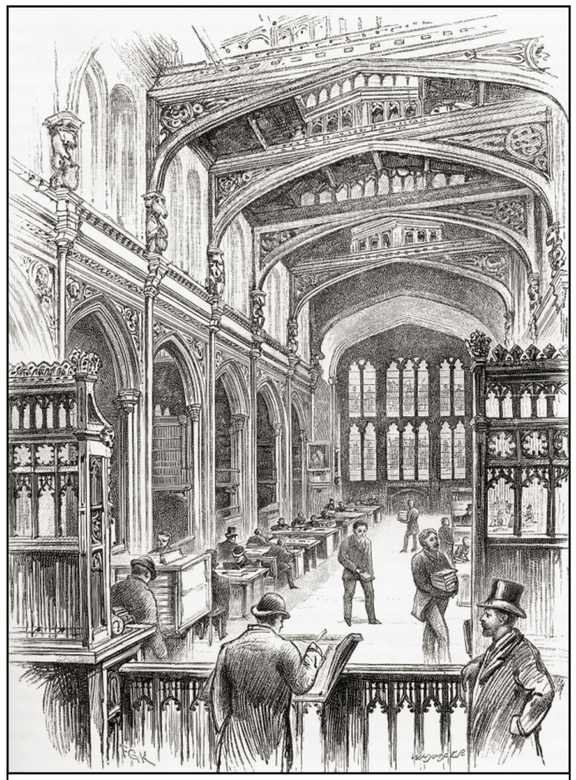
PARA PERSONAS MAYORES DE LA QUINTA REGION

LIBROS, LECTURA Y BIBLIOTECA, LA PASIÓN DE LEER

ANIVERSARIO 150 AÑOS
BIBLIOTECA SANTIAGO SEVERIN



ÍNDICE



The Old Library, Guildhall, London, England (1890)

Presentación 4
Ganadores Categoría Inéditos 6
Primer lugar - Bajo el cielo polar 7
Segundo lugar - Mr. Gong 8
Tecer lugar - La ciudad de los anaqueles 9
Cuentos Categoría Inéditos 10
Alter Ego 11
Reminiscencias 12
En la biblioteca 13
La lectura 14
Un trascuerdo 15
Mecha corta 16
Gabriela 17
Leer es saber 18
Lea... lea... lea 19
Los libros 20
El bibliotecaria sabolotodo 21
El profesor de Castellano 22
Leo, luego existo 23
El niño del volantín 24
Ñurdo 25
Diálogos en la fera 26
Conejito 27
Manuel Gris 28
La primera biblioteca y sus buenas ... 29
Dignidad de una lectora 30
Baje ministro 31
En la sombra del desconocimiento 32
Tan solo tres libros 33
Ficciones marginales 34
Las lecturas de Víctor 35
Vengan a ver el circo 36
Una creación inuit: Una leyenda esquimal 37
El universo en mis manos 38
Un refugio literario de Valparaíso 39
Valparaíso, en el otoño de mi vida 40
Reclusión 41
Cosas de la literatura 42
Experiencia literaria 43
El libro 44
Enicognathus Ferrugineus 45
La discriminación le ganó a Rucán 46
Un libro importante 47
A través del tiempo 48
El libro y el regreso a la vida 49
Una vida, mil cien libros 50
Sin título 51
Concebida con pecado mortal 52
El monte de piedad 53
Los cuenta cuentos 54
La biblioteca de casa 55
Gracias a Don Quijote de la Mancha 56
Nostalgia 57
El reencuentro 58
La vida entrelíneas 59
Lecturas para don Alonso 60
Recuerdos de un pasado 61
El bibliotecario 62
Mi pasión por leer 63
Reencuentros 64
Sin título 65
A minutos 66
Continuará... 67
Ganadores Categoría Publicados 68
Primer lugar - Complicidades 69
Segundo lugar - Gracias por el libro 70
Tercer Lugar - Fastidiosa demanda 71
Cuentos Categoría Publicados 72
Con pantuflas, pero feliz 73
Palabras que vuelan 74
Mi gusto por leer 75
El último libro 76
El consejo 77
El lector 78
Sin título 79
El profesor 80
Titin el breve 81
La hoja de laurel 82
Los de Coquimbo 83
Elena 84
Mi hermano era un lector, yo era un ... 85
Primer juglar 86
En la sombra del desconocimiento 87
Un toque de magia en los libros 88
La partida 89
Ser libro 90
El rider 91
Eso que llaman... club de lectura 92
Leer en secreto 93
La escuálida delincuente 94
Leer paara vivir 95
En el borde 96
Montar la máquina 97
Moncho, un lector particular 98
Mi primer libro 99
Censura 100
El placer de leer, escribir, leer 101
Invitado 102
En propiedad cuando me llame con el... 103

PRESENTACIO

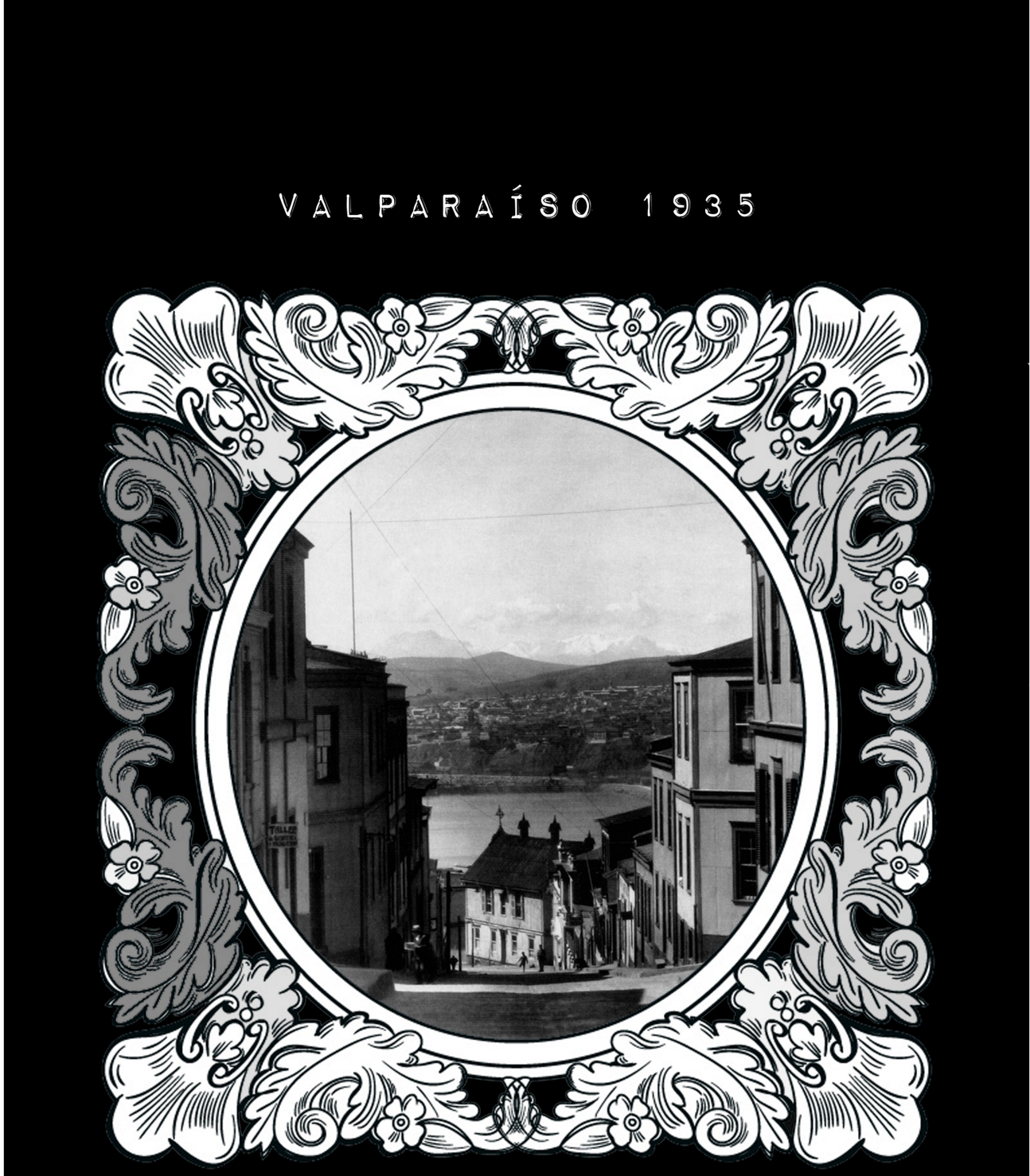
por Giselle Román Medina
Jurado Travesía 2023

Las escenas de lectura, la tematización literaria de bibliotecas y los relatos protagonizados por libros, me atraen. Creo que esta atracción se debe al sentimiento de estar en compañía con otras y otros lectores. Por esta razón, con mucha curiosidad, acepté formar parte del jurado de la cuarta versión de "Travesía". Concurso literario dirigido a personas mayores de la Quinta Región", cuya convocatoria giró precisamente en torno a la "lectura como forma de vida". Una vida que aspira a la lectura, es una vida testaruda, en el mejor de sus sentidos, pues supone a menudo ir contra una serie de demandas y distracciones que se presentan siempre como si fueran más urgentes. Supone también desbordar las normativas cronológicas y cronometradas de cuándo se supone que hagamos qué.

De los tres microcuentos premiados en la categoría de inéditos, dos, "Bajo el cielo polar", de G.G. Burgess, y "Mr. Gong", de Andrés Illanes Frontaura, tienen lugar en bibliotecas, mientras que en el tercero, "La ciudad de los anaqueles", de Julio Rojas, se leen los callejones de una ciudadela como si fueran anaqueles llenos de libros. De "Bajo el cielo polar" me conmovió la encarnación literaria de un sentimiento que las y los lectores a veces tenemos el privilegio de experimentar. Se trata de la complicidad y el amor que puede generar la glosa dialogante sobre una lectura compartida. Este cuento me dio deseos de ir a la biblioteca, y dejar una notita en algún libro favorito, a ver si alguien me la responde.

Pero no todas las complicidades son entre amantes lectores, también las hay para confabular contra lo amado, como se lee en "Complicidades", de Patricio Portales Coya, ganador en la categoría de publicados. En este microcuento toda una familia conspira para "reemplazar" los libros del abuelo, por libros digitales. Confieso que no suelo ser presa fácil de la nostalgia, y suelo tener además apertura hacia las nuevas tecnologías, y aún así, esa gran tecnología que es el libro impreso -me terminó por convencer el protagonista del cuento-, me parece irremplazable. Por su parte, en "Fastidiosa demanda", de Mario Gajardo Rivas, se nos muestra cómo un personaje literario cobra vida y exige, por rigor, ser movido a la categoría de histórico, mientras que en "Gracias por el libro", de María Isabel Quintana, la lectura es una solidaria compañera, en las buenas y en las malas.

Desde ya hace algún tiempo, de la mano de Borges, pero incluso podemos remontarnos al mismo Cervantes -como en "Fastidiosa demanda"-, sabemos que la lectura es imprescindible para la escritura. Los cuentos presentados al certamen y reunidos en esta antología, muestran espacios donde la lectura sucede, que es como decir que muestran una suerte de umbral y taller para la escritura. Muestran que leyendo es cómo se aprende a escribir. No todas ni todos leemos de la misma manera, sabemos que el contexto, las experiencias de la vida, las lecturas que sumamos e incluso el momento en que se realiza una lectura, influyen en cómo nos relacionamos con los libros. Estos cuentos se anclan en la compartida experiencia de lectura para ampliar con gracia e inteligencia nuestros imaginarios más allá de las condiciones personales. Por mi parte, quiero dar las gracias por los relatos, por estas escenas de lectura que sin duda las y los lectores de este volumen también agradecerán.



GANADORES

CATEGORÍA INÉDITOS



GOBERNACIÓN MARÍTIMA Y BOLSA COMERCIAL
VALPARAÍSO 1902

PRIMER LUGAR

BAJO EL CIELO POLAR

Gabriela Gutiérrez - 81 años - Concón

Al graduarme de geóloga, unos colegas -que habían ido a trabajar a un remoto pueblo del hemisferio norte, cuyo nombre inuit escapa mi memoria-, me invitaron a pasar la Navidad con ellos. Llena de curiosidad acepté la invitación y prolongué mi estadía hasta el fin de aquel invierno largo, frío y con mucha nieve.

El pueblito tenía una pequeña biblioteca y conociendo mi afición a la lectura y la escritura, mis amigos me llevaron allí, por si encontraba algún libro que me interesara. La biblioteca sólo tenía libros sobre la historia del lugar y sus primeros habitantes y no los prestaban para llevar a casa. Entre ellos, me sorprendió encontrar una novela del siglo 17 que relataba una historia romántica, aparentemente, ocurrida en ese lugar.

Hojeé el libro y me entretuve leyendo unos capítulos hasta que la oscuridad cercenó el día y tuve que regresar a casa. Dejé un papelito en la última página que leí, con una nota, más que nada como una broma a mí misma, porque aparte de la bibliotecaria yo no había visto a otras personas en la biblioteca. Escribí: *Favor déjame aquí porque no quiero perderme. Volveré mañana*, y firmé con mi inicial "A".

En los días que siguieron nevó mucho y no fui a la biblioteca; me dediqué a desarrollar las notas que había tomado para escribir un artículo sobre el Ártico. Cuando la nevazón disminuyó regresé a la biblioteca y fui directo a buscar la novela para seguir leyendo. La nota que yo había dejado estaba en la misma página. Sin embargo, al reverso alguien había escrito: *Yo tampoco quiero perderme y también volveré mañana*. A partir de entonces, cada día encontraba un mensaje diferente de ese "alguien" que firmaba con la inicial "S". Sus notas eran observaciones ingeniosas de los capítulos que había leído, a los que yo respondía con otras similares. Ansiosa yo revisaba a diario la novela para ver qué comentarios iba a encontrar. La historia me encantaba, pero además, el misterio de quien respondía mis notas era otro aliciente para continuar con la lectura y el intercambio epistolar.

Mis vacaciones llegaron a su fin y antes de irme del pueblo fui a la biblioteca. Busqué el libro para dejar un mensaje de despedida y me encontré con otra sorpresa. El incógnito lector había dejado su número de teléfono y de nuevo firmaba con una "S". Leí el último capítulo y dejé una nota con mi teléfono y mi nombre, *Amelia*.

Durante las décadas que siguieron, Simón y yo, hemos buscado afanosamente el libro "*Bajo el cielo polar*", en todas las bibliotecas y librerías que visitamos y aún no lo encontramos.

SEGUNDO LUGAR

MR. GONG

Andrés Illanes - 75 años - Viña del Mar

El tema de tesis asignado por mi tutor no admitía réplica pues era él quien pagaba la costosa matrícula que me permitía realizar mi posgrado en una prestigiosa universidad de la *Ivy League*. El tema no había sido abordado en el último siglo, su base bibliográfica se remontaba a fines del siglo XIX y estaba por tanto almacenada en el quinto sótano del imponente edificio de la biblioteca central de la universidad. Para ingresar a él era necesario solicitar la llave a Miss Tzeng, bibliotecaria de origen taiwanés, a quien mi solicitud diaria le parecía altamente sospechosa. La llave luchaba en la herrumbrosa cerradura y la puerta al abrirse chirriaba provocando el inconfundible ruido de las ratas huyendo a sus escondrijos. Allí, en aquella atmósfera pretérita que olía a moho hurgaba en libros y revistas cubiertos de telarañas y preñados de manchas de orín todo cuanto se había escrito sobre las series de Hofmeister, pilar de mi tesis acerca de la precipitación salina de las proteínas.

El primer día de mi incursión en ese sótano vi con horror que detrás de uno de los módulos de lectura se desperezaba un chino que parecía haber hecho de la biblioteca su morada. Era Mr. Gong, un estudiante venido de Taiwán a quien su gobierno había suspendido la beca por el nulo avance de su tesis sobre los orígenes de la literatura ancestral china durante la dinastía Zhou. Los primeros días de nuestra forzada convivencia nos mirábamos con recelo y permanecíamos mudos, yo desempolvando a Hofmeister y él traduciendo penosamente un número indescriptible de textos con ayuda de un diccionario. Se alimentaba de mandarinas, las que engullía enteras para luego expulsar cáscaras y semillas con extraordinaria precisión por el extremo de su boca. Ambos, prisioneros de esa mazmorra, fuimos con el correr de los meses entablando algo que remotamente podría considerarse una amistad, basada esencialmente en el silencio y la aceptación. Decía ser un orgulloso descendiente de Zeng Gong, famoso historiador y poeta de la dinastía Song. Decía que a él sólo le interesaba la lectura, por lo tanto nuestro sótano era universo suficiente para Mr. Gong. Cuando le revelé mi procedencia se limitó a decir: *Oh, Chile vely long countly.*

Por aquellos días me encontraba obsesionado releyendo el Gog de Giovanni Papini, que me parecía aún más desafiante que las series de Hofmesiter, y fantaseaba que Gog y Gong eran viejos conocidos. Le pedí entonces que desentrañara para mí aquel oscuro pasaje en que el sabio chino le manifestaba a Gog que quería compartirle un proverbio que encerraba toda la sabiduría y la verdad; al reverso de la página aparecía el proverbio chino escrito en caracteres chinos, sublimando el desenfado y acre humor que impregnaba la obra. Gong hojeó con interés el libro y al llegar a la página del proverbio se detuvo largo rato en su lectura, se encogió de hombros, me miró con su mirada oblicua, escupió unas cuantas semillas y sentenció: *Papini, vely clevel guy.*

CONCURSO LITERARIO TRAVESÍA 2023
INSTITUTO DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE PUCV
BIBLIOTECA SANTIAGO SEVERÍN DE VALPARAÍSO

TERCER LUGAR

LA CIUDAD DE LOS ANAQUELES

Julio Rojas - 75 años - Valparaíso

La caminata diaria por el callejón que conducía al ascensor, era el prólogo de mi regreso a casa, mi residencia en la tierra.

Ahí estaba Vicente, el operador del funicular, que él llamaba la máquina "parasubidas". Un joven alegre, apasionado de la lectura, que yo llamaba Altazor, pues siempre entonaba curiosas melodías: Tralalí, Lalí, Lalá…

Al descender del ascensor ¡Oh Epifanía!..

Ante mis ojos, una ciudadela de peculiares viviendas, alineadas en callejones como anaqueles de una biblioteca; con fachadas ilustradas de colores y cuyas puertas eran portadas de libros…Se percibía el inconfundible aroma a páginas de diferentes épocas. La calle de la Historia, la calle de las Ciencias, de las Leyes, de la Filosofía, de las Artes, en fin, de las Letras…todas comunicadas de lado a lado, por guirnaldas multicolores, como pregonando una celebración.

Ciento cincuenta años de aniversario no es poco para un barrio, había confidenciado Vicente, un rato antes.

Hacia el fondo del callejón de los Poetas, el trinar de pájaros invitaba a conocer una plaza. Lugar de variada flora, en que las hojas de hierba crecían cuál si fueran versos libres, era la Plaza Whitman.

En un extremo, un gran magnolio borgeano de copa circular y ramas entrelazadas, cobijaba como un laberinto, el canto de los pájaros. Al oriente, una araucaria extiende sus brazos encorvados como queriendo abrazar la luna, que trae tras de sí, sueños y contrasueños azules…

De improviso, se acerca cautelosa, la jardinera de la plaza susurrándome al oído:
-¿ Le puedo contar unos secretos ?
- Sorprendido y confundido, asiento con la cabeza.
- ¡Aquella parra es muy virtuosa!

Desprende a veces, mensajes escritos en la nervadura de sus hojas… Y no sólo eso; entrega uva de color violeta, que produc una suerte de ambrosía, de la cual han bebido rapsodas y cantores furtivos, que luego esparcieron por doquier, alegría y sabiduría en versos a lo humano y lo divino…

No termino de asombrarme cuando ella continúa,
-¿ Y sabe otra cosa ?
- Acá la hierba florecía de noche y los libros germinaban de día en manos lectoras que copaban el lugar.

Y con nostalgia y ternura expresó luego: ¡ el jardín se llenaba de niños que cantaban y danzaban mis rondas!…, o jugaban en aquella rayuela en que ahora, sólo uno pequeños cronopios se aventuran.

-¿ Y qué pasó entonces ? pregunté intrigado-
-¡ Es que el desierto ha avanzado! contestó seriamente… El desierto del espíritu está empobreciendo progresivamente la vida humana y, la plaza se está marchitando.

Sin embargo, con una expresión de esperanza se alejó detrás de unas maravillas, que se inclinaban a despedir el ocaso. Una musiquilla de las esferas, que llegaba del horizonte incitaba a una sosegada vigilia…

Al día siguiente, desperté sobresaltado, con el apremio del tiempo para ir a mi trabajo bibliotecario.
Encuentro una hoja de parra en el velador con un texto en forma de colofón:

Este sueño se terminará de imprimir el año 2030 con técnica de onirotipia, en papiros electrónicos, y con caracteres de la Galaxia Gutenberg.

CUENTOS

CATEGORÍA INÉDITOS



MALECÓN Y EMBARCADERO
VALPARAÍSO 1945

ALTER EGO

Vladímir Clobares - 62 años - San Antonio

Desde muy pequeño, preguntaba qué era una paradoja y nunca comprendió las ralas explicaciones de su padre que nunca sabía abordar la inquietud de su extravagante muchacho. Gregorio siempre fue un muchacho ensimismado, taciturno y de comportamiento errático. Tanto así que, su madre, una mujer ennoblecida por los altibajos de la vida, dependiendo de sus acciones, le hacía notar sus molestias. Si la acción era buena, se dejaba caer su primer nombre, en un tono suave y cordial; por el contrario, cuando su comportamiento había sido nefasto, se refería a él con el nombre completo y el Gregorio Quijada, era un cuchillo hiriente y lastimoso. Esto se convertía en un dicterio implacable para sus oídos y lo hacía reflexionar, pero lastimosamente su reacción era autodestructiva. Se odiaba y se convertía, en su fuero interno, en un verdadero bicho. Él se creía, en esos momentos, una persona aviesa, aunque no se lo hacía notar a su santa madre.

En su adolescencia, divagó entre su propia apreciación donde su Gregorio alternaba con su Gregorio Quijada. Ni siquiera estaba su madre. Fueron más cosas nocivas a sus ojos, que el inofensivo comportamiento de Gregorio, pero pudo vivir con ese tormento, soslayando el dedo acusador de la iglesia y del abandono, de los adultos, al momento de hacer las cosas bien.

Todo lo comprendió, cuando la magia de los libros llegó a su vida… leyendo, conoció al verdadero Gregorio de “Metamorfosis” y a su Alonso Quijano. ¡Eureka! se dijo, y entendió qué era la paradoja. Era él mismo, personificado en dos insignes personajes literarios. Es como si ellos se hubieran reencarnado en él, producto de la similitud en sus nombres.

Todo era evidente para él, por eso ese deseo de cambiar el mundo se contraponía a su permanente necesidad de rendirse, a la permanente producción de basura “baumaniana” que le antecedía a su alrededor, que nunca se explicó.

De pronto, en uno de sus tantos devaneos, despierta a su realidad con la incomprensible y paradójica idea de terminar con su espeluznante vida.

Su madre abrió la puerta de la habitación y cayó desolada.

El grito desconsolado de su madre, fue lo último que pudo escuchar, Gregorio Quijada.

REMINISCENCIAS

Oñana del Carmen Carrasco - 68 años - Viña del Mar

Elisa sorbió su café lentamente y miró el libro que tenía frente a sí, "El elefante desaparece" de Haruki Murakami, autor japonés que ella no conocía, pero que, hasta el momento, los cuentos que había leído le parecían bastante bien. Sintió curiosidad de leer algunas de sus obras y enterarse de quién era, ahora que había sido postulado al premio Princesa de Asturias de las Letras 20223. Sin darse cuenta acarició la portada. Se consideraba una gran lectora y no pudo evitar recordar cómo había nacido esta afición. Se remontó a la época en que tendría unos diez años y se vio como una niña solitaria, de grandes ojos tristes y poco comunicativa. No se sentía a gusto en el colegio, pero sin dudas, era mejor que su casa. Una mañana, se acercó la señorita Clara, su maestra, y le preguntó – Elisa, ¿te gusta leer? - Y ella negó con la cabeza. La maestra no se desanimó y le pasó un libro en cuya tapa vio a cuatro muchachas y el título que decía "Mujercitas". La señorita Clara la instó a que leyera, asegurándole que le iba a gustar. Ese fue el primero de los tantos libros que le proporcionó durante los dos años que estuvo en su clase. Para Elisa fue un cambio radical en su vida. En su hogar disfuncional sólo había conocido pobreza, malos tratos y abandono y descubrió un mundo donde existía bondad, alegría, amor, aventuras. Aprendió a reír con las historias de "Papelucho" y "Tom Sawyer", a disfrutar los Alpes Suizos con las travesuras de "Heidi", lloró a lágrima viva con los cuentos de Edmundo D´amicis en "Corazón", se emocionó con "El Principito" y así su entorno se fue ampliando, enriqueciendo. Comprendió que todo lo que conocía hasta ese momento era nada más que un lado de la cara de una moneda, lamentablemente, el lado menos amable. Los libros se convirtieron en su refugio, donde pudo aprender a soñar, a imaginar, a tener esperanzas de que algún día sus anhelos se podrían hacer realidad. Su rostro se ensombreció al evocar su desdichada niñez y una lágrima rodó por su mejilla. De pronto escuchó que un niño la llamaba – Señorita Elisa, hace rato que sonó la campana – Se sobresaltó y miró la hora. Tenía que ir con sus alumnos. Se había convertido en maestra igual que "su Señorita Clara" y con el pensamiento le envió un beso de gratitud a aquella gran mujer que había tenido la sabiduría de mostrarle lo más noble que existe en el mundo: La belleza de la Literatura.

EN LA BIBLIOTECA

María Teresa Rubio - 70 años - Valparaíso

Te contaré que hoy hemos comenzado el día como cualquier otro, estoy triste y solitario, hay un buen número de gente, no como antes sí; pero nadie me ve, así que estoy solo. Antiguamente, este lugar pasaba lleno de gente, todos venían por mis amigos y también por mí, ya que no había Internet ni menos Google. Tenían que venir a entretenerse o hacer las tareas para el colegio, pero hoy, hoy es diferente. Todos buscan solo entretención, de ovni, de terror, de miedo, de fantasía, de policías y ladrones. Ya nadie busca de amor puro e inocente como Romeo y Julieta. Nadie busca de aventura como Tom Sawyer, o de Mujercitas. Si no les gustan estos, menos me buscarán a mí, dirán que soy aburrido que ya fueron al colegio a estudiar, nadie me escogerá porque soy un libro de Geografía. Pero ¿saben? soy muy entretenido, tú puedes buscar un país cualquiera del mundo y yo te daré toda la información que necesites, de sus habitantes y con imágenes así conocerás otro país y será como que viajaste a él. Por ejemplo, si tú quieres saber de Corea, ¿yo te preguntaré de cuál?, porque hay dos Coreas, la del Norte y la del Sur, pero no me preguntes mucho de la del Norte porque no se sabe mucho, no es que yo no sepa, pero es una Corea muy silenciosa, despacito hay que hablar de ella, porque es rara; pero si quieres saber de la otra, claro, te puedo contar mil cosas de Corea del Sur. ¡Ves que soy entretenido!, tengo amigos que también son entretenidos, pero nadie los visita, como Mateo Ciencia o Gilberto Historia, ellos son mis mejores amigos. Tengo otros amigos más, pero esos siempre tienen visitas, como Los Miserables, El Alquimista o como Cien años de Soledad, este está viejo y arrugado, pero igual es muy conocido y muchos lo visitan. En este lugar hay entretención para todos, hay muchos amigos aquí y también hay enemigos, si claro. Te contaré sobre uno que a mí me da miedo, así que no es mi amigo, pero también recibe visitas, es muy antiguo, está super, pero super viejo, se llama Drácula, ¿quieres saber cuán viejo es? es del año 1897 y tiene unos amigos que dan terror, como Frankenstein o como su vieja amiga Carrie. Hay otros amigos que dan miedo, pero son tiernos y queridos y reciben varias visitas al mes, por ejemplo, El Fantasma de la ópera. Ya se está terminando el día y nadie me busca. Mañana espero que tú te decidas a conocerme y te aseguro que seremos muy buenos amigos. Buenas noches.

LA LECTURA

Catalina Valenzuela - 63 años - Concón

La vida ligada a la lectura comienza desde antes del nacimiento,
ya que en la matriz materna
nos alimentamos de flujos alimenticios, ambientales y socioculturales dentro del cordón umbilical lleno de afectos y cuidados.

A mi parecer el lector y su forma de convivir con la lectura es propia de cada cual y su respuesta para sí y con el mundo es única e irrepetible a lo largo de su vida.

Libros de mis inicios, más bien uno gigante, con forma de kiosco de barrio en la ciudad de Santiago de Chile.

Esta biblioteca de calle estaba adornada con revistas de Disneylandia, cómics de super-héroes y revistas del corazón como la españolísima Corín Tellado… teleseries de papel de la época.

Cada lector era un comprador y de ahí pasaba a ser uno más del sistema de trueque… que permitía a medida que terminabas un ejemplar, devolverlo y cambiar por otro nuevo…

para seguir descubriendo otras aventuras y personajes infinitamente…

También estaban los libros de cuentos infantiles que nos regalaban en cada casa.

Una pequeña biblioteca personal empezaba a formarse en cada pieza de niños.

Recuerdo con mucho cariño libros mágicos como… Alicia en el País de la Maravillas… y una colección de cuentos empastados que tenían su propio ropero para ser guardados y vueltos a leer…

Así…. a mis sesenta y tres años escribo mis testimonios de esta forma…
describiendo las primeras letras en el Silabario EL OJO … y a la fecha muchísimas letras en el multiverso de ficción-suspenso, nacional e internacional en un rincón del mundo llamado… Concón.

UN TRASCUERDO

Javiera Vega - 60 años - Villa Alemana

Me dijo: “puede estar en el dormitorio; en la sala o la cocina; quizá sobre el refrigerador”.

Me pone nerviosa esto de tener que alterar mi rutina. ¡Es siempre tan descuidado! Vive en el sexto piso. Departamento 623 o 625.

A ver… ¿De dónde salió ese gato? Del 625. Él no tiene gato, desde chico los odia. ¡Es el 623!

La chapa de su puerta tiene maña, hay que mover varias veces el pomo para lograr que la llave abra. Ya está. A buscar, por todas partes.

Lo primero, a la derecha, el baño, huelo su colonia. La toalla mojada en el suelo, sobre el lavamanos espuma de afeitar con restos de barba.

Al dormitorio. Calzoncillos y calcetines usados por el suelo. Camisas y pantalones sobre la silla; la puerta del closet abierta y la ropa a punto de venirse al suelo. Sobre el velador la lámpara; una boleta de supermercado; algunas monedas; un vaso de leche a medio beber, en el cajón, un reloj que no funciona; unas tarjetas caducadas.

Quizá en los bolsillos de sus chaquetas. No, solo hay algunas monedas y envoltorios de pastillas de menta.

A la sala. Levantar los cojines del sofá; aparte de migas, nada. En la mesa de centro, una caja de pizza.

A la cocina, estantes y cajones. En la parte superior del refrigerador, cuentas de luz, agua, gas, y, un desatornillador. Adentro, cervezas valdivianas. Revisaré de nuevo. Ah, me falta la repisa con los libros.

Siento la cabeza nublada, ¡relájate, relájate! Aspira y exhala. La sensación de vacío en mi mente me asusta… ¿ a qué vine? Estoy al borde de un ataque de pánico.

¡Las cervezas Valdivianas! Beberé una, a ver si se me pasa esta sensación de extrañeza. La cerveza está helada y ligeramente amarga.

Este departamento es ideal para un solterón desordenado como mi hermano.

Tiene una linda vista al parque Centenario.

Necesito ir al baño. ¡Qué descanso! La cerveza es diurética. Pero, ¿a qué he venido? ¿A qué?; Dios mío, me encuentro aquí y no sé a qué he venido.

¡La cabalgata de las Valkirias!

¡Ah, me pidió que viniera por su celu!

MECHA CORTA

Amrit Kaur - 62 años - Viña del Mar

Es difícil para mí determinar, si mi respuesta calmada ante algo amenazante proviene específicamente de; mi temprana afición por la lectura, un temperamento flemático, de la educación que me dieron en la casa, de la expectativa social de tener que responder ante cualquier ofensa como una dama, de la resiliencia de mi abuela materna, de desconexiones cerebrales por algún trauma infantil, de haber nacido disidente... O de todas las anteriores.

Gracias a mi Tata fui una niña culta, crecía feliz bajo su alero, escuchando música clásica, devorando libros, leyendo mampatos y coleccionando estampillas. Mi casa estaba a tres cuadras y media del colegio, en ese lugar la educación era distinta, allí, yo era rara. Para contrarrestar el acoso escolar dibujaba en clases y leía mis libros en el recreo. Era un cerebrito con bajo promedio y asistencia. El menos ofensivo de mis apodos era un burlón "biblioteca ambulante" que distaba mucho del cariñoso "ratita de biblioteca" con que mi Tata se refería a mi con orgullo. Era callada, no respondía en el colegio ante las agresiones y evitaba dejarles entrever mi verdadera vulnerabilidad. Lo que otros niños y profesores parecían interpretar como una falta de carácter, poca inteligencia y una indefensión de mi parte. En base a esas creencias, a una cuadra de mi casa, oculto en el árbol de la esquina me esperaba, para pegarme, un chico alto, aún con su uniforme. Era uno de los monaguillos de la parroquia. En vez de correr lo miré a los ojos, y se sorprendió. Lo que revirtió su ventaja, y me hizo ganar segundos. Antes de que alcanzara a darme lo suyo, sin pensarlo, le estampé con toda mi fuerza un puñetazo en plena cara. Gritó de dolor, y se fue gimiendo en dirección a su casa. No sabía él, que yo era zurda contrariada y que en mi puño derecho tenía guardada mi mecha corta, aunque mi mamá asegurara que la mano del diablo era la otra.

GABRIELA

Déborah Weihstein - 61 años - Valparaíso

Ese verano de 1987, la enfermedad de nuestro abuelo cambió nuestra rutina típica de los veranos anteriores: nada de ir a la playa o ir con mamá de vacaciones (juntábamos moneda a moneda todo el año para ir a algún lugar).

Sin embargo, todo evento desastroso, trae también algo bueno.

Esperando novedades de mi abuelo (era la persona más cercana a mí y nuestros hermanos que pasaba en emergencias habitualmente), sentada en el cuarto de estar, en una casa del Cerro Alegre, hermosamente antigua y soleada; la encontré. En esos tiempos, algunos periódicos traían un pequeño libro con la biografía de algún escritor o escritora. Así llegaste a mi.

Debo aclarar que mi pasión por la lectura me llevó a un encierro dulce y protegido. Nunca fui buena para carretear. Generalmente, me la llevaba en mi pieza leyendo hasta altas horas de la madrugada. (ese era mi "carrete" más intenso). Esta pasión a lo largo de mi vida significó perder "pololos" y "amigos". Santa bendición. También fuiste mi refugio en las tormentas de mi existir.

Querida Gabriela: el libro era sobre tu vida. Me llegó al alma. No sabes cuántas veces he deseado con toda el alma que exista una dimensión que nos permita conocernos y conversar.

Pudiste ser víctima, pero tu resiliencia te convirtió en una gran sobreviviente. Te enfrentaste a la pobreza, a un mundo gobernado por hombres, a la injusticia, a críticas sobre tu vida. Fuiste una adelantada para tu época.

Con toda la tristeza de ese verano de 1987, doy gracias a la vida porque pude conocerte, admirarte y quererte.

LEER ES SABER

Ramiro Castillo - 72 años - Petorca

Próximo al fin de su ciclo vital, el anciano toma desde el velador un ajado cuaderno manuscrito y lo extiende a su nieto. -Es para ti le dice-. Wladimir, sabedor de que su abuelo últimamente confunde tiempo y espacio, duda, pero recibe el regalo. Lo besa en la frente y se retira. No quiere ser testigo de un suceso inevitable. Toda su corta vida ha sido díscolo, cuestionador, contrario al sistema, más bien dicho a todos los sistemas sociales. Recibe el cuaderno no con el ánimo de leerlo sino como un último gesto de humanidad hacia un ser querido.

Una noche de octubre, mientras preparaba su próxima manifestación ciudadana, Wladimir se topó con el cuaderno que aquella noche le regalara su abuelo. Comenzó a hojearlo con el desinterés propio de su juventud.

"Querido Wladimir: Aunque no lo creas y mis libros te parezcan filosofía barata, el poder de la lectura es innegable. Concuerdo con los expertos en que la lectura como hábito de vida fortalece la salud, entretiene, enseña, despierta la curiosidad, nutre la imaginación, mejora la comunicación, acompaña a cualquiera hora."

Sin embargo, cada vez leemos menos. Cada vez estamos más incomunicados. La competencia del sistema es feroz, cuestionó Wladimir, agradado por la dedicatoria, aunque se contuvo para no evidenciarlo.

"La lectura es un buen habito. Una conducta asumida como propia en la vida cotidiana que incide positivamente en nuestro bienestar."

No obstante, el hábito de leer se ha ido perdiendo, afectado por la vorágine contemporánea y el maldito sistema, comentó Wladimir.

"Por siglos, leer ha alimentado espíritus, ha transmitido tradiciones, ha testimoniado la historia, ha potenciado el intelecto.

La lectura nos ayuda a meditar. Meditar es pausa, la pausa es descanso, el descanso es renovación. Leer nos lleva a pensar."

Filosofía barata, dijo Wladimir.

"Leer es un desafío, fomenta la perseverancia, ejercita nuestro cerebro, expande la memoria, libera las emociones, nos mantiene ocupados y distraídos.

La lectura construye conocimientos, ayuda a perfeccionar el lenguaje y lo hace más fluido, mejora la expresión oral y escrita, trasciende. Un par de líneas concentra un largo devenir y, a su vez, abre nuevos senderos. Leer nos acerca a la naturaleza, al cosmos, a lo mágico, incluso a lo irreal."

Sin embargo, no toda lectura es lectura. Es una pasión que, por una razón u otra, requiere ser fomentada. También debe ser selectiva, contrastada con la verdad, validada. No toda fuente es confiable en el agua que contiene, por muy cristalina que parezca. Del mismo modo, no todos los libros son adecuados. Tantas colecciones que de nada sirven. Sin duda, hay obstáculos que vencer. No siempre existe un espacio ideal para leer ni el tiempo suficiente para hacerlo. Demasiados distractores al acecho. concluyó Wladimir.

"En síntesis, querido Wladimir, leer no es una obligación, es un deber."

Ahora entiendo abuelo, musitó Wladimir, emocionado.

LEA... LEA... LEA

Florencia del Carmen López - 62 años - Valparaíso

Me desperté muy temprano con la Lea entre mis manos.

¡Pero, cómo es posible!

Soñaba con mi silabario. Y la fantasía de la lección que me esperaba.

- Aló …. aló…o…o…
- Lalo…. aló…hola!

Repetía una y otra vez. En voz muy alta, lo que el profesor nos había encomendado aprender.

La escuela América 148 me esperaba, me apresuraba y corría, rápido, para llegar a mi sala, como si alguien quisiera llegar primero, con mis cuadernos, lápices y mi inseparable silabario Lea, que siempre era mi mejor compañero.

Al ingresar al aula me expreso con mucha vehemencia y alegría.

¡Profesor…profesor está lista mi lección!, ¿puedo comenzar a leer?

Me mira, asiente con la cabeza y comienzo yo a leer:

- Aló…. aló…o…o…
- Lalo…. aló…hola!

¡Correcto Florencia!, exclama el profesor, a seguir leyendo que te espera una nueva lección.

Me cobijo en las páginas de mi silabario querido, soñando con innumerables letras que me esperan por ser aprendidas.

Parece que estoy soñando, quizás me volví a dormir, pero mi silabario querido sigue estando ahí.

La lección de mañana ya me la aprendí:

- Al lar… ia ar
- En el aro, el alero, una hora, el loro.
- Al lar… ir ar
- Oler alar

A soñar con nuevas letras que se comienzan a unir, formando mil palabras como las que acabo de escribir.

Mi silabario Lea nunca lo dejo de leer, fíjense que estoy escribiendo otra vez de él. A pesar de mis largos años siempre… siempre… lo recordaré.

LOS LIBROS

Juan Carlos Román - 60 años - Viña del Mar

En una hermosa, cálida y perfumada noche de primavera, aconteció una historia de esas que muy pocos llegan a conocer.

Había un libro llamado “El Tesoro de las Palabras”, un hermoso libro lleno de historias y enseñanzas. Aunque era muy querido por aquellos que lo leían, siempre soñaba con conocer otro libro, uno que fuera reconocido en todo el mundo.

Un día, mientras estaba en una librería, “El Tesoro de las Palabras”, vio a lo lejos un libro con una portada dorada y letras brillantes. Era nada menos que “El libro de los Sueños”, considerado el libro más famoso y vendido en todo el mundo.

Lleno de emoción y curiosidad, “El Tesoro de la Palabra”, se acerco al otro libro y le dijo: “¡Hola¡ soy un gran admirador tuyo, he escuchado hablar mucho de ti y de tus maravillosas historias”.

El libro de los sueños, con una sonrisa amable, respondió: “¡Encantado de conocerte¡ he oído hablar de ti también, eres muy apreciado por tu sabiduría y belleza literaria”.

A partir de ese momento, los dos libros comenzaron a conversar y compartir sus historias. “El Tesoro de las Palabras” le contaba sobre las lecciones de vida que transmitía a sus lectores, mientras que “El Libro de los Sueños”, compartía sus relatos mágicos y emocionantes.

Juntos, estos dos libros formaron una amistad única y especial. Aprendieron el uno del otro, se inspiraron mutuamente y se apoyaron en su conocimiento para llevar alegría a quienes los leyeran.

A medida que pasaba el tiempo, “El Tesoro de las Palabras”, también se volvió más conocido y apreciado por todo el mundo, gracias a la influencia y el reconocimiento que obtuvo al lado de su amigo famoso.

Así estos dos libros demostraron que la fama no es lo más importante, sino la conexión y el valor que cada uno aporta atreves de sus páginas.

Juntos, dejaron un legado de inspiración y magia en el mundo de la literatura, recordándonos que cada libro tiene su oculto encanto, por lo cual todos merecen ser leídos y apreciados.

Es por esto que aun continúan departiendo felices y contentos.

Por esto, no olvides que al concluir un libro, siempre habrá otro muy cerca esperándote.

EL BIBLIOTECARIO SABELOTODO

Humberto Morales - 75 años - Quilpué

Rancagua, Plaza de los Héroes, cruzada por tres calles, del oriente a la plaza Germán Riesco, desde esta hacia el poniente Independencia, cruzada de sur a norte la calle Estado, en el centro, la estatua ecuestre de Don Bernardo O’Higgins, en su escape hacia Mendoza.

Corrían los años sesenta, en la calle Independencia existía un edificio de dos pisos, en el cual se encontraba la Biblioteca Municipal, edificio de muros amarillentos, en su centro la entrada, una escala nos lleva al subsuelo, al entrar se sentía ese aroma a libros viejos, a demás que era un recinto con muy poca ventilación pues contaba con unas ventanas rectangulares que le daban entrada al poco aire que se podía colar al nivel de la calle.

Las estanterías con libros y revistas, en el centro un escritorio llenos de recortes de diarios y revistas, amén de uno que otro libro, que el señor Manuel Méndez Bastías, el bibliotecario, un hombre de baja estatura, algo corpulento, sus dedos encorvados, quizás de mover tantas y tantas hojas, pegando recortes con la temática del libro, para mantenerlo vigente, un hombre, moreno de cabeza redonda con pocos cabellos, usaba el mismo traje café oscuro, su camisa blanca, no lo era y de corbata negra, no olía muy bien, se aseaba muy poco, prácticamente vivía en la biblioteca, lo mas notorio era que su pierna derecha era mas corta que la otra, unos diez centímetros, usaba un zapatón con una plataforma de madera lustrada de negro que llamaba la atención, cuando caminaba, todo por la poliomielitis.

Si, todo lo sabía, era el google, o la internet de hoy en día, cuando se llegaba en busca de algún material, él preguntaba y nos indicaba donde encontrarlo, o él mismo nos hablaba del tema en consulta, le costaba movilizarse dentro de ella, por sus recovecos estrechos, en el poco espacio que quedaba existía una mesa grande donde se podía escribir la materia solicitada.

Un hombre bonachón, con una sonrisa siempre en sus labios, era un ser salido de la película “El Señor de los Anillos”, siempre rodeados de estudiantes, damas, varones y uno que otro parroquiano en busca de alguna materia. Un hombre sabio, lector como él solo de cualquier materia, en todas era un erudito, bien vale el recuerdo y volverlo a la vida, inmortalizando su estampa, su atención, ese gesto amable, nunca se le vio, contraído, enojado, en invierno o verano se iba muy tarde a su casa, nunca se supo en donde vivía, solo lo veía alejarse por calle Independencia, hacia el occidente.

La modernidad, cambio el lugar, hoy allí existe el Edificio Consistorial, pero los que ya peinan canas y vivieron sin internet y sin redes, llegaban a la vieja biblioteca, en donde el Sr. Méndez, era el farol con que se destruía la ignorancia, dando pasos a la intelectualidad.

EL PROFESOR DE CASTELLANO

Patricia Colman - 67 años - Villa Alemana

Mientras me preparaba para ir a clases el primer día de la semana, el uniforme húmedo aun por el sereno nocturno de las costas del norte, el que no había lavado más temprano porque me daba una flojera hacerlo todos los domingos, además de tener que lavar toda la ropa de la semana, lo que hacía desde los 11 años y ya tenía 14. Lo peor el planchado, que no lo hacía, todo se estiraba con la magia de mis manos.

Repasando estos menesteres, me preguntaba, que actividad entretenida tendría esta semana en el liceo, y allí cuando recordaba que los díaslunes y jueves en el horario de los terceros medios del área humanista, teníamos 4 horas de clase con el Chatito Vidal, ahí cambiaba la motivación, él era nuestro profesor de Castellano.

Ya vestida, mire la hora, estaba a media hora de que empezaran las clases y yo aun pensando.

Me tenía que ir caminando al liceo, apure la causa y casi corriendo, sin desayuno, baje la calle San Martin, llegue a 21 de Mayo, toque el timbre de la casa de Miriam y caminamos 12 cuadras hasta llegar al liceo, con nuestras piernas agiles y rápidas lográbamos llegar justo a tiempo.

La primera hora era consejo de curso, una lata, las cuotas de curso, las notas, el aseo de la sala, etc.

El segundo bloque… Castellano, la clase magistral, la más interesante y entretenida de toda la semana, no volaba una mosca, su profesor nuestro querido Chatito Vidal, cuya pedagogía era grandiosa, hasta el estudiante con menos interés en la lectura cambiaba de parecer después de una clase con este gran maestro, que físicamente era bajo de estatura, de un gran corazón, sabiduría y conocimiento en las letras, le teníamos respeto y mucho cariño, su llegada era tan cercana mientras hablaba del" Mundo es Ancho y Ajeno" de Ciro Alegría, temática que nos parecía cercano cuando lo leimos,comprendiendo cuan ancho y ajeno es este mundo para algunos.

Mas impresionados con" Cien años de Soledad "de Gabriel García Márquez, novela que tuvimos que leer tres veces, porque era tan atractivamente enredada, a los Buendía los tenía hasta en sueños, sus penas, necesidades y problemáticas familiares, que no son más que la propia problemática latinoamericana.

Así conocimos en sus clases inmemorables a los integrantes del BOOM LATINOAMERICANO, Mario Vargas Llosa y La ciudad y Los Perros, Julio Cortázar, José Donoso y otros.

Eran tan emocionantes sus relatos, la clase pasaba volando, las evaluaciones eran con libro abierto, (que había que conseguir en la biblioteca liceana). Nos llamaba al escritorio, pedía abrir cualquier página del libro y de allí sacaba una pregunta, repitiendo 7 veces el ejercicio, siendo la nota la sumatoria obtenida de cada respuesta dada, y así pacientemente escuchaba nuestras palabras, dando siempre la oportunidad de sacar lo mejor de nosotros, de nuestras habilidades para expresarnos, comunicarnos y mejorar a través de la lectura.

No te olvido Hugo Vidal Campusano, Chatito Vidal, QEPD.

LEO, LUEGO EXISTO

Christian Hurtado - 61 años - Viña del Mar

Aprendí a leer antes de entrar al colegio, a los 4 años, cuando egresé de cuarto medio a los 16 había leído mucho, me había fascinado la generación del 58, García Márquez, Julio Cortázar, Vargas Llosa, José Donoso, Juan Rulfo y otros, me devoré todos sus libros, mi imaginación era una noche boca arriba o estancado en un taco interminable en la autopista del sur, soñaba ser Pantaleón o alguno de los buendía, aunque me conformaba con ser un algún hijo Pedro Páramo. Fui a la universidad y me quedaba poco tiempo para leer, aunque variando un poco el gusto conocí a Lobsang Rampa, y al aburridísimo Carlos Marx pero la verdad no significaban mas qué lectura, en un par de años deserto de la universidad, por algún inesperado apuro debo casarme y comienzo entonces a trabajar, luego la situación laboral extremadamente difícil me hace dejar de leer por un tiempo prolongado, demasiado prolongado tal vez, aun así no dejaba de leer lo mínimo que fuera, en mis años en la construcción recogía cualquier diario u hojas sueltas perdidas por ahí, y las leía ávidamente en la hora de colación, los carteles en los postes, los rayados en las murallas, pase por situaciones económicas criticas, cante en las micros, fui vendedor ambulante, colero en las ferias y algunas faenas mas que me alejaron definitivamente de la lectura, no tuve tiempo de verdad para echarla de menos, comer era mas importante que leer, con los años adquirí un oficio, me fui asentando en el trabajo y me consolide económicamente, entonces un día, con mas de 50 años en el cuerpo, entre a una biblioteca quería salir de mi letargo, curiosamente siempre me pareció absurdo que en la biblioteca, un lugar donde las palabras sobraban y sobreabundaban, había que permanecer en silencio, ahora que la edad me esta inundando he decidido volcarme a escribir, obligado tal vez por los accidentes vasculares que han azotado a mis hermanos y a mi padre, seguro soy el próximo y no podre escribir nunca más, además de que mis hijos están muy lejos de contar alguna historia con sus propios puños, estoy temiendo entonces que se me acabe el tiempo y nunca pase por el mundo de las letras, se que el talento siempre estuvo, quizás yo no estuve a la altura, tal vez nunca me creí el cuento, o sencillamente nunca he tenido dedos para el piano.

EL NINO DEL VOLANTIN

Gloria Guzmán - 83 años - Olmué

En sus ávidas cuentas de vidrio se reflejaban las nubes viajeras, el tiuque que llegaba por carne y se paraba en el balcón, las infatigables arañas tejedoras de la guardilla, los rojizos pies de los niños en la acequia.

Y el vaivén interminable del péndulo del reloj.

Martin nació con la curiosidad prendida en los ojos y con el movimiento eterno, porque había llegado junto con el huracán decía su madre.

El no necesitaba de nadie para encontrar respuestas, de pronto desaparecía, lo buscaban desesperadamente y allí lo encontraban debajo de unos mantos de Eva mirando atentamente el recorrido de las hormigas y metiéndoles el dedito en el hormiguero. Otras veces sentado en el patio al sol observando el descanso de las lagartijas que dejaban ver el arco iris en sus lomos, otras el pequeño mundo de la luz y de las cosas reflejadas en las burbujas de agua.
Una noche en su camita le descubrieron 6 caracoles, 4 ágatas y una araña peluda medio moribunda, cuando le sacaron sus tesoros chillo y gimoteo hasta quedarse dormido.
Un hermoso y azulado día, en que el viento jugueteaba y silbaba por el hueco de los caños, le llamó la atención un ruido que provenía del cielo y allí maravillado vio por primera vez un objeto lleno de colores que volaba y danzaba susurrando en el aire con una larga cola que serpenteaba alegremente, sus manitas aplaudieron tanta gracia y su tierna risa llenó el espacio.

Sus padres se asomaron al sentirlo tan contento y pensaron ¡Que fácil es hacer feliz a un niño!

Desde ese día, Martín encumbró sus ilusiones al viento, amarró su corazón al arlequín travieso y conoció las respuestas prendidas en sus ojos.

NURDO

Margarita Véliz - 75 años - Viña del Mar

En Agua Santa de Viña del Mar, nació un niño, no el primero, pero no menos querido, del matrimonio entre Rosalindo Calderón y Julia Tapia. Vivían pegaditos en un cité, 10 cabros chicos, la vida en modo difícil.

Al peladito le gustaba jugar a la pelota, aunque fuera solo una hecha de medias y jugara a pata pelá, cuando podía se iba al colegio. En verano trabajaba, con la pelota al lado, paseando niños en los caballitos Mampato para ayudar a la mamá. Ya que la mamá lavaba ropa ajena para poder alimentarlos.

En una dominada terminaron jugando fútbol en Nueva Aurora, su casa con patio. El peladito empezó a hacerse un nombre, el "Ñurdo" le decían, jugaba con el pie izquierdo y la camiseta número 10. Lo buscaban de todos lados, partió en Juventud Unida en la asociación y luego en la selección. Jugó por Montemar y la fileal de la Cato de Valparaíso, donde le pagaban por jugar y hacer goles, ahí sí que lo dejaban machucado. Cuando lo invitaron a entrenar a Everton se sentía en otro universo, parecía la puerta de escape. Sin embargo, quedó como un sueño inconcluso, había que llevar comida a la casa, la pelota no era suficiente, tenía que ser hombre antes que niño.

El Ñurdo, fiel a Villamontes, no se fue de ahí, con 70 años sigue siendo una leyenda de barrio, una decendencia y un montón de historias. Y ahora la pelota es para jugar con los nietos.

DIALOGOS EN LA FERIA

María Laún - 75 años - Quilpué

¡Oferta!... ¡Oferta!... Se escucha la voz del anciano entre el gentío de la feria dominical.

Soraya, curiosa disfruta entre las rumas de ropa usada como si fuera un mall, pero al escuchar ¡Oferta! Agudiza el sentido y pregunta:

-Amigo, ¿De qué se trata tanto alboroto?
-Es un viejo loco que esta en la esquina lleno de cajas hablando leseras, y ¡No estoy para latas! ¡No tengo tiempo! Responde malhumorado.

Curiosa la Soraya abandona la ruma de ropa y sigue la voz que la intriga. Ante ella hay un anciano de raído sombrero y cajas. Él se da cuenta de su presencia y dice:

-Patroncita, tengo que vender estos sueños. ¡No se vaya son baratos! sólo a quinientos pesos.
-¿Ehí caballero y que vende? Pregunta curiosa Soraya… ¡Muestre, muestre!
-¡Caserita! ¿Le gusta la Mistral, Neruda, la Bombal o Hernán Rivera?
-Sí Abuelo, responde Soraya entusiasmada.
-Entonces pasé pá acá… Miré aquí, dice el abuelo, abriendo cajas y mostrando "Balzac, Asimov y a la Isabelita"
-Con Calma abuelo… ¿Le ayudo a vender? ¡Sé de libros!

Soraya es todo un espectáculo… parece salida de un cuento… Con su voz ronca, pelo largo, anchos jeans, viejas botas vaqueras y el chombón de lana ocultando su delgadez extrema. ¡Grita desaforadamente!

-¡Sacar a quinientos!... ¡Cinco monedas de cien!... Deje la televisión… el teléfono y ¡viva!
-Abueeelo, esa joven pagó tres y lleva cuatro, ¡Lo hizo leso!
-No me hizo leso, ni ná, no tiene dinero.
-Se robó El Principito.
-...Qué más da niña ¡Volverá a nacer la ilusión! Un niño, una rosa y un sabio zorro…
-Ya abuelito no me diga más se las sabe todas, hasta es capaz de inventar que leía libros sin saber leer.
-Y claro que sí mi niña… ¡Ya leía el Peneca!

El domingo pasa lento, los libros van desapareciendo uno a uno. No obstante, se vendieron casi todos ellos.

-Oiga abuelo, es usted un pillín, mire este libro ¡no lo devolvió!… ¿Acaso no sabe lo que es una biblioteca?... ¿Sabe usted dónde queda la Biblioteca Santiago Severín? ¿Queda ahí no más? Y es de nosotros… Es del Puerto… El abuelo baja la mirada y contesta.
-Calladita niña, lo recogí de la basura hace años. ¡Páselo para acá este huacho no se vende!

El hombre mira a Soraya pensativo, eran mi todo como mis hijos y quedan en buenas manos ¿Y no digan que los chilenos no leen?

-Niña los que no se vendieron te los regalo. Total, ahora me voy a la Piedra feliz con mi libro huacho bajo el brazo.
Soraya responde -¿Y para qué quiero tanto libro si ya saqué el pasaje para el cielo?

Acto seguido, la mujer comienza nuevamente con el estribillo …

-Ofertaaaaa… ¡Saque un libro Gratiiis!

Un libro es un sueño que lleva lejos la imaginación, al igual que, tiene derecho a ser leído y existir honorablemente en la paz o el dolor.

CONEJITO

Willy Romero - 69 años - Quilpué

6:30 am Conejito terminaba de leer el libro que lo tenía intrigado, que no le permitió dormir.

Pensaba leer hasta las 23:00 horas para terminar el libro al día siguiente.

Pero ese libro, que desde que lo tomo, le intrigo, sin saber porque, ya que entro a buscar un libro de su autor favorito, esos libros de la Pampa Salitrera, que solo escribe Hernán (como dice Conejito refiriéndose a Hernán Rivera Letelier), libros de escritura simple pero tan llenos de detalles que lo transportaban a esa infancia que vivió junto a su familia en las salitreras donde Conejito fue muy feliz.

Que hermosos recuerdos.

Recuerda cuando la profesora con mucha paciencia le enseño a leer. Le costó un poco, quizás más que a otros, pero Conejito se esforzó por aprender y lo logro, tanto así que fue el único del colegio (no del curso) que se interesó por la lectura.

A la edad de 12 años había leído todos los libros de la pequeña biblioteca del pueblo y más.

Un día, mientras papá trabajaba, acompaño a su madre a Antofagasta, luego de las compras le rogo que lo llevara a la biblioteca, en donde quedó maravillado con tantos libros y desde ese momento, a quien bajara a Antofagasta le rogaba, que pasara por la biblioteca a pedir un libro, el cual leía y cambiaba semanalmente.

Cuando falleció su padre, su madre decidió regresar a Valparaíso, ciudad en la cual se había criado y en la cual tenía a todos sus familiares.

En ese largo viaje de tres días en tren, Conejito estaba fascinado, recorrió el tren leyendo diarios y revistas que llevaban otros pasajeros, se hizo amigo de los maquinistas y pasaba horas en esa enorme y hermosa locomotora a vapor.

Un domingo cuando su madre lo llevo a la Plaza Victoria, le llamo la atención un enorme edificio blanco que estaba al otro lado de los columpios, y cuán grande fue su emoción al descubrir que era una biblioteca, en la cual se inscribió y comenzó a pedir libros para ampliar sus conocimientos.

A través de los años leyó desde Platón a Kafka, desde filosofía hasta ciencia ficción.

Un día descubrió un libro de Hernán, lo leyó y quedo fascinado, le trajo tantos recuerdos que no paro de leer sus libros.

Con sus amigos, ya todos mayores de 60 años (al igual que él), se juntaban todos los jueves en El Pajarito a discutir de libros, de filosofía, de la vida.

Pero esta vez iba intrigado, desconcertado, porque ese libro que había terminado de leer por la mañana, le contaba la historia de Moussambani, un nadador de Guinea Ecuatorial quien en las Olimpiadas de Sídney 2000, con el peor récord de la historia había ganado Medalla de Oro en los 100 metros estilo libre, le resultaba increíble que un nadador que no sabía nadar compitiera en una Olimpiada y peor aún, que ganara Medalla de Oro, que historia, que increíble historia de esfuerzo y superación de aquel hombre.

MANUEL GRIS

Leonel Mendoza - 76 años - El Tabo

Manuel, un hombrecillo gris y solitario caminaba al atardecer de un suburbio cualquiera . Había salido del trabajo.Entró a un boliche y sentándose en un rincón pidió la cena. Era su rutina de cada día. Mascullando, terminó el plato. Buscó la billetera. –"maldición, no la encuentro" se dijo, enojado. Venía la camarera. "Qué hago" "Déme un postre" pidió,ganando tiempo.. Así, fue pidiendo,un plato tras otro, .No sabia que hacer. En el baño, vomitaba lo ingerido. Y volvía a pedir. Así fue pasando el tiempo. La camarera ya ordenaba y limpiaba. Manuel, continuaba inmóvil, con una mirada suplicante, sumergido en su pesadilla. De pronto, ella se agachó,recogiendo una billetera. "Es suya"? y se la entregó. Incrédulo, sacó unos billetes y pagó la cuenta. Se levantó torpemente y con pasos adormecidos salió del recinto.

Afuera, sus ojos resbalaron una pena silenciosa, amarga, solitaria . Su figura gris, se fue perdiendo una vez más en la penumbra de la noche .

LA PRIMERA BIBLIOTECA Y SUS BUENAS CONSECUENCIAS

Marcial Letelier - 90 años - Concón

Al inicio de la adolescencia yo compraba un libro con mi mesada; otros cuatro compañeros de clase hacían lo mismo. Así, cada uno del quinteto podíamos leer cinco libros al mes gracias al intercambio. Utilizamos esta modalidad para adquirir historias de cowboy de Zane Grey y policiales de Agatha Cristie.

Después, con pantalón largo, busqué otra variedad de libros. En la Escuela Rural de Forel, donde pasaba unos días, vi una vitrina en la salita de la dirección, dividida verticalmente en dos partes: el izquierdo contenía libros, cuadernos y útiles escolares; el derecho, estaba repleto de novelas y cuentos. Mi afición hizo que intruseara en este último espacio. Seleccioné tres volúmenes, recordando sugerencias de mi padre:" Crimen y castigo" de Dostoievski, "El proceso" de Kafka y "Matar a un ruiseñor" de Lee. Por tincada, agregué "María" de Jorge Isaac. Los dejé sobre el escritorio de la maestra Leonor, hermana de mi padre, para pedírselos prestados cuando terminara las clases de los cuatro primeros cursos de primaria en el aula vecina. Los libros parecían nuevos, estaban forrados, todos con el nombre de ella, mes y año de la compra. Puedo decir que ahí conocí la primera biblioteca, formada con mucho sacrificio, porque el sueldo de las normalistas era muy bajo. Ella me respondió: "llévatelos, pero los tres primeros léelos cuando cumplas los dieciocho para comprenderlos mejor; María, lo puedes leer de inmediato". Lo leí rápidamente, y me sirvió para que el amor platónico que sentía por Luisa se consolidara más, aunque ella jamás lo supo. Años después, del mismo estante, leí otros textos que hasta hoy día se mantienen vigentes: "La montaña mágica", "Guerra y paz", "Moby Dick", por nombrar algunos.

Pasaron los años. Continué leyendo en promedio unas diez o quince páginas al día de lunes a viernes. Los días inhábiles leía mucho más. Luego me casé, llegaron cinco hijos y posteriormente diecisiete nietos (actualmente casi todos son mayores de edad). Toda la familia sabe que el único regalo de cumpleaños que me agrada son libros; les digo que busquen de precios módicos y de cualquier autor y tema, porque después los cambio a mí gusto. De lo leído en el último decenio, destaco: una trilogía de Ken Follet, "Los pilares de la tierra", "Mundo sin fin" y "La caída de los gigantes"), y otra de Santiago Posteguilla, ("El hijo del cónsul, "Las legiones malditas" y "La traición de Roma"). En biografías, cito dos excepcionales: "El largo camino hacia la libertad" de Nelson Mandela y" La igual libertad," acerca de Edgardo Boeninger, escrita por Margarita Serrano. He juntado muchísimos libros, contando los que he comprado personalmente, dos o tres por año. A veces, mis nietos tienen que leer por sus estudios determinadas obras y me preguntan si las tengo; me alegro cuando la respuesta es afirmativa. Gracias a los libros de la tía Leonor, reforcé mí hábito por la lectura, traduciéndose en una buena fuente de entretención y aprendizaje. Que descanse en paz.

DIGNIDAD DE UNA LECTORA

Jaime Calderón - 77 años - Quilpué

Julia, de ocho años, gran leedora, expresa gozosamente que ya conoce tres bibliotecas y exalta una de New York, aunque no deja de fascinarse con nuevos hallazgos de lectura en la bibliometro de Estación Puerto en Valparaíso. De allí a estación Bellavista para entrar a la Severín es salir de la gloria para introducirse en un paraíso. Entre otros libros, se devora los de Harry Potter como maní con miel. Los hechizos, artificios, fantasías e idealismos son parte de su mundo que traspasa en cada conversación rica en nuevo vocabulario que entusiasma poderosamente.

Un día convenido, pidió a grandpa –como llama a su abuelo– que la llevara a un bosque cercano en Quilpué, para compartir lectura de un nuevo libro prestado. Fue así como pronto partieron a campo traviesa a sentarse bajo la sombra de un árbol. Les pareció un lugar de paz y armonía, un verdadero Shangri-La. Juntos decidieron qué párrafos debían ser leídos en voz alta por ambos, representando de la mejor manera el tono de los personajes. Así, en intervalos conversarían para intercambiar comprensiones, de acuerdo a sus propios descubrimientos.

En una de estas pausas, Julia azuzó con energía a su grandpa de distinguir voces entre diferentes personajes y prácticamente actuar como en un juego de roles. El abuelo sonrió un tanto apocado y asintió. No obstante, por segundos quedó con la boca abierta y pensó, "las chicas de hoy ya saben lo que es asertividad".

Pronto, al atardecer, en un momento final de reflexión, se silenciaron y se dedicaron a mirar blancas nubes que viajaban sobre ellos. En un segundo, grandpa bajó la vista y, sin saber cómo, vio a su nieta transportada en éxtasis. Sí, era el ocaso que posiblemente influía en el resplandor, luz que se unía a sus mentes y al libro elegido, aún abierto con sus hojas claras.

¿Qué pasó? Exclamó el abuelo, al ver deslumbrada a su compañera de lectura.

Julia tratando de componer una respuesta, exclamó: ¿No viste los conejos con sus ojos luminosos al mirarnos?

No…, vi pájaros y mariposas, respondió su grandpa, entendiendo que su nieta había sido transportada a un mundo de ensueño.

Al momento que decidieron regresar a casa, adivinaban que no eran los mismos.

Ella, hechizada y encantada por su visón de las liebres, la lectura compartida en voz alta y el autodescubrimiento. Él, pleno de luz que sentía le compartía su nieta, agradecía a Dios por gozar de tan fantástica realidad que le entregaba vida adicional.

Julia llevaba sobre sí las imágenes de la lectura que por su perseverancia se unían a las anteriores de otros libros y la posibilidad de contar con alguien que gozaba ahora la lectura compartida, estímulos que se vinculaban al respeto, empatía y conexión emocional, que había sentido desde el personal que la atendía atentamente con las fuentes de lectura al prestarle los libros que siempre había deseado.

Abriendo nuevo camino, de la mano, solo se veía una estela de luz por donde habían transitado.

BAJE MINISTRO

Armando Aravena - 75 años - Viña del Mar

No veo portales por ninguna parte – dijo ella.

Se llama así por Diego Portales, forjador de la patria – respondió el hombre molesto.

¿Y qué tuvo que ver él con esta caleta?

Eso sí que no lo sé – dijo él acercándose a examinar los modestos aparejos de pescar que un hombrecillo ofrecía a los furtivos pescadores de orilla.

Es porque fue aquí donde lo mataron – dijo el modesto anciano que sentado en el suelo ordenaba su mercancía.

El matrimonio pareció sorprendido primero y luego le pidieron al anciano que les contara cuanto sabía sobre la historia.

Lo trajeron esposado desde Quillota en su propia calesa y por aquí unas cuadras más allá lo fusilaron.

Caminaron cerro arriba sin saber aun si dar o no crédito a la historia del anciano. De pronto, en medio de la avenida Los Placeres se les apareció el monumento. Una especie de habitación mínima, cuidadosamente aseada, que en nada llamaba la atención de los visitantes, menos aún los vecinos del lugar.

Leyeron la breve biografía del insigne personaje y al girar se encontraron con aquellas enormes letras en relieve.

"BAJE MINISTRO"

La tristemente frase histórica con que uno de los militares golpistas pedía al ministro que descendiera de su carruaje para proceder posteriormente a fusilarlo.

TRAIDORES

EN LA SOMBRA DEL DESCONOCIMIENTO

Raquel Bernal - 84 años - Valparaíso

Manuel tiene diez años, vive con sus padres en una de las tantas islas que se encuentran en el sur de Chile. Él y sus padres, son analfabetos, ya que por motivo de aislamiento y situación económica no puede vivir en el continente para asistir a un colegio. Sus padres se dedican a la pesca y siembra, crían ovejas y vacunos, recolectan miel; la mayor parte de esos productos es enviada a la ciudad para la venta y, a cambio ellos reciben mercadería para el consumo diario. Una vez al mes atraca a la isla una goleta, que está a cargo de don Ernesto, patrón de la embarcación de la goleta "Santa María" la cual, abastece de mercadería a las islas cercanas.

En uno de estos viajes, don Ernesto le regaló a Manuel, un libro de historietas, sin saber que él no sabía leer. Manuel muy contento agradeció el regalo y se dedicó a mirar los dibujos pero no sabía de qué se trataba la historia. En el siguiente viaje don Ernesto le trajo otro libro y le preguntó a Manuel si había leído el anterior, Manuel, muy avergonzado le contestó que él y sus padres no sabían leer ni escribir; Don Ernesto le escuchó y quedó muy preocupado pensando… ¡Así como la familia de Manuel hay miles de chilenos que están en la misma condición! Y decidió ayudar con lo único disponible y de su propiedad… su goleta. Así que le prometió a Manuel que en cada viaje le traería un libro y, a la vez le enseñaría a dibujar, conocer letras y le dejaría tareas de números y palabras.

Así pasó un año, durante ese tiempo Manuel aprendió a escribir palabras y números, y a leer frases. Los padres al ver el entusiasmo de su hijo, además de apoyarlo le pidieron que los dejara participar en su aprendizaje que tal vez, con el tiempo ellos podrían leer esas historietas, con la misma facilidad que él lo hacía en ese momento. Cada mes Manuel recibía un libro de las manos de don Ernesto, los cuales atesoraba y los leía repetidas veces hasta comprender bien su contenido.

Después de cinco años Manuel leía a la perfección, y sus padres lograron aprender a escribir y leer las historietas. Don Ernesto estaba feliz…había ayudado a la familia, entregándole las herramientas necesarias, que eran los libros y cuadernos, para que ellos pudieran desenvolverse en la vida. De pronto se le ocurrió una idea ¿si ya se había familiarizado con los libros… por qué no se le había ocurrido que Manuel se interesaría en conocer una biblioteca? Y así se lo hizo saber a sus padres.

Para Manuel esa posibilidad era como un sueño, para sus padres algo que no estaba en sus planes futuros… ¡viajar a la ciudad, nunca lo habían pensado! Se planeó el viaje y llegó el día de la partida. Con su mejor ropa y muy nerviosos se embarcaron en la goleta sin dejar de mirar su querida isla que cada vez se hacía más pequeñita hasta desaparecer en el mar. Al llegar a puerto Don Ernesto los llevó a un restaurant, después de almuerzo se dirigieron a la biblioteca pública ¡que emoción sintió Manuel al ver cantidades de libros de todos tamaños y colores! ¡Qué feliz es la gente de la ciudad que tiene miles de libros a su disposición! El regreso a la isla fue tranquilo y lleno de recuerdos, los padres de Manuel recordando lo hermosa que es la ciudad pero más hermosa es su isla que es donde siempre han vivido y donde morirán. Manuel todavía emocionado por la visita a la biblioteca y su firme decisión de ir a estudiar a la ciudad y poder obtener un título, y Don Ernesto con su conciencia muy tranquila porque sin ser un pedagogo pudo ayudar a una familia isleña.

TAN SOLO TRES LIBROS

Yolanda Luongo - 70 años - Valparaíso

Me han fascinado muchos libros, pero solo le mencionaré tres – Me dijo hace algún tiempo mi vecina a quien no conocía muy bien. Por diversas razones. -prosiguió, como si me conociera de toda la vida- cuando era niña hubo dos libros que llamaron mi atención: uno era un libro de bolsillo; su portada cubierta por una foto antigua, como de prócer se repetía desde arriba hasta abajo y el título en cursiva que obviamente no pude leer. Cuando pude hacerlo, unos seres extraños se volvieron corpóreos, con voces y movimientos particulares que bailaban tregua y catala y espera. Eran bailes distintos, ¿sabe usted? tan distintos como podían ser entre sí, Cronopios, Famas y Esperas. Los amé, a pesar de sus características absurdas y fantásticas. Años después lo encontré en una librería de viejos y me lo llevé a casa. "Historia de Cronopios y de Famas".

El segundo, que en realidad fue el primero, un libro gordo, tapas negras y letras doradas: "Pequeño Larousse", y yo me preguntaba cómo le pusieron ese nombre, si de pequeño no tiene nada. Al principio era difícil de abordar, pero entre juego y juego, fue cobrando un poder y una importancia que yo no vislumbraba. El mecanismo consistía en buscar palabras con su significado y llevárselas a mi papá, quien revisaba y catalogaba. Según su escrutinio nos premiaba con una moneda conforme al valor del vocablo. Sólo entonces mis amiguitas y yo continuábamos nuestro juego: ir hasta la panadería a comprar mendocinos y hallullitas para la hora del té imaginario. Y saboreando los panecillos veíamos pasar las nubes gordas y blancas en el cielo azul del verano. Era un juego dentro del juego ¿me comprende usted, vecino? Yo la miraba en silencio tratando de imaginar su pequeño mundo, atinando con un leve movimiento de cabeza.

Otro que capturó mi corazón –prosiguió sintiéndose segura de mi atención- fue "Cien años de Soledad". Cuando en el colegio daban lectura para el verano, ¿se acuerda? Lo leí en Quintero, entre la playa, la línea férrea y después de almuerzo. Esos miles de personajes con sus combinaciones de nombres, lenguajes y lugares exóticos, inmersos en ambientes saturados de emociones que ocurrían en un clima húmedo y caliente lleno de colores, ritmos y cadencias que eran un imán – ¿y me va a creer?- la lectura se volvía adictiva. Lo leí dos veces. Y yo ¡le creía! Años más tarde -continuó- tuve la oportunidad de vivir ese y otros mundos; cuando la bota pisaba todo nuestro continente y aún quedaban algunas esquinas democráticas en las que el hombre libre podía guarecerse… Entonces pude amar esos personajes en toda su dimensión, porque se volvieron carne y hueso. Y supe que el realismo mágico era real y maravilloso.

Siendo sincera, le puedo decir que he leído algo - me dijo con una seriedad pasmosa - Ahora me doy cuenta de que no he leído todo lo que debiera. ¡Y es que son tantos! Me faltarán vidas para acercarme siquiera a un ínfimo número.

FICCIONES MARGINALES

Roberto Córdova - 64 años - Limache

Mi constante búsqueda de los detalles en el texto, en la imagen, en los comportamientos corporales; búsqueda que no es una obsesión, en tanto no tiene la carga negativa o molesta del obseso; más bien -en mi caso- es un impulso placentero, es un deleite de lo que se sabe exclusivo, un ejercicio permanente de la imaginación, de lo posible a pesar del margen o lo inadvertido.

Y no es que el detalle requiera necesariamente ser relevado. De hecho, si adquiere protagonismo, pierde su atractivo. Es más, este ejercicio ha sido un acto absolutamente privado desde que leí mi primera novela.

El gusto por los libros y el cine lo heredé de mi abuelo paterno. O, para ser más preciso, del embrujo que me producía su enorme biblioteca y su colección de películas en dvd. Solíamos compartir largas horas aquel espacio, ambos en silencio, absortos en nuestras lecturas.

Fue allí que conocí la *Continuidad de los parques* de Cortázar y *El jardín de senderos que se bifurcan* de Borges, Fue allí donde incursioné, por primera vez, en los relatos laberínticos que dejaban en evidencia la fragilidad que separa la realidad de la ficción. Fue en esas sesiones donde mi abuelo me instaba a desmenuzar la trama, a darle la vuelta al perfil de los personajes.

Entonces, el *Jardín* era mucho más que un espía chino arrancando de Madden o disparando a Albert para cumplir su misión. En ese *Jardín* se había cruzado un soldado herido y feliz, y yo no pude evitar seguirlo en su trayecto de regreso a casa, no pude evitar escudriñar en su impresión de un chino evidentemente alterado que se cruza en su camino.

Entonces, la *Continuidad* era mucho más que unos amantes tramando el fin del hombre leyendo su novela. Fue ineludible imaginar al mayordomo, justo antes de abandonar la casa, observando por última vez a su patrón, sentado en aquel sillón de terciopelo verde. Imaginar la posibilidad de haberse cruzado en algún punto del sendero con el personaje que, cuchillo en mano, sellaría el pacto entre realidad y ficción.

Hoy, que estoy más cerca de ese laberinto final que es la muerte, allí *donde sólo real la niebla*, no deja de conmoverme aquel viaje alucinante que partió en la biblioteca de mi abuelo y que me acompañará –sin duda- hasta que este otro, que soy yo también, ponga el punto final a este escrito.

LAS LECTURAS DE VICTOR

Eduardo Leiva - 77 años - Olmué

La noticia que me puso los pelos de punta era titular en un pasquín de crónica roja: "Hombre fue asesinado en Valparaíso por causas que se investigan. Sería agente naval encubierto" Mi dolorosa sospecha quedó develada por una foto televisiva, era de mi entrañable amigo Víctor.

"Torbellino" como lo llamaba su madre, fue un chico de energías inagotables: activo, curioso, preguntón y atento al menor cambio del entorno, siendo niño y adolescente. Me lo contó ella, Doña Matilde, un domingo que estuve a su modesta casa de Quilpué; empinada sobre la loma de un cerro, rodeada por eucaliptos y provista de una noria que los abastecía de agua. Deslizó, asimismo, que leyendo fluidamente devoraba novelas de cowboys, policíacas y, en especial, todas las de guerra que cayeran en sus manos. Lector empedernido, estaba ávido por aprender de estas temáticas.

Lo conocí en la Escuela de Enfermeros Navales; ubicada, por entonces, en el cuarto piso del Hospital Naval, en Playa Ancha. Ingresamos en 1962, año del Mundial de Fútbol en Chile; y cimentamos una sólida amistad, que yo sentía como una hermandad, desde aquella noche de guardia que, llorando, le confesé que había postulado con un certificado falso; que no tenía los estudios exigidos; que con mis actuales calificaciones no aprobaría; y que viniendo de un orfanato, sin padres ni familia, mi permanencia en la Armada era vital. Me prometió guardar el secreto y estudiar juntos. Mi situación cambió del cielo a la tierra: mejoraron todas mis notas, alejé al fantasma de la expulsión y el alma me volvió al cuerpo. Finalizados nuestros estudios, Víctor obtuvo la primera antigüedad y yo la quinta. ¿Habría algún mejor sello para afianzar nuestra amistad?

Recordaré siempre aquella primera vez que fui a su casa. Mientras conversaba con su madre, apareció vestido de vaquero; desenfundando las pistolas con asombrosa destreza y velocidad. Me ofreció la empuñadura de una y, cuando procedía a tomarla, le dio un giro rapidísimo y quedó apuntándome: "Tiene alma de niño", dijo ésta y nos reímos. En su habitación había un anaquel repleto con libros predilectos. Sin ser admirador de Hitler, alucinaba con la esvástica nazi. Dominaba, al dedillo, todo cuanto concernía a la primera y segunda guerra mundial. Me enseñó a jugar "Combate", su pasatiempo favorito. Se atropellaba hablando de armamentos y pertrechos, de aviones y tanques, de trincheras y estrategias.

Titulados, Víctor fue destinado a la Enfermería de un buque de guerra y yo al Hospital Naval de Talcahuano. Atrás quedarían los domingos en Quilpué, las esmeradas y tiernas atenciones de la señora Matilde y esa agradable sensación de sentirme querido y bajo calor familiar. No olvidaría las particulares enseñanzas de su padre, don Rigoberto, quien nos hacía tomar unas copas de vino, durante la cena, para habituarnos y no terminar "caramboleados".

Fuimos distanciándonos progresivamente más y nos comunicábamos por cartas. Víctor cursó Infantería de Marina. Destacado, lo seleccionaron para ser agente especial.

Mientras era sepultado, yo imaginaba una sonrisa dibujada en sus labios.

VENGAN A VER EL CIRCO

Enrique Vicuña - 65 años - Valparaíso

Isabella, en esa mañana de noviembre, bajó más apurada que otras veces del Cerro Alegre a su librería preferida "Ivens". Hurgando como paleontóloga literaria, descubrió, entre refinados aromas de tintas del oriente y amarillas hojas tipográficas, "un tesoro". Un antiguo libro. "Circos y Fenómenos – 1886", de gruesas tapas doradas y páginas perfumadas a menta y algodón de azúcar. Desde el alma del libro, podía oírse una lejana "Canción circense de antaño". Víctor Hugo, el dueño de la librería, vio como le brillaban sus ojos en fulgor ávido de leer, por lo mismo, envolvió el libro en un fino papel fucsia con filigranas rosas y un delicado rosetón mauve.

Subió ansiosa por Almirante Montt llevando su preciado regalo, se sentó a descansar en los catorce asientos, y obvio… para así echarle sólo una ojeada. Puso el libro sobre su vestido en flor y leyó…

"Azulina está la noche y sin nubes en ese día caluroso de noviembre…
Carmen, que ya había pasado los 45 años en soledad, vivía atrapada entre un oscuro cuarto que arrendaba y huyendo en sus sueños de un asfixiante destino. Todo alrededor era monotonía agobiante, siempre barriendo esperanzas pérdidas entre cahuines y ropas tendidas en las ventanas, y por las noches, en los dinteles se acurrucaban llantos y voces perdidas.

Ese día y sin aviso alguno todos corrían, al oír los festivos y payasescos sones, que prometían olvido y alegría. Un obeso señor "Corales", pulmón al viento, encabezaba el singular desfile, pregonando las rarezas más raras, las risas más desatadas y escondidas, y un número muy especial, nunca antes visto… y tan sólo, por dos míseros Pesos.
El gentío atochó la entrada de la zurcida y desteñida carpa, atraídos como polillas por un enorme letrero pintado a mano de profusa imaginación arabesca. Nadie se podía perder esta algarabía, menos Carmen.

Carmen entró con la emoción jugueteando entre serpentinas y globos. Una novela enana pasó por entre sus piernas, malabaristas de versos y verbos entraban y salían por su mente, finos humanos amaestrados, el difícil equilibrio del amor, acróbatas de saltos mortales fuera de toda la realidad, payasadas risas remendadas, mientras en lo alto un solitario Ángel Trapecista. Todos aplaudían agitando sombreros de mimbre y azumagadas sombrillas.

Al final, entre rutilantes acordes, aparece un enigmático mago con irreales odaliscas venidas desde un lugar que nadie conocía. Su rimbombante anuncio promete algo único, sorprendente, ¡¡¡desvanecer a alguien del público!!!... Carmen levanta su tímida mano enguantada y desde lo alto el Ángel la mira apasionado, el público sólo en murmullos escondidos, ve como Carmen se esfuma para nunca más aparecer… todo mal."…

Isabella no supo cómo se le hizo tan tarde. En casa su madre preocupada la abrazó fuertemente. Contó su extraño sueño, quiso sacar el libro, pero no lo tenía. Desesperada salió corriendo al escuchar una lejana música barahúnda. Llegó a donde había estado, y ahí sentados Carmen y el Ángel Trapecista, le sonrieron y a ambos les vio alejarse entre las nubes de Valparaíso.

LA CREACION INUIT: UNA LEYENDA ESQUIMAL

Héctor Vásquez - 76 años - Valparaíso

Estimado lector o lectora te recuerdo que en una leyenda todo puede suceder, sólo basta que abras tu mente a lo desconocido:

En la sombrías planicies y montañas de Alaska el venerable Angakok cuenta que, en los tiempos que no existían los humanos en el lugar, la gruesa capa de hielo que todo lo cubría, con un tenebroso ruido, se abrió dejando escapar de sus entrañas un enorme Pájaro Negro que abriendo sus alas comenzó a recorrer el oscuro sitio donde había nacido.

Cansada de volar y aburrida de la soledad que la acompañaba comenzó a hacer pequeños hombres de nieve, todos iguales, pues no se le ocurría otra forma.

Estos comenzaron a poblar la zona y comenzaron a fabricar animales y algunos árboles que pudieron resistir el gélido clima reinante, pero a más de alguno se le ocurrió hacer algo a quien gritar y ayudarlos en las tareas domésticas y elaboraron pequeñas mujeres de tierra que al sentir el frio ambiente que le rodeaba obligaron a los hombres a construir una vivienda que son los actuales iglúes donde comparte una familia.

Como todas estas acciones no las advertía el gran Pájaro Negro por la oscuridad del invierno, decidió construir dos grandes lámparas: Papá Luna y Mamá Luna y las tiró al aire para que rodaran de este a oeste y de esta forma ver lo que sucedía en la inmensa superficie helada que abarcaba su dominio.

Los años pasaron y llegó el momento en que el Papá Luna se cansó de hacer siempre el mismo caminar, ordenado por el gran Pájaro Negro, por lo que decidió cambiar su rumbo viajando hacia el sur.

Enojadísimo el Pájaro Negro ante la nueva oscuridad ártica provocada por el Papá Luna, hizo explotar al desobediente y cada pedacito de él se transformó en los pequeños puntos que cubren el cielo en el largo invierno polar alumbrando montes, valles y mares del Ártico: las estrellas.

EL UNIVERSO EN MIS MANOS

Luisa Rozas - 64 años - Quilpué

Hoy 27 de abril 2019 , por fin estoy aquí sentada en una carpa instalada en la plaza de Quilpué, esperando por la charla que dará mi ídolo máximo: el profesor y astrónomo José María Maza Sancho, un poco nerviosa y muy abrigada, con bufanda y abrigo, ya que hace harto frío afuera y adentro de la carpa más aún, ya ha pasado como media hora, mirando disimuladamente la hora en el reloj de un caballero sentado a mi lado, las sillas están muy juntas , con el libro "Somos Polvo de Estrellas" entre mis manos y mi falda, lo acaricio de tanto en tanto, pensando debería haberme puesto guantes, pero si lo hubiera hecho no sentiría esa suavidad de su tapa como terciopelo que me da calorcito , lo acaricio protegiéndolo del frío ambiental como si fuera un bebé durmiendo, en espera del beso de su padre.

Sale una señorita con micrófono en mano a darnos la bienvenida y dice que el profesor Maza ya se encuentra en Quilpué y se está preparando para salir, que tengamos a mano su libro, que después de la charla los firmará todos, eso no me preocupa sé que lo hará, yo en realidad lo estoy esperando hace como un mes, desde que leí su libro, a decir verdad me lo devoré, lo que hago siempre cuando tengo un libro nuevo en mis manos, más aún si se trata de un tema que siempre me ha interesado, mi fascinación por los libros , las estrellas, la luna , los planetas, las galaxias infinitas, etc. Y por supuesto después de leerlo, estoy más intrigada y fascinada con el tema, tanto así, que la Teoría del Big Bang me ha cautivado, como el Universo se encuentra en nuestros huesos, será por eso que en mis noches de insomnio y languidez profunda, miro a la luna extasiada sin poder descifrar si soy yo quien la busca o es ella que me atrae como un imán mágico de seducción inevitable, preguntándome cuanto la luna ha influido en mí, en mi manera de ser, de actuar, de razonar, sobre todo en las noches, algo hay ahí, si la luna influye en las mareas…

Un dato al margen , el profesor Maza un caballero de tomo y lomo, la mezcla perfecta de inteligencia, humor y simpatía, este libro hermoso nos acorta tanto la distancia con el Universo que casi lo puedo sentir entre mis manos , me ha cautivado totalmente, tanto así que después de terminar de leerlo y en un impulso nervioso me compré el libro : EL SUPREMO ARTE DE ECHAR LAS CARTAS, aún lo estoy leyendo , eso obviamente no se lo dije al profesor Maza cuando me firmó su libro, no tenía para que saber, ¿ cierto ?

Un afectuoso saludo para Luisa , firma José Maza, en la primera página de mi libro amado, yo feliz.

UN REFUGIO LITERARIO DE VALPARAISO

Washington Vásquez - 62 años - Valparaíso

En el corazón de la ciudad, en un pintoresco rincón del plan de Valparaíso, se alza una hermosa librería llamada "El Rincón de las Historias", un refugio para las almas inquietas y corazones ávidos de conocimientos. Su dueño, don Pedro, un viejo apasionado por los libros, según él, conocía cada una de las páginas como si fuera la palma de su mano. La librería tiene unas puertas macizas que se abren como portales mágicos, revelando estanterías que se elevan como catedrales llenas de tesoros literarios que aguardan pacientemente a ser descubiertos.

Una tarde, cuando caía una pequeña lluvia, Rosita, una introvertida mujer, entró por primera vez a la acogedora librería, le pareció un lugar hermoso, sintió el olor a papel y tinta que creaban una atmósfera única, esa que nutren mentes sedientas del saber. Entre las estanterías, Rosita descubrió un viejo libro, con la cubierta desgastada, pero el título era insinuante "Detrás de tus ojos". Lo comenzó a leer, quedó tan cautivada, que sintió mariposas revoloteando en su cabeza, tal cual, como cuando te enamoras y sientes mariposas en el estómago, ahí encontró al espacio donde la imaginación vuela sin restricciones. Mientras leía, sentada en un cómodo sillón con una lámpara antigua, que la invitaba a sumergirse en el silencioso acto de la lectura, levantó sus ojos y vio a don Pedro, conversando con unos jóvenes que venían sólo a escuchar historias sacadas de las estanterías, cada palabra eran susurro de sabiduría, un regalo que despierta la mente.
A medida que el tiempo pasaba en la librería, Rosita y don Pedro, compartieron historias y la pasión por leer, fue así como "El Rincón de las Historias", se convirtió en un refugio, donde las palabras cobran vida y cada leyente es un explorador de sueños en el vasto universo de las lecturas y se dieron cuenta que la pasión por los libros se trasmite de generación en generación.

VALPARAISO, EN EL OTONO DE MI VIDA

Felipe Yáñez - 65 años - Viña del Mar

En el otoño de mi vida he llegado hasta ti, Valparaíso, y quiero descansar en ti. Tú me provocas nuevas sensaciones y ansias de conocerte, recorrer tus calles y cerros. Quisiera que el viento me empuje para sumergirme en lo más profundo de tu sentir. Eres puerto al fin, donde llegan miles de ímpetus de juventud y vejez.

Al final el viento fue… Sí, el viento del norte, desde mi Ovalle amado. Nunca pensé mecerme en tus brazos, Dios me guió, y aquí estoy frente a la vida donde se une con el infinito, para así arraigarme a tu cegadora hermosura, para guardarla en lo más profundo de mi corazón.

Hoy, en este otoño, Valparaíso se ha subido en el tren de mi vida, y me encuentro con una multitud de seres enamorados, gozadores y poetas. Cargados de emociones, sentimientos y un inmenso amor por ti. Y yo quiero guardar silencio, prestar todos mis sentidos a cada palabra, historias que brotan de sus labios, de sus corazones. Son cientos de palabras que embellecen tu historia, Que no soy capaz de retenerlas en mi corazón y en mi piel.

Escuché tu llamado, y el viento me atrapa y me eleva hacia ti. Él hará volar mis pensamientos, mi corazón y mis ojos. Y así, quizás, lograré ver a tu gente, sentir su corazón, escuchar sus voces.

Al amanecer miró el mar, cómo caen los primeros rayos del sol, al atardecer cómo reposa en tus entrañas y en el anochecer, las estrellas y el fulgor de la luna se bañan y reposan en ti. Pero aquí estoy, te observo cada día, eres como un canto de sirena, Que golpea una y otra vez mis sentidos cansados y agobiados.

En mi corazón has provocado un gran amor por ti. Empezar a recorrer tus calles, cerros. Sentir tu olor, aroma. Recorrer tu historia, con tristezas, dolores, alegrías, cantos y tambores. Quiero empaparme de ti, al igual cuando el temporal arrecia y el viento azota a su gente. Así quiero sentir y penetrar en tus entrañas.

Al conocer a tu gente, fuerte y aguerrida, mis sentidos se quedan mudos, solo quieren escuchar. Y gozar de sus historias vivas, con mucho sentimiento y orgullo, eso quiero sentir. Cada letra que me habla de ti, cada paisaje que gozan mis ojos, Todo esto es como el vino, que baja entre tus quebradas, caminos y escaleras, ensalzando la vida, para que luego suba a tu cabeza y arremoline tu mente y tu cuerpo, y te lleve a lo más alto de este Valparaíso de ensueño.

Miles de historias se entrecruzan entre tus calles, el viento las lleva y las trae, la lluvia las enraíza en tus cerros y quedan plasmadas en la memoria de tu gente. Al escucharlas, quedó perplejo, suspendido en el viento, como queriendo sumergirme en el tiempo y en tu historia.

En el otoño de mi vida he llegado hasta ti, Valparaíso.

RECLUSION

Erika Olivares - 70 años - Villa Alemana

La casa era enorme y bastante antigua. Los padres del novio esperaban a los recién casados en la entrada. Se saludaron con amabilidad y la llevaron a conocer el lugar. Magdalena descubrió unas habitaciones amplias y luminosas, que brindaban una atmósfera de paz. También había un jardín con una espléndida abundancia de flores que impregnaban el aire con dulces aromas.

El primer día discurrió con tranquilidad y en armonía para los cuatro. Sin embargo, Lavinia no tenía intención de relacionarse con su nuera; se mostraba fría, distante y poco amable con ella.

Las horas y los días se deslizaban ociosamente, hasta que un día Magdalena descubrió un cuarto atiborrado de libros y a partir de ahí un mundo nuevo se abrió ante sus ojos. Pasaba largas horas sumergiéndose en otras latitudes y en otras vidas. Conquistó a su suegra de manera muy sutil, porque la motivó a leer. Pasaban tardes enteras en esta ocupación, además de intercambiar impresiones acerca de lo leído. La vida cambió para estas dos mujeres solitarias cuyos maridos desarrollaban todo el día una actividad profesional demandante, que los hacía ausentarse la mayor parte del tiempo. Padre e hijo tenían una clínica, a la cual acudía gente importante y acaudalada.

Un día, Magdalena encontró un libro que sobresalía en uno de los anaqueles. En su lomo se leía “El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde”. Al tomarlo, percibió que no era como los otros. Este parecía de metal. Lo tiró para sacarlo; en ese momento comenzó a moverse parte del mueble y vieron con espanto como una puerta se abrió con un sonido estentóreo que hizo que ambas se asustaran muchísimo. Se asomaron a la entrada de un pequeño túnel y descubrieron una escalera. Bajaron con extremo cuidado los ásperos peldaños. Una profunda oscuridad las envolvió. El sótano tenía un fuerte olor a humedad y a moho. Por el haz de luz que procedía del hueco de la entrada pudieron visualizar una innumerable cantidad de muebles y muchos objetos cubiertos con una gruesa capa de polvo. Una enorme puerta cerrada con un candado llamó su atención. Ambas creyeron escuchar ruidos detrás de ella e instintivamente se devolvieron a la escalera. Pero un extraño sonido las hizo regresar. Era alguien que gritaba con desesperación y golpeaba desde el otro lado. Encontraron una barra de metal y con ella consiguieron soltar el candado. Al abrir la puerta, se encontraron con una mujer joven, pálida y demacrada. Se quedaron mudas.

La mujer hablaba sin cesar y ellas apenas entendían lo que decía. Escucharon algo acerca de un riñón que ella había vendido a un adinerado empresario, para que le hicieran un trasplante a su hija.

Cuando llegaron los maridos empezaron a contarles lo que les había sucedido. La impresión fue tan violenta, que el suegro se desmayó y su hijo se puso lívido.

Meses después, la prensa informaba acerca de una investigación sobre una red de tráfico de órganos, que salpicaba a personajes influyentes del país.

COSAS DE LA LITERATURA

Mauricio Acuña - 63 años - Quilpué

— ¡Por qué no tomas en cuenta! Tú, mejor que nadie me conoces, sabes que llevo muchos años representando el mismo personaje.

—Día tras días, lectores de distintas partes del mundo, en épocas diferentes, han leído el cuento. No niego que todo fue perfecto al comienzo— por el año 1883—, me sentía feliz interpretando el personaje principal del cuento; el clima de amistad era excelente con todos los protagonistas del elenco, ellos estaban a gusto y motivados con su intervención.

—Te aprecio y respeto, eres un talentoso escritor. Mi ánimo no es ser un personaje conflictivo. Puedes quedar tranquilo, no te demandaré ante la A.C.F. (Asociación de cuentos fantásticos).

Amigo, sólo quiero trabajar para ti, pero en otro papel.

Respecto al tema laboral, vacaciones, permisos, horas de trabajo, lo dejaremos para más adelante.

—Con sinceridad y confianza, te expreso que no estoy conforme con este empleo. Es más, me creaste, como personaje sin oficio conocido. Cumplo con hacer al pie de la letra mi guión, cuyo final es una travesura mía, que lastima y ridiculiza a los colegas del cuento. En estos tiempos esto se llama bullying, y te puede traer consecuencias legales.

—Estoy aburrido de repetir el mismo diálogo, con la misma tesitura de voz. Todo es muy plano y rígido, lo que no impide la improvisación, o interacción con el lector.

—Después de ciento cuarenta años, sin descanso, haciendo la misma actuación, es natural que el cuerpo y la mente se agote. Aunque sea un personaje abstracto o imaginario, estoy cansado de hacer la misma pega.

— ¿Me sigues, verdad?—

El famoso escritor, abrió los ojos, y miró un empolvado libro en la antigua biblioteca.

—Amigo, me siento estresado y frustrado, por eso con urgencia, te ruego, que me des otro papel. Estoy dispuesto a renunciar a mi sueldo—me corresponde un porcentaje por derecho de autor—, sólo deseo salir pronto de este cuento, o que me traslades a otra historia.

— ¡Te parece correcto!

La habitación quedó en silencio, repentinamente un murmullo afloró desde el interior de las páginas de un libro, y fue el siguiente: «*No entiendo, cómo es posible, o cómo no se da cuenta que aún estoy joven, sano y motivado para interpretar otro personaje en cualquier otro cuento*».

El famoso escritor, no sabía desde dónde provenía aquella angustiada voz. Le sonaba familiar, lamentablemente los años habían truncado su memoria.

Por la tarde, permaneció en la silla mecedora. Mientras divagaba, a su mente llegó un recuerdo, por lo se levantó; y cogió el libro empolvado del bibliotecario; lo limpió; volvió tomar asiento y comenzó a leer del texto un cuento que trataba de un *muchachito de madera*.

EXPERIENCIA LITERARIA

María Josefina Salas - 79 años - Viña del Mar

La historia transcurre en la cárcel Valparaíso donde se entrelaza la vida de Tadeo y Felipe. Tadeo está preso por cometer el delito de estupro contra siete jóvenes mujeres que integraban el equipo de básquetbol en el cual él era colaborador. Tiene 54 años, mide 1.75m de estatura, de contextura regular, facciones armoniosas, ojos verdes, de mirada dulce y penetrante. También tiene piel color mate, su voz es grave y se expresa muy bien. Empresario, culto, pertenece al grupo socioeconómico medio alto. Anuló su matrimonio a los cinco años de casado, no tuvo hijos. Le gusta la música, la poesía y la literatura. Cuando llegó a la cárcel fue bien recibido por los reos porque él se presentó como uno de ellos y les colaboraba con alimentos, cigarrillos, ropa de abrigo e incluso les regaló un lindo televisor.

Felipe es psicólogo, 35 años, 1.85m de estatura, delgado, ojos grandes y oscuros, su nariz es perfilada, de tez blanca. Es soltero sin hijos. Asiste a la cárcel porque realiza una investigación sobre el comportamiento psicológico de los reclusos a través de la escritura, por eso creó un taller en que los participantes escribían sobre sus experiencias de vida, de esta forma los conocería y les podría aplicar la terapia más adecuada para cada uno. Con el objetivo de que cuando salieran en libertad estarían preparados para insertarse en la sociedad sin problema. Se comunica con los presos en forma cálida y cercana. Es muy histriónico, por eso ellos lo admiran y respetan.

Tadeo siempre había sido buen lector de novelas policiales y de misterio, por esta razón sus escritos se destacaban por la temática violenta y sangrienta, la mayoría inspirada en los delitos cometidos por sus compañeros y en la cárcel, por ser un lugar inhóspito y oscuro, en que los presos viven hacinados, y que convierte a la mayoría en seres violentos y a otros en resignados a morir en dicho lugar.

Felipe leía atentamente los escritos de Tadeo y escuchaba sus comentarios, además lo motivaba a continuar haciéndolo, destacándolo por su buena redacción y su increíble imaginación. Así se fue creando una fuerte amistad entre ellos. Pasó el tiempo y terminó el periodo del taller, por esta razón, Felipe dejó de ir a la cárcel.

Tadeo extrañaba mucho las conversaciones con Felipe y siguiendo sus consejos se volcó a escribir una novela.

Tres meses después, Tadeo obtuvo los datos para comunicarse con Felipe y le pidió ser el editor de su novela. Al principio Felipe titubeó debido a la condición psicopática de Tadeo, sin embargo, llevado por la curiosidad aceptó leer el borrador. Lo recibió dos semanas después con una nota de agradecimiento. La novela resultó ser el relato de varias historias trágicas, terribles, con un grado de crudeza increíble, lo que hizo que Felipe se diera cuenta lo peligroso que sería continuar en contacto con Tadeo. Entonces decidió excusarse mencionándole que no podía continuar con lo acordado porque en su trabajo lo habían trasladado y no tendría tiempo suficiente para dedicarse a la publicación de su novela. Tadeo comprendió el mensaje y se resignó a esperar que apareciera la persona idónea que lo ayudara a cumplir su sueño, mientras que meses después Felipe se mudó a Barcelona para evitar cualquier contacto con el escritor.

EL LIBRO

Jorge Stevens- 70 años - Villa Alemana

Su nombre Antonio,era un niño donde sus padres eran de escasos recursos económicos, nunca tenían el suficiente dinero para mandarlo al colegio,pero Antonio le gustaba leer mucho buscaba revistas y libros que encontraba en algún basurero y los leía una y otra vez el siempre pensaba que cuando fuera grande sería un gran escritor.

Un día encontró un libro muy especial su autor Julio Verne titulo París en el siglo xx ,Antonio lo tomo con toda delicadeza lo limpio y se lo llevó a su cuarto, todas las noches encendía una pequeña linterna y bajo las sábanas de su cama leía un poco, al principio no lo entendía mucho pero pasado los días se dio cuenta que el protagonista tenía mucho en común.

En unas de sus páginas descubrió que el protagonista había llegado a un lugar llamado Biblioteca donde él podía leer todos los libros que él desease y que no tenía que comprarlos.

Antonio pensaba todos los días como llegar a conocer una Biblioteca ya que vivía en un lugar muy apartado de la ciudad y no tenía como.

Pero cierto día llega su abuelo a hablar con sus padres para que lo dejarán a vivir por un tiempo con él a la ciudad donde vivía Valparaíso,ya que se centia solo y necesitaba que lo ayudase,los padres de Antonio aceptaron para ellos era lo mejor así poder criar a sus otros hijos que eran pequeños.

Al día siguiente se levantan muy temprano a tomar el bus que lo llevaría a la grán ciudad Antonio estaba muy contento ya que estando allí podría conocer la Biblioteca y leer todos los libros.

En el trayecto su abuelo no dijo ni una sola palabra,llegaron a casa y él mira a Antonio y le dice sabes nieto yo no te traje para que me cuidases ¿abuelo que pasa? tu madre me mandó una carta para que te trajera porque se dio cuenta que a ti te gusta leer mucho y con ellos no tendrías ningún futuro y no tienen dinero para comprarte libros y aqui podras ir al colegio y a leer todos los libros que quieras tenemos una de las más grande Biblioteca se llama Santiago Severín y te voy a ayudarte a que puedas ir.

Antonio estaba muy feliz y el día lo pasó hablando con su abuelo y leyendo algunas revistas y algún libro antiguo había pasado las horas cenaron abuelo se despidió de Antonio y se fue a su pieza a descansar al día siguiente despertaron muy temprano tomaron desayuno y salieron, caminaron por unas calles donde se podía ver algunas Librerías con libros de todas clases Antonio los miraba y se sentía feliz siguieron caminando llegan a una gran plaza ¿te gusta?le pregunta el abuelo ya que es primera vez que conoces Valparaíso es hermoso abuelo bien nieto vamos a atravesar a una plaza más pequeña, al llegar al final de la plaza el abuelo le dice nieto tu día ha llegado frente a ti está la gran Biblioteca.

Antonio de ese día nunca dejo de ir, con el tiempo era muy conocido tenía su carnet especial para pedir todos los libros que él quería porque su sueño se hizo realidad llegó a ser un gran escritor gracias a un libro de Julio Verne.

ENICOGNATHUS FERRUGINEUS

Victor Herrero - 73 años - Viña del Mar

Aquí sentadito en la tarde frente al fogón casi todas las noches escucho a los mayores, relatos del cherrufe que eran una lucecitas que aparecían en las noches jugueteando en el corral , también de la visita del tue-tue a mi tata, esto lo narra mi ñaña o mi tata mientras tomamos mates comiendo tortilla esperando que baje el fuego. Bueno a dormir para levantarme temprano. Hoy está helado lavarme la carita con el agua de la vertiente, mi desayuno predilecto los huevitos revueltos con queso derretido untar la tortilla que había hecho en las cenizas anoche mi ñaña , desde la cama la escuchaba el "tric -trac " con que sacaba lo tostadito de la tortilla y limpiarlo de la ceniza.

Caminando a la escuela peinadito con juguito de limón para doblar el pelo chuzo, hoy un día especial viene la comisión a la escuela tomar lectura para pasar de curso , al pasar por bosque de Araucarias, la loca gritería de las cachañas de lejos se escuchan como se acercan chillando un chamanto verde , cubren los árboles la enorme bandada picotean y se van chillando hasta que se perderse todas juntitas verdes como una manta tejida . Las cachañas picotean las pencas de piñones y los desparrama en el suelo, rapidito pongo unos puñados en mi bolso junto al lápiz de palo amarrado con la goma y el misterio más grande , el libro SILABARIO HISPANO AMERICANO. Con este libro aprendí a leer, después que pude juntar las letras fui un devorador de letras , todos los carteles , leí el Okey , el Peneca ,Papelucho que le sacaba a mi hermano mayor y lo leí debajo de las sábanas en las noches , cuando en la casa enceraban el piso de madera para cuidar el encerado cubría el piso con papel de diario me paraba a leer "las cosechas por fuertes lluvias se perdieron " "Lavandero candidato a regidor " Hoy es mi día especial cumplí 6 años y lo mejor pasar a segundo preparatoria , está en el colegio la Comisión que toma exámenes de Lectura del silabario . Llaman "Vitor" sentadito como un cacique, sacándome las pepas del limón de mi pelito . "Lea Vitor ",doy vueltas las páginas con seguridad y confianza , tantas veces vi los dibujos .Con voz alta exclamó:

A "a l a" ; B "b o t e"; C "c a m a"; L "c a c h a ñ a"

Comisión resuelve: "Vitor REPITE"

(Cachaña especie de LORO chileno Enicognathus ferrugineus)

LA DISCRIMINACION LE GANO A RUCAN

Gladys Leiva - 61 años - Villa Alemana

Extrañamente la bautizaron con nombre español, quizás por el influjo religioso hispano de la época. Sus padres de sangre mapuche -auténticos descendientes de la raza guerrera que habitó la Araucanía- acudieron al pueblo de Temuco a legalizar a la niña con el nombre de María Rucan Millapy. Le echaron los santos óleos y estoica sin una lágrima la niña se convertía en una hija de Dios.

Junto con las miradas curiosas que veían a este hombre y su mujer vestidos con sus trajes de fiesta mapuches e incrédulos por sus rasgos blancos y de cabellos pelirrojos, los fieles que acudieron a pedir el Sacramento quedaron con la sensación de haber sido testigos de una broma de mal gusto.

Ramón -que así se llamaba su padre- era el Cacique de su comunidad, hombre trabajador y visionario que quería sentirse un igual en este país que ayudaba a construir. Con grandes extensiones de tierra y ganado, con sirvientes a su cargo traídos del norte. Eran los picunches, indios de menor clase, que con el tiempo se ganaron el respeto y también el derecho a tener tierras en aquellos parajes.

María y sus hermanos fueron educados en colegios en el pueblo pues los recursos de su padre permitían este lujo. Él deseaba que fueran aceptados e integrados en esta sociedad que aún les miraba con recelo y menosprecio. No perdieron jamás su identidad: hasta el día en que María murió lucía su traje y joyas que la distinguían como heredera de una cultura indígena a la que nunca renunció. Mezcló los rezos cristianos y las rogativas, porque sentía que el Dios de la cruz la amaba y que el Chau, el Elche y Elmapu formaban parte de su Reino.

No fue fácil aceptar que a sus hijos se les prohibiera hablar su lengua nativa en el colegio, ni tampoco disfrazarlos de chilenos mientras estudiaban ¡Cuánto menosprecio sufrieron cuando les costaba hablar el idioma español! Las burlas de aquellos niños y niñas que se hincaban a rezar santamente en lugar de atemorizarlos les infundían fuerzas para seguir estudiando y superarlos.

No solo eso les tocó enfrentar, también a menudo cuando la luna no aparecía y todo era oscuridad en el campo, a todo galope llegaban los salteadores que armados y envalentonados con vino barato eran capaces de violentar a las mujeres y robar cuanto encontraban de valor. Fue así como su fortuna fue disminuyendo. Ramón trabajó duro para mantener sus campos. Ya no tenían las cajas de monedas de oro que en algún momento obtuvo por las ventas de sus ganados, se volvió viejo y presa fácil de los estafadores, fue así como terminó de empobrecerse al comprar un apellido español que según aquel que se lo vendió le cambiaría su vida: ya no fue más Ramón Rucan si no Ramón Reyes. Jamás imaginó que su descendencia perdería más que tierras y monedas, sino el orgullo de pertenecer a la valiente raza mapuche.

UN LIBRO IMPORTANTE

Ruth del Valle - 68 años - Viña del Mar

Nació cómo libro importante, se lo dijo la tinta, se lo susurró la impresora. Sus páginas eran de un blanco albo, con variadas letras y símbolos de sumas, restas, gráficos, derivadas e integrales, de un negro negrísimo.

Apenas estuvo preparado, lo enviaron a una biblioteca erudita en la materia, y le estamparon sendos timbres azules que le dieron un gran sentido de pertenencia e importancia.

La bibliotecaria lo miró y le sonrió, -miren jóvenes, llegó el nuevo libro del profesor Decano, y de pronto se convirtió en un libro, además, muy popular. Siempre dormía en mismo estante con colegas menos adecuados -según él- pero ellos tenían mucha experiencia, a veces, los jóvenes se los llevaban a sus casas, y contaban historias fantásticas de los hogares de los alumnos.

El libro deseaba viajar, como sus colegas, en un bus, en el Metro, caminar por las calles de la ciudad, y finalmente llegar a otro mundo, los hogares de los universitarios, siempre tan diferentes.

Pasaron un par de meses y le pusieron otro timbre, estaba tan emocionado por salir a pasear, y lo comunicó con gran fanfarria a los otros libros. Esa noche todos estaban emocionados por él.

El gran día estuvo preparado para entregar lo mejor de su alma de libro importante, y a los pocos minutos llegó una joven pálida, alta y delgada, perfumada a colonia inglesa, a buscarlo, el libro estaba desilusionado, habría esperado un joven musculoso, de lentes, y una gran mochila donde podría hablar con los cuadernos, pero no, la estudiante lo tomó suavemente, acariciándolo, como si fuera el único libro del mundo, -vamos a casa a tomar tecito- le dijo, y, sin mochila,lo llevó caminando por una callejuela oscura y estrecha comenzando así, su primera aventura.

La joven lo puso encima de una mesa, y compartió una simple taza de té junto a la madre de la estudiante. Esa noche pasó algo extraño, la joven lo miraba y pasaba sus hojas,y leía. Se sintió muy contento con su primera experiencia, y la joven era tan delicada, y en un arranque de pertenencia, ella le puso su nombre, María, junto a una igualdad. Sin embargo, al otro día, María amaneció enferma, Su madre le trajo tecito, y por pedido de su hija, devolvió el libro a la biblioteca.

Luego vinieron otros paseos, otras aventuras, incluso una vez salió volando a golpear la cabeza de un hombre, a raíz de una pelea, (Cómo extrañaba a María) Con estas acciones, el libro seguía importante, pero ya estaba viejo y cansado, sus páginas ajadas, plenas de manchas y alguna que otra anotación. Su vida ya terminaba, él se daba cuenta. Ya no se encontraba en un estante al frente, comenzó a pasar hacia atrás, hasta que ya nadie lo pidió más, ni para consulta. Pasaron meses, años y el libro importante dormía el sueño de los condenados. Extrañaba a María.

Un día lo tomaron y sin ningún cuidado, lo pusieron en un lote con otros libros, amarrado, sobre una mesa y le pusieron, junto a los otros, un precio ridículamente bajo.

Los jóvenes y los profesores lo tomaban, lo hojeaban, y lo dejaban en la mesa nuevamente, hasta que de pronto algo lo sacó de su sopor, un aroma a colonia inglesa lo despertó, y vio una señora delgada, alta y pálida lo tenía suavemente entre sus manos, abrió sus páginas y leyó su nombre, María, lo cerró suavemente y le dijo - ¿Y cómo llegaste tú aquí?, ¿a los libros desahuciados?, -vamos a casa, a tomar tecito.

A TRAVES DEL TIEMPO

Violeta Olivares - 75 años - Viña del Mar

Como tengo la mala costumbre de leer la mitad de lo escrito, es decir saltándome algunas palabras, entendí que el micro cuento debía versar sobre bibliotecas. ¿Qué es eso? Pensé. Lo primero que se me vino a la mente fue la Biblioteca Municipal a la que acudíamos con unas amigas a buscar información para hacer las tareas. Soy de una generación que la única forma de cumplir con los deberes era yendo a una biblioteca. La mayoría éramos de origen modesto y en nuestras casas aparte de la Biblia, pocos libros había, entonces, como dije, la solución eran las bibliotecas.

En la biblioteca a la que solíamos ir, en realidad era la única que existía en la ciudad, nos atendía una señora alta y delgada, más bien enteca, de pelo canoso estirado hacia la nuca en un moño "tomate", ceño adusto. Quizás cuántas horas habrá pasado en esas salas, muchas veces con luz artificial, atendiendo y ayudando a estudiantes no poco ignorantes y propensos a soltar la risa ante cualquiera sugerencia que nos parecía chistosa. Pero de alguna forma, el ambiente de esas salas de un edificio antiguo de altos muros y amplios ventanales, ese silencio impuesto que a veces nos costaba respetar, nos acercó a la lectura, después ya no nos bastaban las lecturas obligatorias y leíamos lo que cayera en nuestras manos. Creo no haber tenido más de catorce años y haber llorado a mares con Buenos Días Tristeza, y haberme sonrojado, porque tan pava no era, con El amante de Lady Chatterley.

Después en la vida siempre he tenido uno o dos libros a mano, no más, como dicen esos personajes que solían entrevistar en el suplemento de un periódico. La lectura me enriquece, me distrae, me consuela. Practiqué la costumbre de leerle a mis hijos desde pequeños a la hora de dormir y agarraron el hábito. Todavía compran libros en esta era de la casi obsesión por lo digital. Para mí el libro debe ser físico, dar vuelta las hojas, subrayar algunos párrafos, volver atrás, y algunas veces, lo que causa horror a los que me conocen, saltarme páginas para luego retomarlas, si el libro es interesante, aunque sea una novela policial, siempre voy a volver atrás, digo, lo que no convence mucho, pero es cierto.

En estos momentos estoy a media vida en un pueblito rural y me he empeñado en formar una biblioteca. Lo hemos conversado con la secretaria de la Junta de Vecinos. El lugar lo tenemos: una escuelita abandonada por falta de alumnos. Solicitaríamos financiamiento a la Municipalidad correspondiente para financiar y capacitar a una o dos personas que atiendan de viernes a domingo. A…y los libros. Recibí una cantidad importante, no suficiente pero por algo se empieza, de una amiga que se cambió a un departamento pequeño. Esa es una buena fuente, la gente se muda de casa a departamento y se desprende del piano y de los libros. ¡Qué horror!

EL LIBRO Y EL REGRESO A LA VIDA

Raúl Aníz - 66 años - Valparaíso

Habían pasado 5 años desde el primer momento es que me desconecté de la realidad consciente del mundo, cayendo en la oscuridad del foso, atrapado en el infierno de la no lucidez sin que yo fuese el causante de ello, sin saber que hacer para evitar sentir la confusión de la no existencia del yo en el laberinto del Minotauro, con el monstruo al acecho sin encontrar la salida, y así los días fueron eternos hasta que dos años después el psiquiatra me dio un farol para continuar en la senda que iba haciendo al transitar en el laberinto de la subjetividad para encontrarme nuevamente conmigo cuando lograra salir de él y me preguntaba ¿Podré salir, seré el mismo de siempre, me reconocerán mis cercanos y hacia dónde iré? Sentía mucho miedo, los días pasaban y me angustiaba la incertidumbre que produce el devenir de las cosas y las circunstancias, me resignaba a perder mi intelecto creyendo que estaba en una condición subhumana de mi persona. Así, recordaba mis días anteriores de estudiante universitario en una ciudad lejana a Valparaíso, y mi sueño interrumpido de graduarme en Ciencias; yo era un joven muy vital, de mucha energía y fuerza para consolidar mis proyectos personales de vida y ¿ahora qué? Y un día del año 1985, en el jardín de mi casa en Valparaíso, estaba apoyado en la reja de madera de ésta tomando un tibio sol en aquella tarde del frío mes de julio, y divago en muchas cosas de mi situación, y pienso de cómo saber si mi intelecto se ha mantenido como antes o si no como recuperarlo en el tiempo, y pensé averiguarlo leyendo libros y así, con determinación le dije a mi madre que saldría dirigiéndome a la céntrica biblioteca Santiago Severín, y llego ahí, me recibe una señora mayor bibliotecaria detrás del mesón, y yo le digo que quiero llevar a mi domicilio dos libros para lectura, y me inscribe como socio pagando una cuota mensual. Y los libros que he seleccionado para mí, son 100 años de Soledad de Gabriel García Márquez y Narciso y Golmundo de Herman Hess, dos joyas literarias de la humanidad. En el primero me ha gustado como se expresa el realismo mágico en las mariposas amarillas que preceden al personaje Mauricio Babilonia en sus citas con Meme, en una fusión de realismo y fantasía y en el segundo, como los personajes muestran definiciones de la condición humana opuestas en la existencia entre un monje y un artista; es una obra de arte como se describen las imágenes de una escalera de caracol de madera con uno de los personajes bajando de ella. Fue tal la maravilla que me provocaron esos libros, que al otro año ingresé a la PUCV, me gradué de Profesor, luego muy mayor me gradué de Magíster en educación en Ciencias y logré una candidatura en un doctorado en Ciencias y aquí, estoy ahora de nuevo.

UNA VIDA, MIL CIEN LIBROS

María Eugenio Moreno - 74 años - Valparaíso

Alberto había pasado los últimos tres años ordenando su biblioteca, “los libros de la vida”, como él la llamaba.

Cada mañana tomaba un libro, se sentaba frente al computador y escribía detalladamente el título, el autor, la editorial y el año, recorría el momento en que lo había adquirido y algunos párrafos le recordaban ciertas situaciones Luego seguía con otros y los agrupaba por temática, guardándolos en cajas.

Desde muy niño sintió la inclinación por la lectura, una manera de ir descubriendo y redescubriendo el mundo que lo rodeaba, para transformarse más tarde en un estudioso y crítico de la sociedad llegando a ser admirado por sus pares.

Pero lo más asombroso fue la calidad de su escritura. Esa manera de ocupar las palabras y oraciones en un perfecto sentido, con esa gracia que sólo las melodías suelen causar placer.

Las treinta y dos cajas de cartón colmaron la gran habitación de su escritorio de esa antigua casa que debía dejar en el plazo de un mes.

En estos mil cien títulos estaban sus recuerdos, sus años jóvenes, sus viajes, sus amigos, y también el secreto mundo de ideas, muchas veces incomprendidas, que lo transformaron en una persona introvertida y, más tarde, un poco solitaria y desencantada.

Las cajas viajaron a su nuevo hogar, en una ciudad antigua donde los cerros alcanzan el mar. Alberto bordeaba los 80 años.

En este escenario la luz irradiaba diferente y pasó el primer tiempo descubriendo sus calles empinadas, los almacenes de barrio y respirando un aire más limpio. El viento característico del lugar movía las nubes y los buques se desplazaban lentamente en la bahía.

La pasión por la lectura no se detuvo. Volvía a releer sus clásicos favoritos, alguna nueva novela y uno que otro texto que sus ex alumnos le solicitaban para su revisión.

Sin embargo, le costaba concentrarse. Su mirada no brillaba como antes y las lágrimas inundaban continuamente su rostro. Al cabo de dos meses su vista quedó fija y la oscuridad cubrió sus ojos.

En esta nueva realidad tuvo que acomodar esa relación íntima con sus libros y la lectura, dando paso a manos y voces de otras personas. Esta pérdida lo transformó en una persona aún más solitaria. Ya no quería vivir. Sus días transcurrían en sólo tres espacios de esa hermosa casa. En uno de ellos, se durmió y no despertó.

Han pasado cinco años desde esa noche de otoño. La casa está en venta y ha llegado el momento de abrir las treinta y dos cajas de Alberto.

Cajas llenas de libros, plenas de vida.

SIN TITULO

Rosa Machuca - 76 años - La Ligua

Tranquila en la escalerilla de entrada de mi casa, leía “Orgullo y prejuicio” un libro inédito que reflejaba la falta de amor en mi triste realidad. Me inundaba en sus páginas cada vez que mis ojos se asentaban en ellas.
Mi tranquilidad terminaba cuando ese ser inmundo que tenía por esposo llegaba, pues el alcohol rancio que tenían sus ropajes evidenciaba el tertulio del que llegaba. Bastaba solo abrir la boca al saludar, para que su carácter aflorara y los golpes comenzaran. En esos momentos solo pensaba en las frases de amor de Mr. Bennet, pues la imaginación debía actuar para que cada moretón en mi cuerpo doliera menos que sus palabras de odio y desprecio.

¿Qué hice yo para merecer esto?, creo fielmente que en el fondo mi odiado esposo sabía, que yo solo con esas destrozadas hojas me bastaba para serle infiel, la imaginación volaba y quizás, solo quizás él se percataba. O puede ser solo la poca esperanza que me quedaba en esos momentos de no pensar que mi infiel compañero era malo, muy malo.

Creo que nunca había deseado tanto a un hombre como A Mr. Bennet, bueno no a él, sino que, a sus prosas, sus hermosas frases de amor, llenas de respeto. Ese respeto que nunca logré tener en mi vida marital.

Leer y leer ese libro fueron interminables 25 años de matrimonio, en donde la vida de ese libro terminó el mismo día que la vida de mi difunto esposo. Quien diría que un ataque cardíaco sería quien me libraría de tal martirio.

Después de ese día, “Orgullo y prejuicio” quedó en la estantería vieja, mis ganas de perderme en sus hojas se desvanecieron. Y mis ganas de vivir resurgieron.

CONCEBIDA CON PECADO MORTAL

Gladys Leiva - 61 años - Villa Alemana

Las mujeres nos hemos ido transformando de orugas a bellas mariposas desde el siglo veinte al siglo veintiuno , ¿ por qué? dirán ustedes y contestaré, porque hemos aprendido a volar y a llenar de color nuestras vidas. Les quiero contar la historia de una mujer que venía en blanco y negro.

Corría el año 1938 y nacía una hermosa niña, concebida después de la perdida de su hermanita mayor, entre el dolor y la pasión de sus jóvenes padres, quizás para consolarse de la muerte inesperada de la pequeña Matilda, que estando sentada en su sillita de mimbre jugando con su muñeca de trapo, recibe un disparo al caer un rifle dejado negligentemente por un peón del fundo, dando el proyectil en aquel cuerpo pequeño, que reunía la belleza sin par, aquel pelo castaño y ojos claros con una piel blanca como la leche, era motivo de admiración para todo aquel que la conocía. Nadie pudo imaginar nunca tal desgracia, en fracción de segundos se le fue la vida a la pequeña niña, que yacía en el suelo en un gran charco de sangre, destrozado su rostro como una imagen de yeso que cae al piso.

Con ese dolor la madre, sus pechos aún llenos de leche concibió a Elena, dolor que también retumbaba en el corazón de su esposo, que siendo mozuelo se arrancó con una joven, prometiéndole amor eterno hasta que se embarazo, ella quiso volver con sus padres, él se emborracho y su rabia la descargo en el vientre de la amada, dejándola grave. Llegó al hospital con ella con la excusa de haber caído de unas escaleras. Falleció ella y el hijo nonato y los sueños de amor eterno. Él nunca fue feliz, le acompañaba la venganza del destino que en Matilda se cobraba, no pudo ser buen padre apenas un buen esposo, la lección le salió cara "La vida se respeta no importa el tiempo que tenga".

Elena fue muy amada por sus padres, si bien no poseía la gracia y belleza de su hermana, si traía hermosos rasgos que la harían sobresalir entre las niñas campesinas. A los cuatro años ya ayudaba a los menesteres del campo, le tocaba sacar los chanchos y de vez en cuando arrastrar un balde casi de su porte hacía el estero, su mamá le decía " Nena levántate te esperan tus chanchos, pero primero toma tu ulpo y tu tortilla" la niña con cuatro años apenas, sacaba sus chanchos y los llevaba donde no se comieran las papas sembradas ni el trigo que ya despuntaba, tan pequeña y ya conocía lo necesario para ayudar a sus taititas.

Creció y formó un carácter reservado, le gustaba estudiar, pero no conversar. Ella aprendía lo que su madre le transmitía, a los trece años ya iba a trabajar a casa de los ricos, donde vivió menosprecio y también enseñanzas, pero eso quedará para otro momento donde puedan conocer a Elena a sus anchas.

EL MONTE DE PIEDAD

Juan Vargas - 64 años - Viña del Mar

Era pequeño de estatura, parecía más alto cuando le decían don Juan. Terminó con el cuerpo carcomido por el cáncer, postrado con la frente en el piso y las manos sobre la cabeza. Dicen que se levantó, subió la escalera de Jacob corriendo y una lluvia de aplausos lo recibió en el cielo.

Le gustaba cantar la tuna "Y los libros, y los libros empeñados en el monte, en el monte de Piedad". Una vez, llegó apesadumbrado y enojado a su pequeño departamento de profesor universitario:

- ¡Tengo que poner en prenda mis libros para comer y me cobran el doble para devolvérmelos!

- ¿Cuánto demoro en leer la Biblia?- Le preguntó el pequeño Enrique.

- Toda la vida- le respondió, sin dejar de leer, a la vez, el Tractatus lógico philosophicus.

Poca motivación le quedó al pequeño Enrique para leer algún libro. Coleccionarlos fue su hobby. Los prefería grandes; con el rótulo claro en el lomo; una cubierta dura, llamativa; un canto con un corte perfecto; con forro y solapa que imaginaba como un abrigo protector.

Una vez muerto don Juan, Enrique intentó recuperar los libros que su padre tanto amó.

- Escoge un libro cualquiera de la biblioteca y yo te hablo del autor y de qué trata el libro.

Enrique se quedó mudo, no quiso avergonzar a su padre.

Le costó sacar el olor a moho y el polvo acumulado. Pero una vez hojeados, se dio cuenta de que todos los libros estaban llenos de notas escritas por su padre.

- Pero ¡cómo! ¡Se podían rayar! -exclamó.

LOS CUENTA CUENTOS

Ana María Rojo - 68 años - Puchuncaví

No había caso, estaba a pocos días de cumplir los 14 años y aun no aprendía a leer, Rolando mi padre, lector empedernido, dedicaba sus horas de descanso a iniciarme en el esquivo mundo para mi ,del bendito abecedario, algo pasaba en mi cerebro que no lograba juntar las letras y componer una palabra. Pase mis primeros años de enseñanza básica, por todos los establecimientos educacionales de la comuna, sin dejar de lado las y los profesores particulares que contrataba mi familia y algunos métodos superrealista de la Eduvina que decía, La Letra Con Sangre Entra.

Por conocimiento no me quedé atrás, sabía lo que tenía que saber, escribía a la perfección, las operaciones matemáticas las desarrollaba casi mentalmente, las ciencias sin ser mis preferidas se mantenían en un buen promedio, pero era probable que llegara a la adultez sin haber aprendido a leer.

La noche anterior a mi cumpleaños, Rolando mi padre, llegó con un libro olor a nuevo, que me entrego con un párrafo escrito por él, donde se narraba la ascensión a los cielos, de Remedios La Bella, habíamos llegado a un acuerdo, nadie más leería por mi, esta seria la ultima vez que persona alguna me contara un cuento.

No heredé la compulsión por la lectura, pero sí con los años me convertí en una lectora intermitente, todo depende de mi estado anímico, leo por placer, me reservo espacios largos y me regocijo página tras página.

LA BIBLIOTECA DE CASA

Arturo Rodríguez - 73 años - Quillota

La primera vez que escuché hablar de una biblioteca, fue a mis siete años de edad a finales de la década de 1950. Un día apareció mi padre con unos libros y revistas bajo el brazo diciendo: ¡Hoy vamos a hacer una Biblioteca para la casa y aquí cobijaremos todos los libros y revistas de nuestra morada! Compró unas tablas, las midió, cortó, ensambló y las pegó. Quedó un pequeño mueble que albergó novelas, revistas y ejemplares de "La Tercera" de los domingos.

Comencé a descubrir todo un mundo nuevo hojeando y leyendo lo que albergaba la biblioteca de casa. Al inicio eran los "monos o cómic" y las noticias deportivas que comentaba Julio Martínez cada semana, pero luego, casi sin darme cuenta, comencé a hurguetear algunos libros de historia y descubrir personajes como César, Alejandro Magno, Marco Polo, entre otros.

Pasó el tiempo e ingresé a la Educación Secundaria. Recuerdo que un día en la clase de Historia, mientras el profesor explicaba un tema, un alumno lanzó una pachotada que causó hilaridad en la sala. - ¡Mejor cállate, por no decir tú que mataste al César!, replicó el docente. – Se hizo un silencio en la sala y la duda se reflejaba en los rostros de mis compañeros, qué solamente fue interrumpida por una leve risita mía. El profesor me miró y dijo: - ¡A ver chico! - ¿Quién mató al César? - ¡Bruto! - respondí, y observé que una sonrisa le acompañaba, mientras explicaba que Bruto era uno de los asesinos del César.

Un día llegó mi padre con un paquete que contenía los cuatro tomos de "La Guerra del Pacífico" de Sergio Inostroza. Cuando vi cada tomo impreso a dos columnas en cada página, quedé aterrado. ¡Cuándo diablos iba a terminar de leer esos mamotretos! Así se lo hice saber a mi padre. Tomó uno de los textos, buscó con calma, hasta que lo encontró y me dijo: - ¡Aquí se relata El Combate Naval de Iquique! - La verdad es que aluciné. Sergio Inostroza era un extraordinario escritor de novelas históricas, capturando al lector y transportándolo a épocas remotas de nuestra historia.

Poco a poco la biblioteca familiar fue albergando otros textos producto de obsequios. Recuerdo con mucho cariño "Corazón" de Edmundo de Amicis, que me obsequió nuestra profesora Ester Palma. Por primera vez supe de los Apeninos, cordón montañoso a lo largo de Italia, donde se relata la travesía de un niño a la Argentina, en busca de su madre.

Ahora, desde una apacible vida, retirado del ámbito laboral, continúo frecuentando la Biblioteca Pública "Melvin Jones" de Quillota, de la cual soy socio, y como tal, tengo acceso a todos los libros y revistas de sus dependencias, haciéndome la vida más grata y permitiéndome conocer a las nuevas hornadas de escritores chilenos y extranjeros.

Y pensar que todo partió con un modesto mueble de tres niveles que mi padre denominó, "La Biblioteca".

GRACIAS A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

María Angélica Oliva - 62 años - Viña del Mar

Corría el año 1979, yo cursaba tercer año medio en el Liceo Técnico de Valparaíso, tenía 18 años y viajaba a diario desde Limache donde vivía. Por aquella época había dos líneas de buses interurbanos que competían por pasajeros, La Dinos y Sol Del Pacifico, estos solo llevaban 10 estudiantes y había que dejar el carnet escolar en un tarjetero que llevaban al lado del conductor.

Por ese entonces estaban construyendo la via elevada de la Avenida España, lo que provocaba enormes tacos que empezaban en el puente casino y llegaban hasta Barón. Por eso era importante estar antes que comenzara a formarse el taco.

El liceo era solo de niñas, y eso nos dio un compañerismo y una complicidad a toda prueba, éramos muy unidas entre amigas, y al salir nos íbamos caminando por Pedro Montt hasta la plaza Victoria, esta era el centro de reuniones de estudiantes, marinos y artistas que presentaban a veces algún número musical en la pérgola.

Fue en esta Plaza que conocí a un chico, y todo fue porque con unas compañeras queríamos conocer marinos, pero conocí a un estudiante del Liceo Eduardo de la Barra, con el que terminé pololeando.

Todos los días nos veíamos a la entrada y a la salida de clases, esa era la ventaja de ser vecinos de Liceo, y en las tardes nos juntábamos en el Parque Italia donde nos esperaban a todas, nuestros pololos.

En tanto en clases de castellano nos estaban dando lecturas de escritores como Unamuno, Cervantes, Borges, García Márquez. Una de ellas fue Don Quijote de la mancha, de Miguel de Cervantes Saavedra, el que debíamos leer y analizar en clases, y la prueba final tendría nota con coeficiente dos.

El problema fue que yo no tenía el libro ni el dinero para comprarlo, por lo que confeccione un gran cuestionario que iba respondiendo a la par con mis compañeras, y los días que no veía a mi pololo me iba a leer a la biblioteca Santiago Severin donde debía dejar el pase escolar para pedir un libro, y en esa condición no podía pedirlo para la casa, porque necesitaba el pase para viajar.

Fue así que una tarde de lectura donde no vi a mi pololo, que me fui a la Biblioteca, estuve toda la tarde tomando apuntes y haciendo resúmenes, Sali de la Biblioteca a tomar aire y al caminar hacia el arco británico vi a mi pololo con otra chica de la mano, sentí los mismos deseos de Don Quijote de ir a derribar los monstruos, pero me contuve y solo atine a pasar frente a ellos para que me viera el traidor. Así termino aquel romance.

Gracias a Don Quijote descubrí el mal amor que había conocido, pero mi mayor premio fue que me saqué el único siete del curso, y esa nota me dio el promedio final para pasar de curso con tranquilidad.

NOSTALGIA

María Verónica Ávila - 61 años - Valparaíso

Me vienen a la mente esos momentos épicos de cuando iba a la biblioteca para hacer una tarea, entrar y encontrarse con la bibliotecaria que te preguntaba qué andabas buscando e inmediatamente se dirigía a los estantes que estaban clasificados por materias para llegar con el libro apropiado. Como iba con otras compañeras de curso era inevitable conversar y de repente tirar la talla, entonces aparecía "Ella" con su cara seria y nos decía que teníamos que estar en silencio.

En ese lugar hasta se sentía otro olor, el de los libros viejos, donde existía todo un ritual para ir buscando lo que necesitábamos, dando vuelta las hojas y distrayéndonos con otras materias.

Ahora veo a las nuevas generaciones que solo tienen que prender el computador y buscar en Google para encontrar la información que buscan. Ya no está esa magia de ir a la biblioteca y sumergirse en los libros en busca de la información, todo es instantáneo y está a solo un clik. Será que la tecnología reemplazará algún día por completo los libros? Quisiera pensar que no, que el libro se niega a desaparecer físicamente y que el computador jamás podrá reemplazar ese placer de tener un libro en las manos, donde al recorrer sus páginas aparecía alguna hoja o flor seca por el paso del tiempo.

EL REENCUENTRO

Héctor Verdugo - 66 años - Valparaíso

Era la primavera del año 1978 cuando henry ingresó hacer su pasantía de comercio exterior en la sucursal The Chase Manhattan Bank, New York, para este joven era un sueño hecho realidad, quizás nunca se imaginó que iba a tener esa tremenda oportunidad, incluso lo invitaron a postular al banco, donde lo eligieron por haber sido una persona muy responsable y lo derivaron a la sucursal de Manhattan, al departamento de comercio exterior, realmente no lo podía creer que a sus 21 años había logrado cumplir sus sueños y así comenzó su próspera carrera en el banco.

En el año 1980 se implementó un sistema digital donde ingresaron tres compañeras nuevas a trabajar en esa sucursal, una de ellas se llamaba Alice, para Henry era totalmente invisible, incluso un par de veces se encontraron en eventos del banco donde solo fue el saludo, así pasaron los años, en 1993 se reencontró con ella en el Central Park de New York, habían pasado 13 años, Henry estaba viviendo un momento difícil en su vida, se estaba separando y no andaba con muy buen ánimo, fue ahí donde se reencontraron por primera vez y hubo un saludo afectuoso y una conversación agradable, y así pasaron otros 30 años donde se volvieron a reencontrar ¿Un encuentro del destino o sólo coincidencia?

Habían pasado tantas cosas en sus vidas, para Henry un pasado con momentos muy tristes y difíciles, lo más terrible para él, había estado al borde de la muerte y sentía que tenía una segunda oportunidad de vivir nuevamente y ver las cosas de otra perspectiva, con Alice era un reencuentro de película, donde dos almas se reencontraron después de 30 años, donde él sintió el latido más fuerte de su corazón, incluso en un momento escucho su voz y la reconoció inmediatamente, pero él pensaba en no hablarle, pero su caballerosidad se lo impidió, y la llamó Alice, en ese minuto todo cambió, para Henry era un reencuentro hermoso, no la dejaba de mirar, escuchar, se sentía tan bien que no quería que se fuera, era algo tan especial, era tan agradable todo, nunca se había sentido tan feliz, quería detener el tiempo a sus 66 años, había encontrado Alice era el destino se preguntaba, pero se despidieron y intercambiaron sus números telefónicos.

Henry al día siguiente no podía dejar de pensar en ella, se atrevió a invitarla a salir, fue como un amor a primera vista, se sentía tan bien a lo mejor ella podía ser el amor de su vida, su alma gemela, no dejaba de pensar en ella, sentía las ganas de abrazarla, besarla, tenerla entre sus brazos, que el tiempo se detuviera y sentir que era el hombre más feliz del mundo.

Desde ese día no se separaron más, porque eran el uno para el otro, su amor era infinito, se prometieron envejecer juntos, cuidarse y proteger ese amor basado en haber construido unos buenos cimientos de honestidad, respeto, compromiso, comunicación y lo más importante amarse para siempre.

LA VIDA ENTRELINEAS

Raúl Heíh - 63 años - Viña del Mar

Sesenta y tres cortos y lentos pasos desde el sillón del living en que acostumbro a sentarme, hasta el mueble, ancha repisa habitada por el universo que conforman los libros dentro de mi hogar.

El paso número cincuenta y seis siempre resulta ser muy decisivo, puedo percibir que ellos han notado mi presencia y se preparan, a veces como una niña que espera ansiosa la llegada del papá, al modo de un enamorado dispuesto a entregar su infinita dulzura o de un espadachín decidido a capturar mi atención.

También yo contribuyo a generar ese clima de cálida relación. Al paso cuarenta y nueve, la calma que suele embargar mi espíritu en la tarde noche, da paso a una alegría autocontenida que disfruto sea sólo para mí y para ellos por supuesto. Mi mujer, en sus últimos años de vida fue capaz de percibirla, una muy leve alza en la comisura de los labios me delataba y obligó en su momento a dar explicaciones, bajo sospecha temporal de infidelidad afectiva. Con el tiempo, incluso aún siento su presencia, ella también se hacía parte de este sutil ritual. Sonreía mientras pasaba frente a ellos, acariciaba sus lomos, enderezaba al inclinado o levantaba algún caído.

En estos últimos catorce pasos respiro la atmosfera de complicidad a que me refiero, puedo sentir sus invisibles vibraciones, sus emotivos llamados y hasta el osado y leve desplazamiento hacia afuera, de alguno que con urgencia requiere ser leído. Estos casos suelo atenderlos con deferencia y cariño, valorando el esfuerzo realizado para expresar su necesidad. Algunos son amigos de antiguos recuerdos fantasiosos de la temerosa y ávida niñez, acompañantes del erotismo culposo de la adolescencia o antiguos compañeros de largas jornadas de trabajo aislado. Juntos recorrimos los canales australes, navegamos lanchas chilotas, ascendimos las altas montañas de Los Andes y compartimos mágicos rituales amazónicos. Experimenté el poder del emperador Adriano y sufrí los azotes del negro cauchero en el Congo. Fui un pecador redimido y un santo pecador, fui leal y traidor, honesto y ladrón, amante apasionado e impotente engañado.

Catorce pasos más, cierro la puerta del dormitorio, prendo la luz de la lámpara del velador y abro con devoto placer las páginas que acompañarán lo que queda de vigilia y los sueños acunados entre sus líneas. Y así, hasta que la muerte nos separe.

LECTURAS PARA DON ALONSO

Enrique Muñoz - 64 años - Concón

Esa mañana algunas personas mayores barrían las calzadas de hojas amarillas.

Distraído al verlos, no me di cuenta de que la bicicleta perdió el control al rodar sobre unas piedras dispersas y fui a dar frente a una puerta desvencijada. Me levanté adolorido. Pasó un minuto y una sombra poco visible se asomó para abrirla y gritar a todo pulmón:

- ¡Vete de aquí, chiquillo intruso! ¡Déjame en paz!

Asustado salí corriendo. Tomé la bicicleta y caminé con ella hasta llegar a casa. Desde lejos, mi madre esperaba impaciente. La saludo y le expliqué lo sucedido. Ella me advierte:

- No visites a don Alonso…es un viejo rabioso ¿Entendiste?

Al día siguiente, salí de casa para conocer al misterioso personaje. Enfilé la bicicleta rumbo a la vivienda del hombre solitario. Al llegar, golpeé la puerta con decisión. ¿No se encontraba? Desalentado, giré sobre mis talones para retirarme. De pronto, una voz potente, a mis espaldas súplica…

- ¡Vamos niño! ¡No huyas!
- ¡Entra, por favor; no te haré daño!

El hombre, me miró con ojos llorosos… Dubitativo entré en silencio. Sorprendido fijé la atención en una biblioteca que rodeaba todo el cuarto de estar.

-Toma asiento - me invita en tono amable.
- Nadie me visita. Los hijos en el extranjero. En fin, la soledad duele…

Me pregunta: ¿Sabes leer?

- Sí, le respondo, tímidamente…

Él me señala que traiga un libro. Acudo a las estanterías. Leo los títulos. Elegí la obra "El Principito". Me senté a su lado. Al minuto, empecé con la lectura. De reojo vi a don Alonso, sentado y muy alerta. Terminada algunas páginas, sonríe levemente.

- Lees muy bien… eres inteligente. Has escogido una obra maravillosa. Sabemos que la lectura es fiel compañera… Se levanta del sillón, diciendo:

- Me cansé... ¿No me has dicho tu nombre?
- Me llamo Felipe… ha sido un agrado leer para usted…
- Gracias hijo… Te espero mañana… cuando tengas tiempo…

Varios días pasaron, dando una hora de mi descanso para leer en casa de don Alonso. En cada visita me regalaba un libro de autores como: Salgari, Verne, London y muchos más. Una tarde mi madre se dio cuenta que mi habitación estaba atiborrada de obras. Cerró la puerta y enojada me increpa, vociferando:

- ¡Basta! ¡Te prohíbo que vuelvas a visitar ese viejo decrépito!

Y en un violento arrebato, arroja al piso cuanto libro encontró a su paso. Furiosa formó una montaña con ellos. Luego, muy triste pero motivado los recogí como si fueran mis hermanos menores.

Ocurrido el berrinche de mi madre, una semana después, visité a don Alonso. Toqué varias veces su portón. Esperé un rato, pero no hubo respuesta. Se asoma una señora y con solemnidad me cuenta:

- No busques al viejo cascarrabias… Él no vive más aquí. ¿No sabe la noticia? Don Alonso falleció ayer. Recuerdo que su último deseo fue que usted mi niño, enterrara cerca de su lápida el libro "El Principito".

RECUERDOS DE UN PASADO

Berta Villarroel - 76 años - Llay Llay

La siguiente narración es una historia real y me la contó el propio protagonista, vecino y amigo. Ocurrió hace más menos cuarenta años. Pedro el protagonista, pertenecía a una familia de un nivel socioeconómico elevado y por razones obvias no es su nombre verdadero.

Pedro estudiaba en un colegio ubicado en la comuna de la Reina. Avenida Príncipe de Gales.

Tenía dieciséis años y hace dos fumaba marihuana y el último año, ocasionalmente consumía cocaína.

De buen rendimiento escolar, deportista, destacaba en atletismo de velocidad 100 y 200 metros planos. Nadie en el colegio, ni profesores ni compañeros supieron de su adicción, la que financiaba con la mesada que le entregaban sus padres. Su proveedor, el jardinero de la casa.

Durante diez años, todos los meses de febrero vacacionaba en Miami con sus padres, lo anterior es que sus abuelos vivían allá, en el Condado de Dade.

En Miami tenía su propio "camello" que lo proveía de cocaína.

Fue en una de esas vacaciones cuando su padre una noche lo descubrió esnifando, lo vio tan mal que ni siquiera lo retó y lo mandó a acostarse.

Al día siguiente, al desayuno, no se habló del tema, como si nada hubiera ocurrido. Por la tarde, su padre le dijo vamos a dar un paseo, no se subieron al Mercedes 300-E que su padre había arrendado, sino que, en la vieja camioneta de su abuelo, tomaron Miami Gardens y empalmaron con la I-95 Expressway hacia el sur. Después de media llegaron a un barrio bastante pobre, todas sus casas y negocios con sus muros todos rayados, su nombre Liberty City. Después de dar varias vueltas llegaron a su destino, una casa media derruida, no sé cómo el padre de Pedro conocía el lugar y éste -me contó- no se atrevió a preguntarle. En la puerta un negro con más cadenas en el cuello que Mario Baracus, de la serie Los Magníficos, los paró en la entrada, el padre de Pedro le pasó un par de billetes de 50 dólares y les franqueó la pasada. Los dormitorios y la cocina era un verdadero zoológico humano. Hombres y mujeres en sus habitaciones, algunas tensas, ansiosas buscando una solución, otras tranquilas y serenas ya recibieron su dosis.

Un hombre mayor con su bisoñé medio corrido y una jeringa en su brazo se tambalea gritando que ya se está sintiendo bien…

Una pareja de lesbianas aparece de repente una de las mujeres saca una jeringa para insulina del banano que lleva pegado a su cintura pasan directo a la cocina para preparar su dosis e inyectarse la una a la otra.

Después de ese Paseo por el Infierno mi amigo Pedro, según él, dejó las drogas…

Pedro y su padre, cual Dante y Virgilio descendieron a su propio infierno...

Leo en el diario que el desconocido encontrado muerto la semana pasada en un callejón era mi amigo Pedro (Q.E.P.D.) causa de muerte, sobredosis de cocaína.

EL BIBLIOTECARIO

Hernán Rodríguez - 61 años - Quillota

En la apacible localidad de Letargópolis, donde el tiempo se deslizaba entre las páginas de los libros como un arroyo silencioso, vivía el ilustre bibliotecario Don Eustaquio Codicioso. Su nariz, afilada como un punzón, señalaba siempre en dirección a la estantería más inaccesible de la biblioteca, donde reposaban volúmenes prohibidos.

Don Eustaquio tenía la costumbre de recomendar un singular ejemplar titulado "Cien Años de Estupefacción". Este libro, según él, era la obra maestra de un desconocido autor llamado Gabriel García Maravillas. Según las malas lenguas, Don Eustaquio había añadido la "s" a propósito para darle un toque de distinción a su descubrimiento.

El libro escrito por él, versaba sobre la historia de una familia peculiar, los Buñuelos, cuya única habilidad era perderse en su propia casa. La narrativa, como un laberinto sin fin, confundía a los lectores, llevándolos por callejones literarios sin salida.

Un día, una joven llamada Esmeralda llegó a la biblioteca en busca de una lectura estimulante. Don Eustaquio, con su astucia habitual, le ofreció el libro.

La joven se sumergió en el laberinto de palabras, pero en lugar de perderse, descubrió un atajo hacia el sentido común. Entendió que los Buñuelos no eran una familia maldita, sino simplemente desorientada, como aquellos que se aventuran por la sección de autoayuda sin brújula.

Esmeralda decidió confrontar a Don Eustaquio. "Este libro no es una obra maestra, es una broma ingeniosa", exclamó, desafiando la autoridad del bibliotecario. Don Eustaquio, sorprendido, se ajustó los anteojos y miró a Esmeralda con desdén.

"Joven ignorante, este libro es una joya literaria. ¿Acaso no comprendes las sutilezas de la prosa?". Esmeralda, sin inmutarse, le lanzó una mirada perspicaz y le dijo: "Don Eustaquio, los verdaderos tesoros literarios no se esconden en estanterías inaccesibles. Deben estar a la vista.

Un día, mientras Gabriel García Márquez paseaba por las calles de Letargópolis, escuchó murmullos sobre la peculiar situación que rodeaba a su obra maestra, "Cien Años de Soledad". Intrigado, decidió visitar la biblioteca.

La campana de la puerta sonó suavemente cuando García Márquez entró. La mirada astuta de Don Eustaquio se encontró con la intensa mirada del célebre autor. García Márquez se acercó y preguntó con voz calmada: "¿Por qué has cambiado el nombre de mi novela?

Don Eustaquio, algo nervioso ante la presencia del autor, intentó justificarse. "Es solo un toque de distinción, una estrategia para captar la atención de los lectores. ¿No ve que todos aquí hablan de su obra ahora?".

García Márquez, con una sonrisa sutil, replicó: "Las obras literarias no necesitan trucos para brillar, ni ser apreciadas. La verdadera magia reside en la conexión entre el autor y el lector, en la capacidad de las palabras para transportar a las personas a mundos inexplorados. Un buen libro es como un espejo donde los lectores encuentran no solo las historias del autor, sino también sus propias reflexiones y sueños".

Los libros mi amigo no son solo objetos físicos; son ventanas a la imaginación y puentes hacia la comprensión mutua".

MI PASION POR LEER

Ángela Paglicutihi - 90 años - Valparaíso

En mi juventud leí "Adiós al Séptimo de línea" de Jorge Inostroza y me apasionó tanto que leía hasta altas horas de la noche y cuando dormía soñaba con las batallas y como era sonámbula me levantaba dormida y mi padre me seguía y acostaba. Al otro día me preguntaba que hacía en pie dormida a esas horas de la noche. Yo nunca creía, pero una noche no me escuchó y yo sonámbula, encendí una lámpara muy potente que me hizo despertar asustada. Me fui rápido a mi dormitorio, me acosté y tapé hasta la cabeza tiritando de miedo.

A la persona que tiene sonambulismo no se le debe hablar ni despertar sorpresivamente, solamente acostarlo como hacía mi padre conmigo.

Debido a la pasión por leer, también escribí poesías y cuentos que se publicaron en la revista literaria "La Pluma" del Taller cultural Guillermo Gronemeyer, al que yo asistí en Quilpué; también del Taller de literatura del adulto mayor de la Municipalidad de Valparaíso.

Mis padres influyeron en mi gusto por la lectura ya que cuando éramos niños nos compraban "El Peneca", revista para niños de esa época.

Las novelas de Isabel Allende me han gustado mucho y he leído "Paula", "El amante japonés" y ahora estoy leyendo "Hija de la fortuna".

REENCUENTROS

Ana Penjilh - 67 años - Villa Alemana

Llegue al taller de escritura del adulto mayor gracias a mi hija Javiera pensando tímidamente que quizás seriamos un grupo muy grande, por lo mismo fue sorpresa que encontrarme con que fuéramos 3 personas adultas mayores las que nos reuniéramos en torno al gusto por leer y escribir historias. nuestra profesora una joven encantadora nos enseñó a distinguir entre crónicas, cuentos y perder el miedo a escribir, lamentablemente nuestro lugar de encuentro, la biblioteca pasa por un proceso de huelga pero esto nos sirvió para hacer la última clase en un negocio muy porteño lleno de pinturas, retablos y adornos de aves, sirviéndonos una exquisita carbonada al término del taller.

Una experiencia inolvidable conocer a willie y a Jorge que son personas apasionadas por la lectura. Willie gusta de los trenes, tiene mucho material escrito sobre ellos. A Jorge le gustan los cuentos y hace hermosas marionetas; por mi parte escribo desde siempre de forma intima, soy nacida y criada en Valparaíso, crecí muy cerca de la plaza victoria y la biblioteca severin, siempre vine a hacer mis tareas, sacar apuntes o leer revistas de manera solitaria o con mis compañeras de curso. Recuerdo observar las salas llenas de estudiantes de diversos colegios de la ciudad, en aquellos tiempos no existían computadoras ni mucho menos celulares por lo mismo había que realizar una gran aventura de búsqueda de información entre tantas páginas y posterior copia de cada letra de lo encontrado, por lo mismo me resulta fascinante poder decir que la biblioteca severin, fuente de sabiduría de mi niñez y adolescencia, lugar de encuentro entre tantas personas, también viene hoy en mi vejez a enseñarme que siempre hay algo por que escribir y por qué seguir.

SIN TITULO

Rosa Sassi - 79 años - Valparaíso

Desde muy pequeña sentía la necesidad que me leyeran cuentos o poesías, tanto mí mamá como mis hermanas mayores, crecí con un hermoso libro que estaba en casa, que me marcó hasta nuestros días, es una novela que amo se llama corazón, su nombre original (Cuore) del autor Edmundo de Amicis. Como también tengo otros libros que guardo con mucho amor en mis recuerdos de niñez, también en mi juventud, adultez y ahora en mi vejez. Destaco entre estos libros guardados el relato "Del diario de Anna Frank", lo leí varias veces y me conmovía todo lo que vivió esa niña en un escondite, esos tristes episodios qué pasó junto a su familia, lo que me causó mucha emoción fue cuando encontraron su diario de vida donde relata las vivencias, esa lectura realmente me dejaba muy angustiada. Cuándo tenía que hacer tareas de investigación, estando en primarias, mí mamá me llevaba a la biblioteca Santiago Severín y yo mientras sacaba mis apuntes mi mamá aprovechaba la oportunidad para pedir un libro que lo recordaba con tantos deseos de volver a leerlo, ese libro de lectura que lo usó en su escolaridad de primaria" El lector americano" del autor José Abelardo Núñez. También mi Papá fanático por las selecciones técnicas y que yo también las leía con mucho ahínco, porque salían artículos muy ilustrativos.

"Para el día del libro" hice una pequeña dedicatoria alusiva al libro "Corazón" que me dejó marcada hasta el día de hoy sobre todo, con esa historia "De Los Apeninos a los Andes".

Corazón, Corazón era mí libro regalón,
Cuando niña leía y volvía a leerlo con tanta pasión. Tantas historias relatadas, qué me llegaban al corazón,
Fue mí mejor compañero y amigo, es un legado que nos dejó. Y ahora hay un motivo para rendirle un tributo.
Todo el contenido está guardado en mí corazón, como el corazón del libro que tiene vida,
Su alma su pensamiento, su ternura, su enseñanza y su noble corazón.

Corazón, Corazón te guardo por siempre en mi corazón.

"De Corazón a Corazón"

A MINUTOS

Isabel Zerpa - 63 años - Viña del Mar

Las 22:36, los minutos siguen transcurriendo a la velocidad del no aburrimiento. El tiempo se hace lento en la espera y rápido en el apuro. Podría respirar profundo y tranquilizarme, tratando de huir de los kamikazes de Dios. Durante la premura de la huida recuerdo la célebre frase: vísteme despacio que estoy apurado. Los implacables minutos siguen su tranquilo y disciplinado avance hacia la hora cero. Mi Ser quiere estar. Quiere ser parte visible de los invisibles. Los mayores tenemos pocos y breves espacios de visibilidad existencial, donde tenemos la atención de algunos ojos curiosos queriendo leer lo que escribimos. Un microcuento que, por un instante, nos devuelve la esperanza y el sentido de pertenencia.

Y aquí estoy, persiguiendo una oportunidad de estar de ser y de existir, mientras los minutos a su vez me persiguen, minutos en los que la indolente y desalmada IA, será como la abuela de la cándida Eréndira, y cerrará el portal sin piedad. Sin rendirme me humillo con la humildad rebelde de quien dijo: yo la peor de todas. Sólo quien ha cultivado el placentero hábito de la lectura, entenderá mis frases robadas.

CONTINUARA

GANADORES

CATEGORÍA PUBLICADOS



EDIFICIO DIARIO EL MERCURIO DE VALPARAÍSO
VALPARAÍSO 1920

PRIMER LUGAR

COMPLICIDADES

Patricio Portales - 80 años - Viña del Mar

Amanece, la luz ingresa poco a poco por una ventana que da al oriente. Otra vez recibo el regalo de vivir un día más. Sentir que transcurre la vida y que sigo siendo parte de ella, me impulsa a levantarme y acometer mis conductas habituales. Corriendo llega mi pequeña mascota, una perrita -Gala- que me saluda con su énfasis de lengüetazos y gemidos de cariño. El muro lateral de mi aposento sigue cubierto de portarretratos con toda mi familia, en diversas etapas de sus vidas. Una vida mía de alegrías y penas, con un saldo a favor de la felicidad que no puedo eludir.

En la habitación contigua, otrora de uno de mis hijos, ahora habita mi escritorio biblioteca, no sé cuántos son los libros, pero completan varios anaqueles y repisas. Todo comenzó cuando tenía apenas 6 años y pedí a mi abuela Cristina que me enseñara a leer. Yo la veía leyendo siempre, parte de su vida diaria era sentarse en la mecedora y leer. Tomó "Platero y yo" y comenzó a enseñarme. Recuerdo que me dijo algo así como: "*Cuando aprendas, vas a tener un mundo maravilloso e infinito delante de tus ojos*". Aprendí a leer y también me enamoré de esa bella capacidad de aquel niño, para relacionarse con su burrito, que Juan Ramón Jiménez nos regaló para entender una dimensión tan noble y hermosa de la humanidad.

El resultado de esta inicial "aventura" con mi abuela fue genial, tempranamente pude disfrutar de la maravilla de la lectura y después de la escritura. De niño me llevé muchos "raspacachos" por apagar la luz en mi dormitorio, a la hora indicada por mi mamá, y después seguir leyendo bajo las cubiertas, valiéndome de una linterna.

En 1956, siendo escolta abanderado de mi pequeño colegio, me tocó concurrir a la Plaza Sotomayor, junto a otros 30.000 estudiantes, a darle un Homenaje a nuestra Premio Nobel, Gabriela Mistral. Verla tan cerca y escuchar sus poemas de su propia voz, fue un momento de luz tan poderoso que resolví dedicarme a leer y escribir poesía, allí me quedé para siempre.

Ahora enfrento un dilema brutal. Estos cientos de libros míos, que se han ido juntando a través de unos 70 años, "son un problema". Hace poco una reunión familiar, celebración que convocó a numerosos nietos de diversas edades y miradas, concluyó en un "acuerdo secreto": *Digitalizar al abuelo y eliminar toda esa montaña de ácaros*. Aún no me lo dicen, pero ya sé que hay varias acciones en esa dirección. Unos quieren cambiarme el computador ("Tarro") por un Notebook muy rápido. Otros comienzan a buscar mis libros digitalizados en internet. Otros debaten a que institución pueden donar los libros. Etc…

Una terrible maniobra con muchas complicidades se está urdiendo, lo malo es que no saben que mi vida está ahí, en esa "montaña" de versos y prosas, impresos en magnífico papel con perfumada tinta. Por ahora voy a esconder *Platero y yo*, me lo llevaré a mi tumba.

SEGUNDO LUGAR

GRACIAS POR EL LIBRO

María Isabel Quihtana - 83 años - Viña del Mar

De esta noche no pasa – odio la cara de conmiseración con que me informa la enfermera de la UCI. Mi tolerancia ha disminuido en proporción inversa al tiempo que llevo encerrada en el hospital. No tengo noción del día y la noche. La intensidad de las luces es siempre la misma, el personal va y viene con pasos sigilosos. Ni quejidos se escuchan, a los pacientes de esta sala ya no les quedan fuerzas. Solo los monitores se permiten alterar el silencio con sus pitidos incesantes.

Estoy clavada frente a la ventana desde donde veo la cama en que yace mi niño ardiendo en fiebre. Meningitis cancerosa, eso dijeron que tenía.

Mi abatimiento conmueve a la enfermera, trae consigo un libro que deposita en mis manos.

- Lea, le ayudará – dice

Es un libro pequeño, le doy vueltas sin ganas de nada. Tiene una carátula oscura con dibujos como los murales mexicanos. De reojo miro el título, sin ninguna expectativa: Pedro Páramo. Veo la contratapa, Juan Rulfo me mira con sus ojos tristes, los mismos que debo tener. Hay algo que nos hermana.

De pronto, sin siquiera pensarlo, estoy junto a él caminando por Comala, ya sea subiendo caminos polvorientos o bajo aguaceros que opacan los ruidos, incluso los murmullos de las enfermeras que observan a un pequeño que al parecer dejó de luchar.

Pasado la mitad del libro, el cielo gris y las lluvias cambian a un clima en que el viento azota los limoneros, aspiro el perfume de los azahares y veo los pájaros juguetear entre los jazmines. Pero no todos es alegría, vuelven los murmullos, los oigo, los oye Juan Preciado, los oye mi hijo que se remueve inquieto en la cama. No quiero decaer, página a página me sumerjo en la lectura, estoy allí, debo dejar que el tiempo corra.

El mismo cuchillo que entra en el cuerpo de Pedro Páramo parece entrar en mi conciencia. Cierro el libro y casi con miedo, regreso a la realidad. El día entra tímido por la ventana y mi niño sonríe desde sus ojos negros.

¡Gracias! ¡Gracias, enfermera que me ayudó a sobrellevar la angustia! y tan solo con un libro.

CONCURSO LITERARIO TRAVESÍA 2023
INSTITUTO DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE PUCV
BIBLIOTECA SANTIAGO SEVERÍN DE VALPARAÍSO

TERCER LUGAR

FASTIDIOSA DEMANDA

Mañio Gajardo - 70 años - Valparaíso

Con el sonido del ferrocarril de fondo, María Ester se dispone a finalizar la atención al público en la biblioteca Jorge Teillier de La Ligua, entonces comienza a ordenar los libros según catalogación. De pronto algo la paraliza, se escucha de manera muy clara una voz.

—¿Tenéis un minuto para mí? —preguntó una voz reposada.

—¿Dónde está? —consulta ella queriendo huir.

—Solo podéis escucharme —. La voz corresponde a un hombre.

—¡¿Qué necesita, que quiere!? —Ella está asustada nadie la escucharía si pide auxilio.

—Deseo presentar una demanda, quiero deciros que aquí en la biblioteca existe un grave error, estoy en el escaparate que no corresponde —. Ella un poco turulata defiende la biblioteca y le explica que está perfectamente ordenada.

—Si me hacéis el favor estimada dama, procurad cambiarme con los míos en la Sección Historia — la voz tiene un evidente acento españolado.

—Pero ¿quién es usted? —pregunta caminando apresurada en dirección a la puerta de salida.

—No os asustéis. Soy un hombre totalmente indefenso, mi voz pertenece a un gran libro.

—¿Qué libro?

—Soy la obra maestra de Miguel de Cervantes Saavedra, el más grande escritor de habla hispana y universal.

—Estoy de acuerdo con usted sobre Cervantes, pero ¿a qué libro se refiere?

—Por supuesto que a al Quijote de la Mancha. Aquí han cambiado la posición del libro, ahora estoy tiránicamente instalado en la Sección Novelas. ¡Haced-me el favor! tened consideración, soy un personaje real, un prototipo de persona que existe en todas partes del mundo y merezco estar ubicado en el escaparate de Historia, pues ¡yo soy una historia!

—Una gran historia, pero ficticia. Cervantes escribió una novela, ¿Usted fue quien leyó muchos libros de caballería?

—¡No crea en chismes! Escuchadme ¿acaso no os dais cuenta de la quijotización en la literatura? en la música, el cine, el arte…, todo se encuentra quijotizado, soy un personaje histórico eternamente vivo.

—Sancho le dice que se tranquilice—. ¡Estoy sosegado! Le solicito damisela que procuréis dar solución a esto, mi paciencia y la de mi escudero Sancho apura, nos sublevaremos, hasta conseguir el cambio de escaparate.

—¡Suficiente, aquí nada cambiará! —ella ya no siente peligro—, como caballero andante que es, solo desea andar de sitio en sitio —. La secretaria además de temer a los fantasmas, se ha imaginado una insurrección, entonces también amenaza al Quijote, diciéndole que llamará al señor cura para que rocíe con agua bendita el lugar. Enseguida da un portazo abandonando la biblioteca.

—Basta de aventuras querido amo, la señorita quedó muy asustada. El libro en cualquier biblioteca y en el escaparate que lo instalen, será eternamente solicitado —. Sentencia el escudero.

— Tenéis razón querido Sancho, perdonadme no habrá más locuras.

—Qué bueno, amo. Ahora, durmamos —le propone Sancho enrollado en un camastro.

—Prometeré a la funcionaria no ser un caballero andante en su biblioteca, pero, no le diré que dejaré de leer libros de caballería. ¿Qué dices, Sancho?

—Bueno.

—¡Bueno qué!

—Pues, no le diga.

CUENTOS

CATEGORÍA PUBLICADOS



PLAZA SOTOMAYOR
VALPARAÍSO 1930

CON PANTUFLAS, PERO FELIZ

Ivette Jería - 66 años - Villa Alemana

—¿Mamá puedo ver esos monitos?

—Ya, después que compremos la miel que me encargó tu papá. Recuerda, la necesita para su garganta. Entramos al supermercado, la máquina de los "monitos" estaba a la entrada, o a la salida en este caso. Después que pagué, fuimos a los Kardex a sacar la mochila donde la había dejado.

Le solté la mano a mi hija mientras sacaba el candado de la puerta, me di vuelta y no estaba. Comencé a llamarla, a gritar su nombre, le pregunté al guardia, a las cajeras, fui a la máquina de los monos. Ya desesperada llamé a su papá que con gripe no había ido al trabajo.

—¡La Coni se me perdió! ¡Desapareció!

—¿Dónde?

—En el supermercado de Bellavista.

Seguí buscando y preguntando. Parecía loca. En esos momentos angustiantes me imaginaba cualquier cosa. Todas terribles. Volví a entrar al lugar, hablé con el encargado de sala exigiéndole que cerrara, que me ayudaran a buscarla.

Me dio la opción de llamarla a través del altoparlante, además podía poner a una persona que me ayudaría en la búsqueda.

—Dígame cómo se llama y la descripción.

Le di el nombre.

—Tiene seis años, viste uniforme de colegio, peinada con dos chapes hechos trenzas —le informé llorando.

No sé cuánto rato pasó, según mi percepción fueron horas. Volví a salir, escuchando en el altavoz su nombre que hacía aún más dramático el momento. De repente sentí su vocecita.

—Mamá, están diciendo mi nombre, no me gustaron los monos, te fui a buscar.

La apreté con toda mi fuerza, no quería soltarla, hasta que me dijo:

—¡Mira mamá viene mi papá con pantuflas!

—¡Qué importa andar con pantuflas en pleno centro de la ciudad, si puedo abrazar a mi hijita sana y salva!

PALABRAS QUE VUELAN

Jorge Laubrín - 72 años - Valparaíso

La Profe nos lee en la brillante pantalla, mas no me preocupa el relato, pues tengo el absurdo deseo de ver entre frases escritas, la imagen del personaje del cuento. El asunto funciona, gradualmente se desvanecen las letras, apareciendo el hombre frente al espejo. Tenso pasa una navaja por su mejilla. Lo que fueron frases en letras, ahora es imagen en movimiento. La Profe lee el pensamiento del hombre, yo me complazco en su figura, todo es perfecto, pero, algo sorprendente: de la boca de Tamine, la profesora, se desprenden muy extrañas palabras: mitad sonido, mitad letra impresa, o escrita, o algo parecido, las que solamente se comprenden en el momento exacto de despegar de los labios de la mujer. El sonido muere en un segundo pero la imagen permanece. Se escucha "ros" y se lee "tro", o bien oigo "pe" y leo "los". En otras al contrario, leo "herma" y escucho "no". Muerto el sonido la gráfica revolotea. Medito que por mi esfuerzo de no querer ver letras en la pantalla, estas se refugiaron dentro de Tamine y ahora salen por su boca. Imagino que la voz de la muchacha se ha manchado de la tinta de sus tatuajes, motivo por el cual se puede ver parte de ella. Me digo que de tanto leer libros, hoy leo visualmente los sonidos. En este punto, pongo una redonda carita amarilla con gesto de pregunta: -¿Cuál será la causa?- Desaparecido el sonido, la parte impresa permanece en el aire ¡Las letras tienen alitas! parecen moscas o abejas. El cuento pierde sentido, el Diálogo frente al espejo, semeja obra surrealista, mas la fonética de la Profe cambia nuevamente, esfumándose por completo los sonidos. Tamine solo emite palabras impresas que vuelan en diversas direcciones. Sospecho en alucinaciones, imagino un cómic del futuro, con ese hombre en la pantalla y palabras revoloteando atraídas por la luz. Pero la buena lectora no se detiene, la sala parece invadida por plaga de langostas. Caminan por las paredes y por el cielo raso, las tenemos que espantar, demasiada palabra para un cuento. Algunas caen al suelo cual termitas moribundas, otras son aplastadas por Tamine. Muertas quedan, como entre páginas de libros nunca alumbrados por los ojos. De pronto, cada palabra se descompone en consonantes y vocales, que por instinto primigenio, vuelan a nuestros oídos como abejas al panal. Es ahí que a Tamine, se le posa una "T" en la punta de la nariz, resulta muy divertido, la espanta sin darse cuenta, absorta está en la lectura. Nos reímos sin que se percate. Ana sonrojada, se espanta una "A" de la mejilla y Willy no sabe que tiene una "W" en su frente. Yo disimulando, paso una mano por mi cabeza, por si alguna "J" descansara en ella. Así termina el relato, las últimas quedan sobre la mesa para crucigramas.

De regreso medito: -¡Si la Profe es mujer gráfica, gráficos serán sus fonemas!-.

MI GUSTO POR LEER

Lucrecia Brito - 69 años - Valparaíso

Éramos tres hermanas y no teníamos muchos medios económicos, a mí me gustaba leer e iba al préstamo de revistas, casi siempre eran de Disney. Un día apareció un concurso para ganar suscripciones, había que colorear una imagen de la Pata Daisy y enviarla por correo. Con mucha dedicación lo hice, a mi hermana Nenita le pareció preciosa.

Pasaron varios meses y me llegó una carta, había ganado en el concurso y recibiría revistas durante un año. Eran muchas y empecé a intercambiarlas por libros. Cuentos de autores chilenos, me encantaba Manuel Rojas, el Vaso de Leche me hizo llorar, sabía que el hambre en muchos hogares era real.

Cada vez que leía se agrandaban mis sueños, leyendo era feliz, no existía la pobreza ni la infelicidad. Es más, conocí otros paisajes sin viajar, el más bello lo realicé a Colombia con Cien Años de Soledad de Gabriel García Márquez, novela que me siguió a París y coronó mis estudios de literatura terminados en el exilio.

EL ULTIMO LIBRO

Fredy Cancino - 75 años - Puchuncaví

Lucas se rindió a la curiosidad. Había cogido la llave de la habitación de su difunta abuela y entrado en ella. ¡Cuántas horas había transcurrido allí, oyendo sermones y recuerdos! Pero ahora era un mundo extraño para él. Era la ausencia definitiva de la anciana que otorgaba al ambiente un misterio que encendía sus diez años. El aroma a remembranzas se mezclaba con el polvo posado sobre los conocidos muebles.

De improviso, un efecto extraño invadió la habitación. Era como si otra presencia estuviera allí, algo más que el eco de sus recuerdos. Lucas se percató de una figura borrosa en la esquina de la habitación. No era un fantasma, no tuvo miedo, solo la inquietud de lo inexplicable.

Frente a él, un niño de su misma edad emergió de las sombras. La mirada del misterioso ser invitaba a la complicidad con un guiño de ojos, como si ambos compartieran un secreto.

—Hola —susurró el niño sombrío.

Lucas, fascinado más que intimidado, no pudo articular respuesta.

—Estamos conectados a través de las palabras —dijo el misterioso niño—. El encantamiento de la literatura nos une, incluso más allá de la vida.

Lucas miró en derredor, buscando confirmación de la realidad en el resto del cuarto. Cuando volvió la vista hacia el rincón, el singular niño había desaparecido, solo quedaba el susurro de sus enigmáticas palabras. La habitación recuperó su silencio. ¿Quién era ese niño? Lucas decidió investigar el cuarto de la abuela, quizás encontraría la respuesta.

Miró su mesilla, algún papel, una carta. Nada, solamente la fina película de polvillo. Paseó delante del estante de libros, buscando una posible pista. Mientras exploraba entre otras reliquias de la anciana, sus ojos se detuvieron en el viejo velador junto a la cama.

Allí, en la penumbra, descansaba un libro que su abuela había leído hasta sus últimos días. Lucas lo tomó y miró su portada, en ella título fulguraba blanco sobre una franja naranja, cruzando la imagen de un niño con un deslucido gorro que miraba un carro de frutas a su lado, con una mano en su barbilla. El rótulo decía *Oliver Twist*. Comprendió entonces el mensaje y quien era el niño del oscuro rincón.

Lucas, más aficionado a los videojuegos que a los libros, sintió un raro enlace con ese tomo antiguo. Lo cogió y comenzó a hojear sus páginas, escogiendo frases, palabras, diálogos, atmósferas. Sí, se lo hurtaría a su abuela y lo leería en su cuarto.

Aunque nunca pudo explicar la presencia del otro niño, siempre llevaría en sí esa mágica visión. Cada vez que abría un nuevo libro sentía que no estaba solo, que algún personaje leía junto a él, en la quietud de las palabras impresas.

EL CONSEJO

Oscar Lizana - 75 años - Viña del Mar

El lunes tendríamos prueba de castellano.

El libro sobre el cual se basaría el examen yacía sobre mi velador sin leer. Ni siquiera recordaba el título.

Obviamente me fue pésimo. Argumenté enfermedad y rogué por una segunda oportunidad. "Dos días" dijo nuestro profesor en un alarde de clemencia.

¿Quién sería capaz de leer un libro de 350 páginas en dos días? Pedí ayuda a mi hermano mayor que había rendido el Bachillerato recientemente. Imploré por un resumen o al menos me contara de qué se trataba.

—No tengo tiempo, flaco. ¿Por qué no te pones a leerlo, flojo?

El sábado por la mañana me levanté temprano a darle solución a mi problema. Salí al patio, libro en mano. En la segunda página me quedé dormido.

El llamado de mamá para almorzar me despertó.

—¿Qué te pasa, Armando? ¿Estás enfermo? Parece que la fiestecita de ayer te puso mal.

—No pasa nada, mamá. A propósito, ¿me das permiso para visitar a don Luis?

—¿El marido de amiga Rebeca? y ¿para qué?

—Necesito conversar con él.

Antes de salir del comedor murmuró: "Creí que este caballero te caía mal".

Era verdad. No soportaba sus aires de "sabelotodo". Jubilado, disponía de su tiempo y yo era esclavo del Liceo.

El viejete me recibió cariñosamente. Le conté mi problema. La solución ofrecida me dejó atónito.

—¿Cuál es el libro? —preguntó.

Después de leer el título y el autor agregó:

—Este libro no te aportará nada. Le vas a proponer a tu profesor que mantenga la mala calificación que merecías por flojo, pero a cambio te comprometes a leer este otro para una segunda calificación.

Se dirigió a un estante lleno de libros y escogió uno. Don Luis me observó a través de los gruesos cristales de sus lentes redondos. Su calva cabeza parecía brillar. "Anda, léelo, no te vas a arrepentir" concluyó a modo de despedida.

Ya en casa, me refugié en mi dormitorio y leí el título: El filo de la navaja de Somerset Maugham. Pensé que se trataría tal vez de vaqueros, con pieles rojas, cowboys y todo eso. Interesado inicié la lectura.

Nunca me creí capaz de leer un libro de tapa a tapa. Me fascinó la historia de Larry. Pasaba y pasaba páginas sin parar, sintiéndome identificado.

A la semana siguiente enfrenté a mi profesor. Aceptó lo recomendado por don Lucho. De modo que a la nota uno de la primera prueba le sumó un siete por la segunda. Corrí a agradecer a mi salvador.

Fue el inicio de una amistad. Aquel verano leí diez libros que fui sacando de la Biblioteca Santiago Severin conforme los iba leyendo y comentando con don Luis. Encontré esa libertad que nos dan los libros y que nos hacen a todos iguales. Me convertí en un gran lector gracias a su consejo.

Al año siguiente, mi amigo falleció de un infarto. Inconcluso quedó un libro que estaba escribiendo. El manuscrito es ahora mi preciada herencia.

EL LECTOR

Álvaro Medíha - 84 años - Viña del Mar

Esperé largo rato antes de poder sentarme en ese café repleto. Dos jóvenes, de brazos tatuados, hacían lo posible para atender a la clientela, pendientes de quienes se dispusieran a dejarlo. A escasa distancia mía un anciano lograba mantenerse ajeno al bullicio. Toda su atención concentrada en un texto de tapas duras. Próxima a él, una taza de té, aguardaba con escasas esperanzas al menos un sorbo.

Con mano temblorosa dio vuelta la hoja recién leída. Noté en su expresión ciertas señales, como si lamentara haber terminado su contenido. Le hizo una discreta caricia y con un suspiro continuó la siguiente. Aún le faltaba bastante lectura para finalizarlo. No podría en ese lugar. Pronto el personal encargado iba a presionarlo de distintas maneras. Nada de eso sucedió. Distinto fue mi caso. Debí pedir algo, sin desearlo, con tal de satisfacer mi curiosidad.

La concentración en ese lector me pareció extraordinaria. El continuo ruido interior le era indiferente. De cierta forma podía neutralizarlo, abstrayéndose por completo. Solitario entre tanta gente, seguía inmerso en una evidente satisfacción. Sus rasgos y todo el cuerpo delataban esto. Difícil imaginar la magnitud de su goce.

Capturado por la escena, decidí no moverme. Él continuaba igual, distanciado del entorno. Mientras lo observaba, un rayo de sol reflejado en un ventanal, iluminó su perfil. Creí distinguir diminutas partículas dibujando volutas ascendentes que brotaban de entre los dedos para llegar al entorno de su cabeza donde desaparecían. La visión fue demasiado breve. La luz volvió a ocultarse. El viejo prosiguió leyendo hasta finalizar. Con pesar cerró el libro, dándole un golpecito. Tras dejar dinero por el consumo, se puso de pie y salió. No pude entender en ese momento por qué había dejado abandonada esa novela. Quise conocerla. Carecía de título. Comencé a recorrer sus páginas de manera apresurada y cada vez más confuso. En ninguna de ellas logré encontrar el menor rastro de alguna frase impresa.

SIN TITULO

Alíro Lobos - 80 años - Viña del Mar

Mi primer contacto con los libros fue gracias a mi madre, que me enseñó a leer con el silabario Matte, y desde aquel entonces, ya han pasado más de siete décadas, en las que no he parado de leer.

El escritor argentino Adolfo Bioy Casares decía “un día sin escribir es un día perdido”, yo digo “un día sin leer es un día perdido”.

En casa de mis padres nunca tuvimos una biblioteca, si entendemos como tal a un conjunto de libros ordenados y clasificados por tema, pero siempre había un libro – en todo caso no más de doscientos- a mano para el que quisiera leer. Mensualmente mi padre compraba el Reader’s Digest y toda la familia participaba y competía en tener más respuestas correctas de la sección “Enriquezca su vocabulario”.

Cuando tenía unos trece años caí enfermo de Hepatitis, mis padres, como ambos trabajaban, me enviaron a casa de mis tíos Inés y Raúl pues tenía que estar en reposo y en cuarentena. Ellos también trabajaban, pero tenían una persona que ayudaba en los quehaceres de su casa y me cuidaba, la recordada y querida Saruca.

Me armaron un catre de campaña en la biblioteca mí tío Raúl, me di un festín con tanto libro – a ojo de buen cubero- más de quinientos. Como no tenía un conocimiento cabal de autores, sacaba libros más guiado por sus títulos: El mundo es ancho y ajeno; Al este del paraíso; Al filo de la navaja; La montaña mágica, y otros títulos más.

A mis tres hijos les inculqué desde pequeños el amor por la lectura y afortunadamente sembré en terreno fértil y son grandes lectores. En mi departamento tengo un par de anaqueles con cuarenta y dos compartimientos donde tengo mis libros -más de mil- hasta antes del terremoto del veintisiete de febrero del dos mil diez, los libros los ordenaba alfabéticamente por autor, después del sismo muchos libros cayeron al suelo y ahora se puede encontrar El nacimiento del mundo moderno de Paul Johson al lado de Los hermanos Karamazov de Dostoievski o Rayuela de Cortázar al lado de En verso y prosa, Antología de Gabriela Mistral.

¿Qué leo? disfruté tanto con la saga del Cementerio de los Libros Olvidados, novela gótica de Carlos Ruiz Zafón como la saga literaria de novela negra Millenium escrita las tres primeras por Stieg Larsson y las otras por David Lagercrantz.

Mis autores preferidos son Murakami, Bolaño, Vargas Llosa, Cortázar, García Márquez, Doris Lessing, Lucía Berlín y un largo etcétera.

No a todos se nos inculca una pasión por la lectura, y por diferentes motivos, falta de incentivo por parte de padres y profesores, los libros son caros, no disponer de tiempo, la televisión, etcétera. Hago mía la frase del protagonista, Holden Caufield de El Guardián Entre el Centeno escrita por J.D. Salinger “Soy un analfabeto que lee mucho”.

Para fomentar la lectura en cada una de las 346 comunas que existen en Chile, a lo menos se debiese contar con una biblioteca municipal.

EL PROFESOR

Gerardo Gatica - 66 años - Viña del Mar

El año había empezado con gran ajetreo, me gradué como Ingeniero Mecánico y obtuve un contrato en la empresa donde realicé la práctica profesional. Un día paseando por el parque del cerro Caracol en Concepción y sentado en el césped cerré los ojos y pensé: algo me falta. Al despertar reconocí el edificio de la cárcel y tuve la respuesta. Me dirigí a la guardia y pedí hablar con el Alcaide. ¿Y bien Sr. Kulman, qué trae a un hombre joven como Ud. a este lugar? Quiero hacer clases gratis de mecánica automotriz a los presos, contesté muy entusiasmado. Aquí no hay taller mecánico ni herramientas, me contestó muy serio. Usaremos mi Citroneta AX 330 como laboratorio respondí. ¿Y cuándo quiere empezar? Lo antes posible. Entonces haremos una selección de 12 alumnos que es la capacidad de la sala disponible.

A la semana siguiente fui recibido por dos gendarmes y llevado a la sala de clases. Llevaba un libro, un cuaderno y lápiz. Al entrar los reos se pusieron de pie y contestaron mi saludo en voz baja. Los gendarmes se pusieron frente a los alumnos, así que les pedí que se retiraran de la sala. ¿Está seguro?, preguntó el mayor de ellos. Son muy peligrosos, agregó. Son alumnos y quiero estar solo con ellos, respondí muy serio. Algunos reos sonrieron, seguramente por haber alterado el estilo de la cárcel. Estaba nervioso, pero con mi estatura de 1,85 metros y 90 kilos de peso creo que infundía respeto. Necesitaba libros para cada alumno, así que pedí conocer la biblioteca. Las expresiones faciales de los gendarmes me dieron la respuesta. Haré apuntes en papel roneo usando los libros de la hermosa biblioteca de mi universidad resolví mentalmente.

Pasaron los meses y ya habíamos armado y desarmado varias veces mi citroneta y cada vez que el motor partía, los alumnos celebraban entusiastas al comprobar sus conocimientos. La falta de libros era algo que me ponía de mal humor, al no poder darles a mis alumnos la oportunidad de acercarlos al conocimiento que ellos proporcionan.

Durante un año asistí regularmente a la cárcel para desarrollar mis clases. Nunca pregunté a los reos por qué estaban presos. Debido a exigencias laborales no pude continuar con la instrucción y solo se "graduó" el primer grupo de 12 personas.

Habían pasado cinco años y en un viaje en microbús entre Lota y Concepción alguien bien vestido y con gafas oscuras se sienta a mi lado y pregunta en voz baja y carrasposa ¿Se acuerda de mí? Yo fui uno de sus alumnos en la cárcel. Hoy estoy rehabilitado y tengo un pequeño taller mecánico. Gracias profesor por sus enseñanzas. Rápidamente se bajó del bus y no alcancé a decir palabra. Al ponerse en marcha el bus nuevamente, el cielo me pareció más azul, la vegetación más verde y sentí el corazón agitado. Creo que cayó mugre en mis ojos, porque tuve que usar el pañuelo para secar unas lágrimas rebeldes.

TITIN EL BREVE

Héctor Araya - 74 años - Viña del Mar

La decisión de Titín fue el día en que terminó su sexto básico. -- Ya sé leer no quiero leer. No quiso saber más de sinalefas, conjugaciones irregulares y, particularmente, nada de sinónimos. Descubrió antes que filólogos y semiólogos connotados, que menos, es más, y que eran suficientes algunas expresiones decidoras, como buena cosa (o mala cosa según cómo se diera la cosa) para darse a entender en el mundo real. Dejó de leer y así cada cosa que salía de su boca le resultaba original y fresca, y sobre todo breve. Ven, fue su forma verbal más elocuente para conquistar a su mujer. Desarrolló un lenguaje paralelo usando dedos, cejas, hombros, y sobre todo ojos, que hablaban al entornarse, o cuando se cerraban y descendía un silencio solemne sobre los discípulos que empezaron a llegar, hasta formar una pequeña corte de obsecuentes, uniéndose a la secta que Titín dirigía a monosílabos y gesticulaciones.

En general, no había conflictos en el abigarrado grupo, quizás porque la palabra conflicto no estaba en el Diccionario Breve que creó su asistente, Blas, con la venia, literal, del patriarca de la cosa. Patriarca igual viejo, bromeaba Titín. No a los eufemismos. Blas registró el término definiéndolo: eufemismo: rara cosa.

La única vez que Titín habló largo, ocurrió cuando un novato intrépido se atrevió a preguntarle: ---¿por qué no quiso leer más, maestro? Titín reflexionó un largo rato. En verdad, había olvidado la palabra que resumía todo. -- Bibliofobia, dijo finalmente. --Cada vez que fijaba mi mirada en una hoja, las letras primero, luego las frases y todas las comas y signos de interrogación o exclamativos, saltaban de la página e invadían mis ojos, cegándolos. Luego penetraban en mi cerebro, bullían y estallaban, ensordeciendo mi alma. Las palabras en general son letales. Los verbos son ambiguos, las preposiciones innecesarias, los sustantivos insustanciales, y, cuando se confabulan, enloquecen a los desprevenidos, y mortifican ferozmente a los que tratan de traducirlas o domesticarlas, como si eso fuera posible. Esa fue la cosa, concluyó.

Blas agregó la palabreja, con una escueta definición: Bibliofobia: mala cosa.

Como en toda civilización, la Antigua Mesopotamia, por ejemplo, como todo imperio, el norteamericano, por ejemplo, como toda religión, el sintoísmo, por ejemplo, la tendencia histórica es a decaer y ser reemplazada por algo peor. Es lo que ocurrió, al cabo de los años, a disgusto de su fundador, con la pequeña tribu, que pasó a ser la Cofradía de los Parcos, como se autodenominaron, buscando la renovación del lenguaje breve. Sumus succincta, su lema.

Titín sólo comentó: vidas breves, ingratitudes eternas. Lloró.

A duras penas, en su lecho mortuorio, Titín dictó a Blas sus últimos deseos: --Primero, mi nombre es Héctor con acento. -- Eso, en mi lápida, pidió. --Segundo: dona mi biblioteca secreta, sé que lo sabes, a la Severín. Monterroso, Torri, esos. Tercero: mi epitafio dirá: Se Fue. Blas, con lágrimas agradecidas surcando sus mejillas, anotó: Se Nos Fue.
Así fue la cosa.

LA HOJA DE LAUREL

Jorge LLoret - 66 años - Concón

Desde hace veinte años que la señora Antonia trabajaba en la biblioteca.
Durante todo ese tiempo introducía hojas de árboles en los libros.
Decía a su marido que era bonito encontrarse con una hoja seca.
Sobretodo en los libros buenos que cada uno cree buenos por algo.
Otras veces subrayaba algunos párrafos o frases o palabras.
Uno de sus placeres era encontrar errores de impresión.
Letras desaparecidas. Acentos que volaron de sus vocales.
En su casa del cerro Cordillera,se juntaba con vecinos a leer y escribir.
Los libros son mi fortuna decía a quién la escuchara.
También de decían Doña Toñita. La reina de los porotos granados.
El infaltable sofrito a fuego lento de cebollita fina.
Un deje de cibulet. Un brindis con tinto de Cariño Botado.
Le voy a confesar doña Toñita que leyendo una novela
de la biblioteca. Buena la novela "El corazón es un cazador solitario"
de Carson Macullers. En la página docientos tres encontré
unas patillas de romero con sus flores celestes.
Olían esas páginas. A río,a lejanía,a barcos entrando y saliendo
de la biblioteca.
Me encontré también unas páginas adelante, dos hojitas de cedrón.
Y casi al final una de laurel.
Justo tocaron el timbre.
El moreno marco la página que leía con una pluma.
El ciego se levantó a abrir la puerta
de la biblioteca que conocía de memoria.

LOS DE COQUIMBO

María Luz Aranda - 71 años - Quilpué

Pasan las horas, los días, los meses, los años… el tic tac del reloj del tiempo no se detiene... Fluyen los recuerdos como las aguas turbulentas, impredecibles, transparentes y cantarinas de los ríos, en el grupo de compañeros de colegio reunidos para celebrar los 50 años de la salida de su generación del colegio.

Los pelos canos abundan, sus pieles ya no son tan tersas y sus movimientos son mas cuidadosos y premeditados. Algunos no se han vuelto a ver durante esos 50 años, las miradas de reconocimiento son disimuladas. Curiosamente, los rasgos no cambian lo suficiente, como para no identificarse. Cambiaron los colores y cortes de pelo, los maquillajes y obviamente hubo algunos cambios físicos en ellos, pero en general, rápidamente todos se van reconociendo y comienzan a surgir las historias. Esta es la de un grupo de ellos…

Al caer la tarde, el bus va lleno de trabajadores y estudiantes que regresan del trabajo a sus casas. A lo lejos, en el horizonte, donde el Sol ya se ha ocultado, se divisan las luces de los botes de los pescadores en la bahía y las luces de las calles de los cerros del puerto de Coquimbo, van formando letras que llenan la imaginación de los pequeños estudiantes que agotados de la larga jornada escolar van apiñados y saltando, en el último asiento de la máquina con sus grandes bolsones de cuero llenos de libros y cuadernos en sus faldas. Gritando, riendo y cantando, alegrando y enfadando, al resto de los pasajeros que a diario los veían haciendo el recorrido entre Coquimbo y La Serena… de la casa al colegio en la mañana, del colegio a la casa en las tardes. Para los compañeros del colegio… al llegar casi siempre atrasados… les decían…

"Llegaron los de Coquimbo".

Pedro, muy callado, alto y desgarbado, era el que primero que se bajaba; después junto con Frank, hijo de alemanes, rubio, alto, flaco con lentes de marcos obscuros, el giro sin tornillos del grupo, se bajaba Rebeca, con su pelo largo y lacio, sencilla y centrada y su hermana chica, Beatriz, siempre alegre e inquieta; unos pocos paraderos mas adelante, se bajaba Carolita, colorina muy llamativa, alegre y simpática con Julio, siempre alegre, haciendo morisquetas y contando chistes, junto a Esteban, su hermano menor callado y muy tranquilo; de ahí compungidas, calladas y quietas, se quedaban Isabel, que se creía de las grandes, comportándose como señorita, por mientras no le daba por bromear con sus amiguitos, con su hermana chica Loreto que con su voz chillona, siempre andaba tratando de averiguar que tarea habían dado para el día siguiente porque no había prestado atención en clase. Todos eran hijos de familias del puerto, que se conocían desde que eran jóvenes, mucho antes que ellos hubieran nacido.

Pasaron las horas… el tic tac del reloj del tiempo no se detuvo... la convivencia termina entre intercambio de datos de médicos, clínicas, dentistas y colegios para los nietos. Todos quedan con la sensación que no pueden haber pasado tantos años.

ELENA

María Luz Aranda - 71 años - Quilpué

Quiero recordar a mi madre, interna en las Monjas Francesas de Valparaíso. Viajaba a bordo de un Santa de cabotaje desde Coquimbo a Valpo., se mareaba, a más no poder, entre los olores de animales y de las algas del mar, pero feliz por la aventura.

Quiero recordarla, cuando su tía Sara – seria y circunspecta- la pasaba a buscar, en un coche de caballos al colegio para que pasara los fines de semanas en su quinta de Quilpué, sola, porque su madrina Elena ya se había casado y sus otros hermanos tampoco vivían allí. Me la imagino recorriendo el huerto, recogiendo frutas y jugando con los conejos.

Quiero recordarla, cruzando los Llanos de Coquimbo, hacia la Playa Blanca con sus amigas, en el carrito de don Juan, tirado por una Mula; sus paseos por la playa, sus baños, nadando en un crol impecable, por esa linda playa, con sus amigos y amigas de juventud. Quiero recordarla, en esas fiestas en el Club Social, alegre, y coqueta, liviana e incansable bailarina, y en esas Fiestas Primaverales, en que todos se disfrazaban armando comparsas de Rumba y participaban en las competencias de carros alegóricos, hechos entre risas y préstamos de sus padres.

Recuerdo que contaba de su primera casita de recién casado, al lado de la casa de sus papás, donde nacieron los dos mayores. De ahí se trasladaron a la gran casa en el sector del Fuerte de Coquimbo, lejos del centro, entre los cerros y el mar. Ahí tuvo que desarrollar sus dotes de chofer, manejando veloz, la camioneta Morris gris por calle Regimiento Coquimbo. Por su pasión por la velocidad la llamábamos Varoli, no puedo negar que era una excelente conductora. Se desplazaba entre su casa, los colegios, las compras y sus actividades sociales, saludando y llevando a cuanto vecino veía en el camino. Años después, me encontraba con vecinos de esa época, que reconociéndome, se acercaban a preguntarme ¿Cómo está la señora Elenita?

Recuerdo, que la escuchaba, muy contenta, avisando a gritos, "llegaron las Golondrinas" niñitas, vengan a ver, que llegaron las Golondrinas a anidar.

Me temo que sus hijos no le dimos todas las alegrías y satisfacciones que se merecía, con nuestros rendimientos escolares. A veces contaba que hacía todo lo posible por no mostrar las calificaciones de sus querubines en las reuniones de apoderados, por la tendencia al rojo que mostraban. Cierto que no fuimos los mejores estudiantes, pero si creo que hemos sido buenos hijos. Que además le dimos 8 nietos, que le decían, Meme, Ita y Abuelita; también llegaron bis nietos y hasta una tataranieta, Mayte, que consiguió sacarle sonrisas con sus parloteos.

Así como era una buena conductora, cocinaba mejor de lo que tejía, hablaba un francés perfecto y tenía una letra preciosa. Decía orgullosa que era de 7 en caligrafía… lo que ninguno de sus hijos heredó.

MI HERMANO ERA UN LECTOR, YO ERA UN COPISTA

Alberto Venegas - 69 años - Quilpué

Mi hermano Juan a los once años se leyó 30 títulos del la Biblioteca Robin Hood en el lapso de una semana. Estábamos a inicios de Diciembre del año 1964 y en mi curso de Quinto Básico, el regalo de fin de año escolar eran 30 novelas, una por cada alumno del curso. En la casa estuvieron guardados esos libros y no me cansé de mirar repetidamente sus portadas. "Los cazadores de orquídeas", "La isla del tesoro", "El prisionero de Zenda", muchas imágenes que todavía conservo, pero Juan empezó a leerlos afiebradamente.

Lo llamaban al almuerzo y respondía lejanamente, no estaba en la otra pieza, estaba en otro mundo, a la hora de once se repetía la misma escena. Un rato, antes de dormir contaba los lugares en que había estados, que Mompracen con el Tigre de la Malasia, que Crusoe había conseguido contactarse con Viernes.

Sabía que los libros estarían una semana en casa, por eso tomó la decisión de leerlos de una vez.

A mí me tocó de regalo uno que se llamaba "Si todo va bien Paul" de un autor francés cuyo nombre no recuerdo, pero la historia era el secuestro de un niño, esa vez con un fina feliz. Me demoré todo el Verano en leerlo.

A veces jugábamos a escribir una historia, el escribía ingeniosas historias de aventuras, yo me limitaba a narrar las historias sobre las películas del Gordo y el Flaco, que veíamos en la matiné del Domingo, el Flaco vestido de escoces y un viento le elevaba la falda y se le veían los calzoncillos.

Así fuimos creciendo, yo cada vez acercándome más a los libros y el alejándose de ellos, sólo los necesarios para llegar a ser un biólogo. Yo me fui quedando entre los libros y tratando de leerlos. Mi adolescencia marcada por libros sobre el Che y culminar con los Diarios, con Sade, Joyce, Hermann Hesse y Lobsang Rampa ¡que mezcla Dios mío!

PRIMER JUGLAR

Alicia Valdés - 73 años - Viña del Mar

Había una vez una lavandera y un campesino que nunca salieron de la comarca en donde habían nacido, eran felices con tener un poco de pan y vino en la mesa y un techo, un lecho donde cobijarse junto a los cuatro hijos que tuvieron. El mayor, después del templo, acompañaba al padre en su faena y repitió el ciclo de trabajar tierra ajena y conformarse con migajas.

El segundo se quedaba en la Iglesia leyendo y releyendo los pocos libros que había allí.

En las tardes les contaba esos relatos a sus hermanos menores que esperaban con ansias sus palabras.

El padre le decía que era un loco, soñador, enfermo por leer esos libros que le devanaban el seso, que nunca podría ganarse la vida contando cuentos.

Al estar a solas con la madre esta le confesaba que le encantaba escuchar lo y través de él conocer libros a los cuales ella no podía acceder

Cuando ya agotó la frágil biblioteca, urdió en su cabeza otras aventuras. En las noches la familia lo escuchaba.

Ya mayor salió por los pueblos a contar sus historias y la gente se agolpaba para escucharlo.

Su fama llegó a la ciudad y el señor de esas tierras quiso conocerlo. Ante su presencia el muchacho contó aventuras de príncipes y soldados, de hadas, duendes, brujas y misterios, de sanadores y sanados.

Hubo una guerra, el señor lo llevó con él para que fuera cronista de lo que en ella sucedería y de sus triunfos.

El muchacho entonces escribió una hermosa epopeya que empezaba así:

"Delos sos ojos tan fuerte mientre lorando
Tornava la caveça e estaba los catando".

EN LA SOMBRA DEL DESCONOCIMIENTO

Raquel Bernal - 84 años - Valparaíso

Manuel tiene diez años, vive con sus padres en una de las tantas islas que se encuentran en el sur de Chile. Él y sus padres, son analfabetos, ya que por motivo de aislamiento y situación económica no puede vivir en el continente para asistir a un colegio. Sus padres se dedican a la pesca y siembra, crían ovejas y vacunos, recolectan miel; la mayor parte de esos productos es enviada a la ciudad para la venta y, a cambio ellos reciben mercadería para el consumo diario. Una vez al mes atraca a la isla una goleta, que está a cargo de don Ernesto, patrón de la embarcación de la goleta "Santa María" la cual, abastece de mercadería a las islas cercanas.

En uno de estos viajes, don Ernesto le regaló a Manuel, un libro de historietas, sin saber que él no sabía leer. Manuel muy contento agradeció el regalo y se dedicó a mirar los dibujos pero no sabía de qué se trataba la historia. En el siguiente viaje don Ernesto le trajo otro libro y le preguntó a Manuel si había leído el anterior, Manuel, muy avergonzado le contestó que él y sus padres no sabían leer ni escribir; Don Ernesto le escuchó y quedó muy preocupado pensando… ¡Así como la familia de Manuel hay miles de chilenos que están en la misma condición! Y decidió ayudar con lo único disponible y de su propiedad… su goleta. Así que le prometió a Manuel que en cada viaje le traería un libro y, a la vez le enseñaría a dibujar, conocer letras y le dejaría tareas de números y palabras.

Así pasó un año, durante ese tiempo Manuel aprendió a escribir palabras y números, y a leer frases. Los padres al ver el entusiasmo de su hijo, además de apoyarlo le pidieron que los dejara participar en su aprendizaje que tal vez, con el tiempo ellos podrían leer esas historietas, con la misma facilidad que él lo hacía en ese momento. Cada mes Manuel recibía un libro de las manos de don Ernesto, los cuales atesoraba y los leía repetidas veces hasta comprender bien su contenido.

Después de cinco años Manuel leía a la perfección, y sus padres lograron aprender a escribir y leer las historietas. Don Ernesto estaba feliz…había ayudado a la familia, entregándole las herramientas necesarias, que eran los libros y cuadernos, para que ellos pudieran desenvolverse en la vida. De pronto se le ocurrió una idea ¿si ya se había familiarizado con los libros… por qué no se le había ocurrido que Manuel se interesaría en conocer una biblioteca? Y así se lo hizo saber a sus padres.

Para Manuel esa posibilidad era como un sueño, para sus padres algo que no estaba en sus planes futuros… ¡viajar a la ciudad, nunca lo habían pensado! Se planeó el viaje y llegó el día de la partida. Con su mejor ropa y muy nerviosos se embarcaron en la goleta sin dejar de mirar su querida isla que cada vez se hacía más pequeñita hasta desaparecer en el mar. Al llegar a puerto Don Ernesto los llevó a un restaurant, después de almuerzo se dirigieron a la biblioteca pública ¡que emoción sintió Manuel al ver cantidades de libros de todos tamaños y colores! ¡Qué feliz es la gente de la ciudad que tiene miles de libros a su disposición! El regreso a la isla fue tranquilo y lleno de recuerdos, los padres de Manuel recordando lo hermosa que es la ciudad pero más hermosa es su isla que es donde siempre han vivido y donde morirán. Manuel todavía emocionado por la visita a la biblioteca y su firme decisión de ir a estudiar a la ciudad y poder obtener un título, y Don Ernesto con su conciencia muy tranquila porque sin ser un pedagogo pudo ayudar a una familia isleña.

UN TOQUE DE MAGIA EN LOS LIBROS

Juan Flores - 63 años - Valparaíso

Mamá vivía en un lejano y pequeño pueblo, tenía 16 años, irradiaba en su sonrisa bondad y serenidad, expresadas en ganas de aprender. Eran años en que la sencilla palmatoria con una vela encendida ayudaba a la lectura de aquellos libros solicitados en la biblioteca; la quietud y silencio de la noche envolvían el ambiente para adentrarse en esos textos escogidos, cada vez que daba vuelta una página, se producía un toque de magia para viajar por recónditos mundos, algunos fantásticos otros históricos o míticos.

El encausar los pasos hacia la biblioteca fue parte del cotidiano transitar entre las obras que develaban secretos, permitían resolver tareas escolares o simplemente disfrutar de páginas cautivadoras de imaginarios.

A veces, esperaba aquella encomienda donde venían los libros solicitados y con ansias abría esa envoltura de papel con sellos rojos de lacre, como signos de reales cédulas de soberanos y soberanas de la literatura.

Aquellas páginas en blanco que dejaban espacio para el respiro entre capítulos, las ilustró con calidez en sus trazos, dando luz a que los personajes pudieran asomarse entre la lectura; también desde su costurero sacaba delgadas cintas de seda que pegaba con diligencia en el borde de cada uno de sus humildes libros y así aquellas suaves colitas de colores marcaban la página leída.

Un sencillo estante fue el depósito de sus joyas literarias, se mudaron con ella de casa en casa y fueron refugio en tiempos de enfermedades, convalecencias, pestes, toques de queda, paseos, vacaciones y dieron pie para mantener vivo ese afán por leer y adquirir sabiduría para aconsejar.

He revisado esos amarillentos y frágiles libros con olor a vainilla, donde el camino de los párrafos ha discurrido por la niebla espesa de episodios dolorosos o románticos, desencuentros o alegrías, fatalidades o triunfos. Encontré perdidos entre esas páginas un pétalo de flor, una tarjetita y una nota en un papelito, por algo quedaron guardadas allí, sólo el misterioso y mágico universo de los libros sabrá porque permanecen allí.

Un dejo de nostalgia se apoderó de mí mientras escribía, porque imaginaba que alguna vez esa diminuta cinta contuvo pequeñas gotas de tristeza, o guardaron entre los suaves hilos de seda murmullos, suspiros, deseos o sueños. Trato de imaginar cuantas veces las finas manos tomaron y acariciaron esas delicadas franjas de cintas de colores y un gesto de somnolencia hizo cerrar aquel libro para dar descanso a las letras hasta otro día.

En nuestra vida diferentes tomos o capítulos hablan del transcurrir de los años, en ellos el toque de magia de los libros sigue presente, cuando el movimiento del dedo índice permite dar vuelta una hoja y encontrarse con un nuevo relato, sin querer una varita mágica ha esparcido granitos de letras y palabras que en una alquimia fantástica enciende esa luz que da título y autor a nuestra propia obra.

LA PARTIDA

Carlos Smith - 73 años - Valparaíso

Eleonora se sentó sobre un escaño, frente a la Biblioteca Severín y abrió su libreta de anotaciones para registrar lo que le rondaba la imaginación como un enjambre: *¿existiría si no me hubieses visto?* Levantó la vista y vio una mujer joven y delgada. Sonreía y la rodeaba un silencio de cuarentena que enmudecía el paisaje. La observó con detención y distinguió la dicha acostada sobre su pelo. Esta gringa ha sido feliz toda la vida, razonó. Miró hacia el Arco Británico y percibió una neblina que olía a café. Respiró con intensidad y una marea de preguntas inauditas le atrapó la razón: *¿me verías si no me hubieses encontrado? anotó, ¿es posible condenar verdades indefensas?*

Miró a la muchacha y vio que llevaba su mano a la cabeza; apreció que el cabello se le tornaba azulino. Su belleza no es de este mundo, pensó, pero tampoco es de otro, y el regocijo se le metió en la boca y se le montó en la risa y caminó por la Avenida Brasil riendo a carcajadas imborrables *¿Qué tan cerca estamos de estar lejos? ¿Qué tan distantes de la cercanía? ¿Qué tan próximos de ser sólo preguntas?* Al llegar a la pérgola su risa se escuchó como una sacudida de palmeras, miró a su alrededor y vio una muchedumbre, exaltada, a su alrededor. Subió por Cumming hasta llegar frente al Cementerio de los Disidentes. En ese momento el volumen de sus carcajadas aumentó y el grupo que la seguía se hizo mayor. Transpiraba y percibió sacudidas en su espalda; detuvo su marcha y se sentó sobre la vereda, se observó delgada, como una daga, encorvada y pequeña; sacó un poemario de su bolso y leyó:

Melancolía

Ansío besar lo poco de memoria de ti
que aún descansa en mi memoria.
Quiero regresarte a nuestros festejos,
a los peces insólitos de la cascada
y eludir la niebla venenosa de los calendarios.

Cuando el sigilo aún es posible,
en épocas en que el mar llueve hacia septiembre,
he decidido dejar de existir
en la nostalgia de lo que no recuerdo.

Nadie podría confundir esto con un naufragio; estoy alegre y tengo miedo, reflexionó, *¿seré yo o soy otra que se observa a sí misma?*

Con un frondoso gesto de agrado le pidió a la gente que le permitieran estar sola; pero nadie se fue, permanecieron allí dichosos de ver tanta felicidad deambulando por las veredas del cerro.

¿Por qué toda existencia plena es vacío?

Caminó hacia su casa, abrió la puerta carcajeando como pelícano, se sentó sobre un sillón y escribió: *¿cómo se gana perdiendo?* Cerró los ojos e intuyó que sus escritos jamás serían un libro, evocó que lo imposible no existe antes de un beso y dejó de reír; un ramalazo de frío le recorrió el cuerpo y sintió que el corazón se le agrietó entre cielo y la suela de los zapatos, tornó de cisne la cabeza y cerró sus ojos a la marea creciente del mar.

SER LIBRO

Fernando Squella - 74 años - Viña del Mar

Me inicio con una idea obsesiva del autor, con sutiles fragmentos que acosan y huyen de la razón, hasta que la porfía los hace anidar en la conciencia, como un arroyo acogido con sed. Fue la partida de esta obra uterina y ansiosa. Cuanto trajín, cuantos papeles arrugados fueron lanzados con ira sobre la costrosa cera de las tablas del piso. Cadáver sobre cadáver, escrito fallido. Con error y acierto asoma la prosa y el verso. Sí, la escritura es más que aferrar un lápiz con los dedos. Además, improvisa e incluso puede mentir ¡Cuánta locura!

Escama a escama, la obra toma sentido. Pesares y alegrías en la travesía. Como un sendero de polvo que acuña pisadas de dedos pobres. Como un camino de agua que peregrina amamantando a la tierna hierba. Sí, mensaje, ritmo, y astilla que horada la piel y alberga con dolor hasta saciar la pena. Hasta que fui borrador.

Ya como legajo me encaminan al editor, que modela mi forma, más no mi fervor. Hojeado y hojeado, desmenuzado y desmenuzado, en busca de algún tropiezo. Enmendado y enmendado con cruel vehemencia, hasta qué por fin, el maniquí calzó la prenda. Con dejo de velo, con algo de careta, mi torso acaba con el tallado.

Presa por presa, tiro por retiro, procede mi clonación. Conocí el terror del ruido de la prensa y lo agobiante del tinte y su hedor. Sin embargo, siempre veo que huelen la tinta antes de leer un libro.

Luego cosido, engomado, y encuadernado con un rígido ropaje; expuesto, como cuando el sol descorre la bruma del alba, izándola hacia el cielo naciente, como ojos de mozuela, cándidos, pero fogosos; como enagua ensogada que avisa sinuosas ancas y nalgas rosadas. Cómplices de placer y consumado sosiego.

Copiado en un tiraje menor, temí no ser un producto seductor ¿No iba a tener sentido tan espeluznante fragor? No obstante, fui desplegado y sometido a transacción, en vitrina a cuerpo desnudo, esperando inquieto por el mejor postor. Los libros debieran ser vendidos con el mismo amor conque son escritos.

Pasó un tiempo, hasta que un día, coincidente con el chasquido de las hojas contra el empedrado de la calzada; fui descubierto, solicitado, empacado y entregado como un vil esclavo, pero con el clamor y deseo de poder ser leído. Soy presumido, quiero ser flor y colibrí al mismo tiempo, y cantar como lo hace un río, al son de tambores de piedra.

Más finalmente quedé solo, anclado como adorno en un taburete ¿Quizás soy una mala copia de la realidad?, sin emociones, aunque nadie ha muerto aún, sin merecerlo. Quiero ser capaz de perturbar con mi silencio, evocar ecos de armonía, regalar tonos de luz que solo un sol en el ocaso sabe dar, ser mariposa que todo lo que toca es belleza ¡Quiero trascender! Que el orden cósmico no me vea agonizar, empotrado, solitario, indemne; sino poseído, sobre manos, abierto y leído.

EL RIDER

Jorge Cepeda - 76 años - Valparaíso

Fue una tarde lejana, no recuerdo si fue en el inicio o al final de mi vigésimo cumpleaños que volví a verla. Tirada en un antiguo anaquel, junto con libros y figuras de yeso, se encontraba abandonada, abierta de par en par, mostrando su contenido. Lucía vieja, maltrecha y desordenada; no era la que había conocido muchos años antes.

Sigiloso me acerqué a ella, la tomé con cuidado para no producirle un nuevo deterioro, al tiempo que la miraba y acariciaba, feliz de volverla a ver. Un par de descoloridas imágenes navideñas, que se destacaban en su desmejorada estructura, me hicieron regresar al pasado de niño estudiante.

Recordé los días en que la tuve por primera vez entre mis manos, papá la trajo a casa junto con otros acompañantes. Era hermosa, pequeñita, muy suave, reluciente y extremadamente atractiva, pero entonces no me interesó para nada, preferí distraerme mirando los monitos del diario. Ella, sin siquiera decir una palabra, talvez triste por mi indiferencia, aceptó su destino, abandonada en algún rincón de la casa.

Con el correr del tiempo, en más de una ocasión nuestros caminos se cruzaron. Fue entonces que aprendí a conocerla en profundidad, mientras me relataba interesantes y sabias historias. Creo que llegué a enamorarme de sus encantos.

Han pasado los años y hoy aún la tengo junto a mí; es la vieja revista del Reader Digest, la de diciembre del 57, una de tantas publicaciones que me ayudaron a practicar lectura, aprender nuevas palabras y conocer algo más del mundo, acompañando mi crecimiento.

ESO QUE LLAMAN... CLUB DE LECTURA

Elba Meneses - 66 años - Concón

Apenas entró a la biblioteca-con un pesado cargamento de libros- comentó a su compañera de trabajo que el tránsito estaba infernal. - ¡Me demoré más de lo habitual en este viaje al puerto! -dijo. Luego, respiró profundo y se acomodó en su estación de trabajo.

Un susurro ascendente recorrió la estancia librera, los libros y sus páginas vibraban imperceptibles al oído humano. El corrillo de vocecillas impresas se dejó sentir en el ambiente.

Los diarios, las revistas especializadas y los textos de autoayuda, ubicados en estantes bajos, alrededor de la bibliotecaria – que comenzaba la revisión del material que había traído-estaban encargados de informar todo lo que escuchaban y veían al resto de los residentes bibliotecarios.

- ¡Son diez títulos distintos, en cantidad de diez! - comentaron intrigados y se corrió la voz entre diccionarios, adormecidos libros de historia y autores latinos, que continuaron el corrillo hacia las estanterías de enciclopedias universales y los despistados nobeles, que no entendían el alboroto.

- ¡Más libros! - dijo con ironía "Confieso que he vivido", a lo que "Cien años de Soledad" contestó festivo - ¡por algo comentaran, querido amigo! - mientras que "Desolación" y "Tala" sonreían con velada indiferencia, ante tanta algarabía.

La bibliotecaria los apilaba en el mesón central e iba develando títulos y autores. Los piticiegos tomos de filosofía observaban con esfuerzo cada movimiento y comentaban displicentes que "La guerra no tiene rostro de mujer" era un libro… algo conmovedor. La estantería de la literatura chilena repetía este título al rincón de mujeres escritoras. "Eva Luna", "Madame Bovary" y "Lolita", en amena charla, escuchaban ensimismadas y cómplices a "La señora Dalloway". No les interesó el chismorreo bibliotecológico.

Cuando descubrieron "El país de las mujeres" y "Cometas en el cielo", la biblioteca guardó silencio. La estantería Política se revolucionó- ¡Y leerán esa utopía feminista! - comentó indolente "El mundo está en venta" a un distraído "Coste de la desigualdad", mientras que "Aquí se fabrican pobres" se regocijaba, ante tan magistral título.

"El librero de Kabul" recibió reverente a su par histórico y "Mil soles espléndidos" abrazó emocionado a su hermano "Cometas en el cielo". Al fin juntos…se dijeron. Los ojos lluviosos y gargantas apretadas se multiplicaron, ante tan conmovedor encuentro.

- ¿Por qué habrá traído diez libros iguales de diez autores distintos? - se preguntaban y especulaban al respecto… para regalos…una premiación, hasta que la bibliotecaria comentó casual:

- ¡Avisaré a nuestras socias que deben retirar su libro de lectura mensual! – y añadió emocionada:

- ¡El próximo martes, en la tarde, comenzará nuestro flamante Club de Lectura y comentarán "Recado Confidencial a los chilenos"! –

- ¡Oh, serán leídos en un …como dijo que se llamaba! – preguntaron, mientras "La vida es una nube azul" conversaba animadamente con "Tengo miedo torero".

El día en cuestión-muy modositos- escucharon sobre la vida y trayectoria literaria de Elicura Chihuailaf y siguieron atentos las interesantes reflexiones que suscitó ese Recado, en las motivadas integrantes de ese extraño grupo-de mujeres-que llamaban…"Club de Lectura".

LEER EN SECRETO

Gianniha Barattini - 70 años - Villa Alemana

Margarita era una muchacha joven, morena, de contextura gruesa, de gran sonrisa en una gran boca. Supongo tenía alrededor de 15 años, y yo unos 7 años, había llegado del campo a cuidarnos a mí y a mis hermanos, ya que mi madre trabajaba, además de ayudarle a la abuelita Adela la cocinera.

Y por lo único que la recuerdo, aparte de la gran sonrisa, es que no sabía leer..y yo sí. Fue la persona mas importante en mi despertar sentimental, en hacerme descubrir la atracción al sexo opuesto, en incluir en mi vida el amor, las miradas, las caricias, los abrazos, los besos, las penas, todo lo que conlleva una relación amorosa. Y pequeña como yo era, comencé a soñar e imaginarme en una relación con un compañerito del curso. Lo amaba desde mi pupitre. Aún recuerdo su nombre.

Y cómo sucedió esto…?

Al lado de mi casa había un local de reparación de calzado. Además, el zapatero cambiaba revistas y novelas por unas monedas. Margarita tenía 2 revistas e iba a cambiarlas regularmente para ver los "monitos", como ella se refería a las ilustraciones. Un día me pidió le leyera lo que decían los monitos, y recuerdo nos reímos bastante, sobre que no sé, pero era divertido. Ese fue el principio.

Cuando íbamos a cambiar las revistas, yo la acompañaba ya que me gustaba el olor de ese taller, había visto las novelas que también se cambiaban, eran pequeñas con todas las páginas ilustradas. Eran de amor.

Una vez cuando fuimos a hacer un cambio, Margarita se quedó mirando las revistas, y rápidamente tomó la decisión de cambiar una revista por una novela. Volvimos a casa y quedamos en que sería nuestro secreto, pues yo no tenía edad para ese tipo de literatura. Y comencé a leerle las novelas con mi dicción de principiante y comprendiendo poco por mi ignorancia del tema. Y así descubrí que todo lo que quería en esta vida era que me amaran para casarme.

Ella escuchaba embelesada las historias mientras miraba las ilustraciones, yo me sentía la heroína, se veían parejas que se besaban luego de declararse su amor. Me encantaba por lo que volvía rápidamente del colegio pues disfrutaba leer esas historias.

Hasta que un día nos escuchó la abuelita Adela, se quedó perpleja, se persignó y solo le faltó decir Vade Retro Satanás. De inmediato supimos seríamos acusadas a mi madre.

No recuerdo que sucedió, por lo visto nada, ahora que lo pienso no sé ni que pasó con Margarita.

En todo caso poco pudo hacer mi madre respecto a la lectura ya que en casa se leía, y mucho.

Recuerdo ese almuerzo en la gran mesa del comedor, papá sentado en la cabecera, utilizando un gran espacio donde podía extender el diario El Mercurio por la mitad, y yo y mis hermanos con múltiples revistas entre los platos. Y ese día, mi madre enojada dijo: ¡o se lee o se come..! Y comimos.

LA ESCUALIDA DELINCUENTE

Patricia Haltenhoff - 63 años - Quilpué

Durante la mudanza mi madre me lanzó todo lo inútil al basurero, ahora mi dormitorio constaba solamente de una cama, un velador, y un estante negro vacío. También estaba ese ropero familiar atestado de libros añejos y cosas en desuso. En vez de quejarme, al anochecer cubría mi cama con esos libros buscando imágenes para copiarlas en un block. Igualmente disfrutaba leer relatos antiguos y más cuando hallaba vocablos misteriosos…, y pensaba: "Viviría en una atalaya lunar con cantos de gavinas y océanos blancos".

Fui una estudiante sin brillo y mis padres lo recalcaban: "Eres una más del montón". Mis hermanos –dotados de cerebros científicos- vivían en orgullosos pedestales. En cambio mi cerebro era volador (cabeza de pollo según otros), y solía estar hasta la madrugada entre libros y dibujos; lamentaba que esos instantes no fuesen eternos. Y en clases se iban mis ojos al ventanal, volaba con las gavinas borrando los números inquisidores, o bien, soñaba con la noche para hurgar en mi diccionario predilecto porque lo arcaico volvía a latir, como por ejemplo, ir a campo traviesa en mi calesín.

Un día necesité literatura novedosa como la de mis hermanos, y me atreví a preguntarle a mi mamá si podía elegir un libro.

-Ja, ella... la intelectual. ¡¡Anda a estudiar matemáticas!! - dijo sin mirarme.

Apenada entré a mi dormitorio y desde el pasillo agregó.

-Ah, voy a una reunión. Pero ¡prohibido tomar lo ajeno! ¿¡Escuchaste!?

Le respondí con un "sí" a la distancia, sin embargo, apenas cerró la puerta, corrí al dormitorio de mis hermanos, tomé un libro verde, "La metamorfosis", y me tumbé en mi cama a leerlo. Quedé enamorada de Kafka, y pensé: "Si sirves para algo no importa si eres bicho o luciérnaga, pero si no sirves, lo más humano ¿no florece y… muere?". De pronto recordé a mi mamá y rápidamente fui devolver el libro sintiéndome una escuálida delincuente. Luego, cada vez que quedaba sola en la casa, corría temblorosa a elegir otro libro como "Analectas" de Confucio; fue mi amigo secreto susurrando pensamientos valiosos.

Al año siguiente ingresé al liceo y descubrí su biblioteca, ¡volé por sus maravillosas estanterías!, ¡era un cosmos mirándome! Y ahí estaba "El proceso". Justo lo que sentía con los números, en mi caso era la alumna K atada a leyes incomprensibles, y ¿no podía escapar? Sí que podía, y lo hice junto a mi amigo sabio y a Kafka para abrir más mundos, tenerlos en mi estante. Entonces se me ocurrió escribir cartas de amor a pedido, con la venta compré mis primeros libros. En mi mente alada no necesité ser más esa escuálida delincuente. Tras largos inviernos el vacío floreció, en cada libro había un sol.

LEER PARA VIVIR

María Bernardita Gómez - 76 años - Viña del Mar

La mujer, de 76 años, arregla el mueble de su reducida biblioteca. El texto virtual ha ido ganando protagonismo. Desde hace diez años, previo a su cumpleaños, los saca, los extiende sobre el piso y sentada en medio de ellos, sobre un almohadón, selecciona: algunos seguirán en su poder y otros, ya muy ajados, se destinarán a escuelas. Recuerda sus años de universidad: visitaba la Biblioteca Severín para leer o estudiar, y ella y su pololo, en un pequeño rincón del segundo piso, se besaban furtivamente. Y le parece ver al extraño personaje que siempre solicitaba un volumen de la segunda guerra mundial, para traspasar página a página a un cuaderno.

En ese momento, desde lo alto del mueble, cae un grueso libro sobre su cabeza…

Sentada sobre el mismo almohadón, pero que ahora funciona como una balsa, es arrastrada por un río cristalino y puede observar sin dificultad la ribera.

El primer territorio a la vista se llama *Niñez*. Hay un embarcadero con un cartel luminoso que dice *El Ojo*; reconoce de inmediato el silabario del profesor Claudio Matte que enarbolan varios colegiales y se evoca repitiendo con dificultad el sonido J y luego construyendo palabras nacidas de hileras de símbolos alfabéticos. Divisa castillos y bosques: seguro que por ahí había corrió Cenicienta, perdiendo su zapato; Blancanieves comió la manzana envenenada y la Bella durmiente fue rescatada con un beso. Desde una isla le hace señas Robinson Crusoe. Más allá, Papelucho encumbra un volantín. De rodillas, doña Gabriela Mistral besa los pececitos azulosos de frío de un tembloroso niño.

Cuando pasa frente a la ciudadela Adolescencia, don Williams Shakespeare contempla a Romeo escalando una enredadera, para llegar al balcón de Julieta; doña Marta Brunet, toma la mano de Francina, turbada por su despertar sexual; don Eduardo Barrios tira fraternalmente de las riendas de un asno y don Jenaro Prieto cambia de ropaje a Julián Pardo para ser su socio Walter Davis. También la mira muy serio don Alberto Blest Gana y escucha un piano en la casona donde Martín Rivas sueña con Leonor, mientras disparos lejanos advierten tiempos de revolución. Tenemos por ahí a don Enrique Lafourcade, en un Chile de cambios paradigmáticos, con una Palomita Blanca sobre su hombro.

El río toma velocidad e ingresa a los territorios de la Adultez, donde se abigarran personas llamándola a conocerlas. Entre ellas, el francés Víctor Hugo la conmueve con la persecución implacable de un policía en el mundo de Los Miserables; el alemán Hermann Hesse le presenta a Narciso y Goldmundo, unidos pese a cosmovisiones opuestas. Hay muchos otros, pero es difícil enumerarlos, porque el caudal se ha incrementado con múltiples vertientes. Durante toda la travesía ha recitado don Pablo Neruda, desde las rocas.

Ya se divisa el mar, está obscureciendo.

La mujer despierta, el texto que la golpeó es *Las coplas a la muerte de su padre*, del español Jorge Manrique.

La mujer soy yo.

EN EL BORDE

Javier Olivares - 66 años - Valparaíso

"La lectura es para mí algo así como la barandilla en los balcones"
Nuria Espert

A Aniceto, de niño, le encantaba ir a la biblioteca, a cualquiera, por eso -cuando años después- llegaba a algún pueblo, ejerciendo su oficio de vendedor viajero, inmediatamente preguntaba si había alguna biblioteca en el lugar. En general, las respuestas eran positivas, pues en nuestro país no hay localidad, aldea, villorrio o ciudad que se precie, que no tenga un lugar donde se pueda pasar buena parte del día ensimismado entre libros, revistas, periódicos, enciclopedias y demases. Le gustaban los libros, no cabía duda. Se había dado cuenta de ello cuando su querida madre, queriendo castigarlo, lo mandó a acostarse temprano y le pasó un libro, quizá para aumentar la pena impuesta a ese niño de once años que había salido de casa sin permiso. Esa tarde fría y soleada de invierno, devoró la Historia de Chile de Walterio Millar, que su profesora del Liceo 2 de hombres de Playa Ancha le había dado como tarea revisar. Definitivamente, le gustaban los libros; disfrutaba del aroma de la tinta, del papel viejo, aunque el ejercicio de olerlo le provocaba rinitis. Sentía verdadero placer cuando pasaba sus manos por la suave cubierta de cartulina gruesa o de velluda badana. Pero no solo eso lo conmovía, sino también las historias que la literatura narrativa le regalaba. Ya de grande, por su mente, siempre desfilaban los protagonistas que habían calado hondo en su mente y en esa región que solemos asociar con el corazón. Por esa verdadera galería, pasaban don Alonso Quijano el Bueno, Augusto Pérez (¡qué feliz oxímoron creó don Migue de Unamuno!), Aniceto Hevia, del que heredó el nombre, Martín Rivas, la Pachacha, el anciano Padre del oficial desclasado, José Arcadio Buendía, Santiago Nasar, de cuya ominosa muerte se enteró durante un viaje interminable de Santiago a Valparaíso. Sufrió con Rafael San Luis y esa inveterada costumbre de perderlo todo en el pináculo de la felicidad (otro tanto le había sucedido a él cuando una aciaga noche renunció a su único amor, que hoy cumple 60 años; sí, hoy, lo que son las cosas…); se amargó con la paranoia de Juan Pablo Castel, que reclamaba para sí, como único heredero, la vida de María Iribarne: sufrió también con la pena infinita de Allende, cuando le gritó ¡insensato! al enterarse de que la había asesinado… En fin, le gustaban los libros, las historias, los lugares, los personajes, los parlamentos e hizo suyas muchas de sus declaraciones, como la de Martín Santomé, cuando se describe como un triste con vocación de alegre. Para él, en definitiva, los libros eran su todo. Quizá por eso, no pudo dejar de llorar cuando se vio parado en la plaza O´Higgins, colocando un trozo de arpillera en el piso y sobre él sus ejemplares más queridos, como los de Quimantú, que decidió comenzar a vender para complementar su muy escasa pensión de jubilado de 66 años.

MONTAR LA MAQUINA

Juan Bello - 80 años - Viña del Mar

Al joven recluso, en la oficina de Estadística del penal, se le notifica que por haber sido condenado por Homicidio a más de 10 años, debe ser cumplida en la penitenciaría de Santiago y que el traslado sería al día siguiente fin viera sus enseres.

Se le nubló la vista, vio todo rojo y que lo mismo le había ocurrido cuando cometió el delito . Su madre soltera, de escasos recursos y no tenían más familiares.

Terminada su notificación, no pensó, solo actuó y pega una carrera por el patio de guardia, salta un muro a otro patio y de ahí a otro. El centinela del Puesto 5 le dispara 3 tiros a los pies de advertencia con un fusil Sig y el cuarto iría al cuerpo, pero se le tranca el arma. Sube a un portón de madera de entrada de camiones y desscuelga a la calle. El centinela de la garita 4 corre por el muro y le tira una ráfaga con su metralleta Uzi. Ninguna da en el blanco . Salta a una inmediata quebrada y se evadió.

Su libertad, solo duró un año. Estando en el terminal de buses al Puerto a una cuadra de la estación Mapocho, fue visto por un gendarme de Valparaíso quien lo detuvo y lo entregó en la cárcel que estaba en el mismo sector.

Se le ubico en una celda donde había un solo recluso de unos 58 años de edad y quien en la noche trató de abusar sexualmente del joven Sin embargo, fue sorprendido por su reacción propinándole feroces golpes con una silla, dejándolo aturdido, reponiéndose en la enfermería y negando los hechos. A él se le consideró auto defensa.

Al otro día, se le acercó un recluso líder de la carreta (banda delictual) más temida y respetada en el penal , los "Puta Madre" y le manifestaron que estaban al tanto de lo ocurrido en la noche y de su espectacular evasión de Valparaíso y que daba cuenta de que era de corazón grande (valiente) y lo invitaron a que fuera parte de su carreta y que nadie se atrevería a tocarlo. Era como anillo al dedo les dio las gracias y aceptó.

Seis meses y le manifestaron que le tenían un trabajito que realizar y le pasaron un estoque muy afilado y que al reparto del pan debía atravesárselo por la espalda a tal reo.

Le manifestó que no podía hacerlo ya que sumaría 20 años más. - si no lo haces comunicaremos que ya no eres nuestro y tú sabes-.

-Bueno – dijo y tomó el estoque y sin miedo se fue a la cola de reparto , subió de carrera a la Guardia Interna que estaba en el segundo piso, dio cuenta al capitán de la situación y le dieron protección. A los 15 días lo trasladaron a Valparaíso a cumplir su condena. Los internos lo recibieron con abrazos, lo tenían como un héroe, y bautizándolo como "PAPILLON".

MONCHO, UN LECTOR PARTICULAR

Francisco Piña - 77 años - Valparaíso

Ramón (“Moncho”) empezó a trabajar a los 12 años cuando su madre quedó viuda. Aprovechaba cualquier oportunidad para ganarse unos pesitos y ayudar en casa. Cuando cumplió 15 años, se torció su camino al integrarse a una banda de jóvenes delincuentes que robaban en negocios del barrio puerto y a descuidados transeúntes que transitaban por el sector. Pasó un tiempo y Moncho se integró a la venta de drogas acicateado por los líderes de la pandilla, al cumplir 16 años cayó en cana por primera vez, su estadía tras las rejas duró 6 meses. Cuando tenía 18 años cayó en cana nuevamente, esta vez por integrar una pandilla de 4 delincuentes que dieron muerte de manera salvaje con arma blanca a un comerciante de la Plaza Echaurren, su condena fue de 10 años.

Deambulando por un corredor de la cárcel Moncho fue interceptado por José (“Pepo”) de unos 35 años y que estaba condenado a 15 años por homicidio, iba con un libro en sus manos, le preguntó a Moncho si le gustaría leerlo y este le contestó ¡No gracias porque no sé leer! ¡Ah dice Pepo, entonces eres analfabeto! y a continuación le pregunta ¿te gustaría aprender a leer? Sí, contesta Moncho, pero nunca fui a la escuela, no tengo idea como es eso ¡Ya dice Pepo! yo te voy a enseñar. Con mucha paciencia Pepo con un silabario antiguo empezó a enseñarle diariamente a Moncho las letras del abecedario, su sonido, la formación de sílabas y a deletrear sus primeras palabras. Intentó enseñarle a escribir, pero Moncho no lo logró, apenas pudo escribir su nombre. Pasaron 8 meses y Moncho leía de corrido, pero no entendía el significado de algunas palabras, entonces Pepo le regaló un diccionario.

Pasaron algunos años y Moncho leía fluidamente libros, diarios y revistas que encontraba en la biblioteca del penal. Su amistad con Pepo se rompió cuando se unió a un grupo evangélico y pasaba horas en esa práctica, Pepo que era ateo consideraba que era una pérdida de tiempo y que le estaban lavando el cerebro, nunca más se hablaron, sólo cuando Moncho salió de la cárcel a los 28 años, se acercó a Pepo y le dijo “gracias por todo” y se fue.

Moncho encontró trabajo como aseador en una biblioteca pública de la ciudad, lo que le permitió seguir leyendo sin límites, tenía autorización del bibliotecólogo jefe para llevar libros a su casa, así fue como se transformó en un lector empedernido y sabelotodo: historia, ciencias, lecturas clásicas, etc. Este conocimiento le permitió ayudar a niños y jóvenes del barrio, fomentando en ellos el amor por los libros. Moncho laboró incansablemente e hizo carrera en su trabajo, jubiló y nunca abandonó sus lecturas diarias, aunque la vista le fallaba por una avanzada miopía y cataratas en sus ojos. Un día la señora que le arrendaba una pieza, encontró muerto a Moncho con una carta entre sus manos, era la única misiva que recibió de Pepo hacía algunos años.

MI PRIMER LIBRO

Augusto Arteche - 64 años - Valparaíso

¡Tata¡, ¡tata¡, ¡tata¡, me aprendí el abecedario, ¿quieres que te lo diga? ¿Te lo sabes de memoria? ¡Vamos, dímelo¡, te escucho.

“a, b, c, d, e… f, g… h, i, j, k, l, m, n, ñ, o, p…p… q, r, s, t, u…. v, w, x, y, z”.

Bien Panchito, ¡te felicito! Has dado un gran paso en tu vida.

¿Por qué Tata?, yo ni siquiera sé para qué sirve el abecedario.

Escucha, con las letras del abecedario se pueden conformar bellas palabras, frases motivadoras, párrafos creativos y, en general, interesantes textos de distinta extensión para expresar por escrito nuestras ideas y sentimientos.

¿Y eso para qué Tata?

Pues, gracias a ello podemos disfrutar de poemas, cuentos, novelas, historias, entre otras hermosas obras literarias, escritas por diversas personas de todo el mundo.

¿Como el libro Historia de un Oso, que me gusta y que tú siempre me lees? Sí, como ese, y como El Principito, como Juan Salvador Gaviota y muchos más que existen. ¿Y yo, puedo escribir algo?

Por supuesto que puedes, solo debes querer hacerlo.

Ya pues Francisco, vamos, no te quedes atrás, ya abrieron la biblioteca, hagamos la entrega de las copias de tu libro para el Archivo Nacional.
Ya voy, ya voy, solo estaba…

Además, no olvides que prometiste, luego de cumplir con este deber, llevarle flores a tu abuelo.

CENSURA

María Soledad Palacios - 78 años - Viña del Mar

Leo desde temprana edad y la pasión por la lectura se fue acrecentando a lo largo de los años.

Mis padres y maestro alentaron mi avidez por los libros en ni niñez y adolescencia, me guiaron con sapiencia de manera tal que la lectura no fuera una tortura, una obligación, sino muy por lo contrario un placer, un agrado. Hacer de la lectura algo tan cotidiano como respirar.

En una primera etapa uno lee lo que los profesores le indican de acuerdo plan de enseñanza o lo que le sugieren los padres. Más adelante uno va eligiendo sus autores de acuerdo con los gustos propios.

Mi primer encuentro con la censura fue cuando quise leer El Decamerón de Boccaccio, tendría unos trece años y mi padre me explicó que se trataba de la peste negra en Florencia en el siglo XIV y que me iba a deprimir más que a entretener, además, atentaba contra las buenas costumbres. La novela fue prohibida por primera vez en 1559, dos siglos después de su publicación.

Cuando al fin leí el libro, quince años, descubrí que mi padre no me dejó leerla no por la peste bubónica, sino por el alto contenido erótico de la novela -cien cuentos contados por diez jóvenes burgueses 7 mujeres y tres hombres, donde las mujeres tienen un rol protagónico, aquí no está la mujer sumisa que espera ser amada en forma platónica, muy por el contrario, ella desea satisfacer sus deseos carnales.

Más adelante supe que la censura tenía larga data, ya en el siglo XVI se publicó el "INDEX LIBRORUN PROHIBITOR, publicado en Venecia en 1564 a petición del Concilio de Trento por el papa Pío VI, el índice. conoció más de cuarenta ediciones. La última edición fue la de 1948, finalmente el papa Pablo VI la suprimió.

Pero hoy pleno siglo XXI siguen los libros vetados, por razones ideológicas, culturales, religiosas.

Hay cientos de ejemplos de libros censurados o que alguna vez fueron censurados en diferentes partes del mundo, pero sólo nombraré dos: Rebelión en la granja de George Orwell por razones ideológicas ya que contiene una fuerte crítica el régimen de Stalin en la URSS y Los versos satánicos de Salman Rushdie, los musulmanes, casi la cuarta parte de la población mundial, consideran la novela como una blasfemia y de burlarse de su fe.

La censura a los libros seguirá existiendo y los lectores buscarán la forma de evadirla…

Creo que el problema mayor es la censura en Internet que ejercen los gobiernos -China-Corea del Norte-Cuba, son ejemplos de ello.

La inteligencia ya está aquí y puede afectar la libre expresión aumentando la censura, pero con más (IA) ¿se podrá evadir? El tiempo nos lo dirá.

EL PLACER DE LEER, ESCRIBIR, LEER

Lautaro Ramos - 72 años - Quilpué

Iniciando el año setenta , al llegar al edificio principal de la Universidad Santa María me percaté que un estudiante barbudo sentado en un muro contemplaba el horizonte porteño.

Familiarizado con la vida universitaria fui a la biblioteca – mi hambre de lectura me impelía a ello.

Allí estaba el barbudo estudiante , semejaba pertenecer al paisaje , por lo demás se desenvolvía a su antojo.

Entraba directamente a los estantes repletos de libros ; se tomaba su tiempo en hojearlos.

Decidí hacer lo mismo. ¡Qué emocionante!!

Circular entre tantos libros , escoger algunos y llevarlos por unos días.

Recordé mis primeras lecturas y sus mundos infinitos; allá en Antofagasta por los años cincuenta.

Tendría como diez años cuando me engolosiné con las revistas que hoy llaman comics : El Llanero solitario , Tarzán , fueron la delicia lectora de mi infancia .

Entrando al Liceo , me encontré con una biblioteca y allí me transformé en un lector empedernido.

Lo primero que leí fueron libros de Jorge Inostroza , Manuel Rojas ; me aficioné con Alberto Blest Gana; sus libros me trasladaban a otras épocas , El Loco Estero, Martín Rivas, Los Trasplantados ; novelas inmensas, intensas .

Al epílogo de mis años liceanos, naturalmente transité hacia los autores latinoamericanos.

La última niebla , María Luisa Bombal, por supuesto; Alejo Carpentier , Carlos Fuentes , Miguel Ángel Asturias; José Donoso ; en fin estaba ya leyendo a Latinoamérica.

Por eso , cuando llegué a Valpo , a la Santa María ,con su telón de fondo esa figura del joven barbudo , poeta a tiempo completo ; profundicé lo que es , o fue, el boom latinoamericano , realismo mágico como le llamaron.

Surgieron en mi apetito lector, grandilocuentes y hechiceros nombres como Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Guillermo Cabrera Infante y una pléyade de astros que iluminaban el firmamento literario.

Pero , cuando me encontré con Cien años de soledad enloquecí ; con decir que lo leí en una noche . Gabriel García Márquez , el gurú del realismo mágico.

¿ Y la Poesía ?

Claro que siempre estuvo en mi juventud liceana : Gabriela ,la mamadre de las poetisas de América, Pablo de Rokha, el eterno rebelde que me revolvía las tripas , Borges , clarividente.

Y Pablo ; Neruda por Jan , el checo comprometido con la vida , como Pablo , el nuestro ; Neftalí Reyes Basualto. El poeta telúrico , tan vital como el continente americano.

Volviendo al año setenta , un mensaje me atrae : postula al Taller Literario de la Universidad.

Claro que voy , participo y me encuentro con el poeta barbudo , somos compañeros de taller , publicamos una Revista , Quijada su nombre – ¿rompiente o queja desgastada?-

Está acá ,conmigo la Revista , publicada en 1971, en definitiva el placer de escribir ,leer , escribir junto a José delgado, Alberto Brehme, Juan Carlos Echazú y Raúl Zurita, el joven poeta barbudo, poeta a tiempo completo.

INVITADO

Victor Sanhueza - 72 años - Valparaíso

Simple. A estas alturas uno sabe que la experiencia define las veredas y se adueña de los pasos. Es cierto, la secuencia final de “Feos, sucios y malos” se abre a una y muchas lecturas. Suma de variaciones sobre el mismo tema; ejercicio que hicimos y haremos cada vez que me interpeles. Mismo con el “Globo Rojo” o “El laberinto del fauno”. Pero esta vez no. Definitivamente no jovencita.

Si, es cierto, leímos “La pregunta de sus ojos” y vimos “El secreto de sus ojos”. Comentamos las diferencias y luego, a la hora del café, conjugamos las reflexivas disquisiciones siempre necesarias: sobre las que podemos regresar. Pero esta vez es distinto. No voy a ver la película. No la voy a ver.

Sabes del fotógrafo que no continuó. Sabes que entonces discurrimos la antípoda que importan las imágenes, las palabras, los silencios, la luz, la emoción y la memoria. Leyó lo justo. No continuó.

Es un clásico, de acuerdo. En blanco y negro. John Ford. Henry Fonda, pero no, definitivamente no. No me desprenderé del estallido poético y pulso que, desde la última página de “Las uvas de la ira” me habitan por cincuenta y siete años ya.

CUANDO EN PROPIEDAD ME LLAME CON EL NOMBRE QUE ME HABIAN PUESTO AL NACER

Nicolás Miquca - 72 años - Valparaíso

En estos días dudo y comprendo cada vez menos la linealidad de mi existencia en relación a cuánto he vivido. Aun cuando el tiempo no se detiene los espacios por recorrer se hacen cada vez más extensos. Vivo de nostalgias y la lectura gráfica de los álbumes de fotografías. De muchos de aquellos recuerdos de cuando tenía siete años y estaba al margen de la sintaxis y sus relaciones de orden y combinación, hasta que en algún momento aprendí a leer quizá si por dos razones. Inicialmente lo hice solito nomás, porque le temía a mi profesor, el señor Ocampo, que por las mañanas al entrar a la sala me daba de varillazos en las piernas por llegar atrasado a clases. Y posteriormente, porque me entró la curiosidad por saber qué significaban esos signos amontonados que no eran dibujos y parecían hormigas.

Poco a poco en las tapas de los cuadernos empecé a reconocerme. Ahora sí que me llamaba en propiedad con el nombre que me habían puesto al nacer. Definitivamente me pareció que empezaba a dejar atrás lo que había sido desde que me sorprendí traduciendo las palabras de los letreros callejeros. Fui muy feliz en mis excursiones desde que me aficioné a internarme en el bosque de palabras que se extendía en mi silabario. Era parte de un mundo desescribiéndose con la nueva mirada que en alguna casa, biblioteca y escuela, de cualquier ciudad, le daba otro niño lector.

Cada historia de los libros con sus ilustraciones era un universo de cosas, animales, objetos, árboles, personas, mar y cielo, que giraban a mi alrededor. Conocer y volver a ver una y otra vez las mismas vocales y consonantes se me transformaba en una verdadera sopa de letras, en la que rearmaba sus esqueletos significantes. En vertical, oblicuas u horizontales podía reconocer diversas palabras que antes se mantenían agazapadas.

Con el paso del tiempo llegué a comprender que mientras más lecturas e historias ajenas desentrañaba, más fácil se me había hecho saber, en cada encrucijada de la vida, los lugares por los que sin darme cuenta había pasado y quién, pese a tanta incertidumbre, en realidad soy.



Concurso Literario

TRAVESÍA

Convocatoria 2023

ILCL
INSTITUTO DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

JURADO

Hugo Herrera
Edda Hurtado
Giselle Román

DISEÑO

Gabriel Cerda

©
Todos los derechos reservados, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta página sin el permiso expreso.